

M. B. de S.

1945

...

¡SALUD Y PESETAS!

12-72110



FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ



¡SALUD

Y

PESETAS!

VERSOS. - ARTÍCULOS



ADMINISTRACIÓN

CASA EDITORIAL DE MARIANO NÚÑEZ SAMPER

sucesor de Juan Muñoz Sánchez

Don Martín, 13.—Teléfono 3.197

MADRID

1
AT
970

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

A mis muy queridos amigos

Tomás y Eduardo Hidalgo

en memoria de su padre.

Felipe Pérez

¡Salud y pesetas!

Trabajando sin descanso para "dar á luz,, estos versos y estos artículos, y otros innumerables artículos y versos, he gastado la SALUD, procurando así poder luego gastar las PESETAS.

Si el público benévolo, en esta ocasión como en otras, me concede su favor, y agota también la edición de este nuevo libro, lograré ver las PESETAS ganadas, y con ellas podré recobrar la SALUD perdida.

¿Les parece á ustedes bastante justificado el título sugestivo de este libro?

¡No? Pues á mí tampoco. Pero así queda y.....

¡SALUD Y PESETAS!

El Autor

LOS QUE HABLAN MAL



Los que hablan mal

EN España—y fuera de España—hay muchísima gente que habla mal.

Unos por ignorancia de las reglas de la gramática, otros por desconocimiento de las leyes de la urbanidad, algunos porque les faltá á veces la razón, muchos porque á veces la razón les sobra, no pocos porque tienen frenillo, y los más porque no tienen freno...

Es decir, que en España—y fuera de España—hay muchísima gente que *habla mal*... en las varias acepciones de la palabra.

Empezaré por anotar los que hablan mal del prójimo... y aun de la prójima—murmuradores, maldicientes, chismosos y calumniadores—aunque entre ellos hay muchos—y yo conozco á algunos,—oradores elocuentes, hablistas correctísimos y retóricos excelen-

tes, que cuando se dedican á la *agradable* tarea de desacreditar á un amigo ó de despellejar á una amiga, es cuando son más elocuentes y puristas, es decir: que por chistosa antífrasis, cuando hablan más mal, es precisamente cuando hablan más bien.

Continuaré inscribiendo los innumerables *mártires* de Zaragoza y demás provincias y posesiones españolas—contribuyentes, cesantes y *postergados*—que se pasan la vida *hablando mal*

«del gobierno
del mundo y sus monarquías»

en general, y particularmente del gobierno de España, etc., etc., aunque también á muchos de ellos es aplicable cuanto de los anteriores dije, con la diferencia de que aquéllos pocas veces tienen razón y éstos pocas veces dejan de tenerla.

Seguiré apuntando la muchedumbre de oradores sagrados y profanos—aunque al fin todos resultan profanos en la acepción más *lata* de la palabra—que en iglesias, congresos, ateneos, *meetings* ó banquetes, uno y otro día brotan como las erupciones, ó se levantan como los falsos testimonios, para castigo, desesperación ó aburrimiento de los *amados oyentes suyos*, de los *señores senadores* ó *diputados*, de los *¡señores!* á secas ó *remojados* con Champagne, de los *¡compañeros!* ó de los *¡ciudadanos!* á quienes se dirigen, y á cada uno

de los cuales oradores pudiera aplicarse—á falta de algún artículo que se echa de menos en el Código penal—aquellos dos sabidísimos últimos versos de un conocido soneto:

«Para *orador* te faltan más de cien,
para *arador* te sobran más de mil.»

Proseguiré la relación incluyendo en ella á los que constantemente *salpican* la conversación intercalando, á cada dos ó tres palabras, innecesarias interjecciones del vocabulario más obscuro y soez, y no pueden hablar del asunto más sencillo ó seguir el diálogo más apacible sin echar «por aquella boca» una infinidad de *picardías* ni pueden saludar á su mejor amigo sin soltarle una «andanada» de *votos*, *tacos* y *ternos*, y sin dirigirle—con el mayor cariño, por supuesto—una docena, cuando menos, de los más sucios, groseros y ofensivos *epítetos* del no publicado ni publicable diccionario de la chabacanería.

Y concluiré esta primera serie de los que *hablan mal*, anotando los que dicen con la mayor tranquilidad *dentrífico*, *auprosia*, *haiga*, *diferencia*, *efetivamente* y *ojepto*—entre ellos muchos que usan levita y sombrero de copa, que, puesto sobre ellos, viene á ser de *copa*... de alcorcoque—y los que con la mayor frescura maltratan y atropellan la sintaxis, que, según ellos dicen, no merece consideración ni aprecio, porque «después

de todo» la sintaxis es la segunda parte de la gramática, y por algo dijo Cervantes que «nunca segundas partes fueron buenas».

* * *

Los que también *hablan mal* y yo clasifico separadamente formando la segunda serie, son, en general, no solamente menos molestos y dañinos que la mayoría de los anteriores, sino también mucho más divertidos y graciosos.

A esta serie corresponden los que hablan mal por *vicio de origen*, esto es, por defecto de pronunciación ó por *exceso* de provincialismo, los tartamudos, los que tienen *media lengua*, los distraídos que trastornan las palabras de los refranes y de las frases hechas, los que á cada *peso*, digo *piso*, digo paso, se equivocan porque se les traba la lengua, como se dice vulgarmente, y por fin los que, desconociendo el significado de algunos vocablos, los encajan dónde y como mejor *les sueña*, porque los pobrecillos han oído vocablos y no saben dónde.

Entre los tartamudos los hay de varias clases: de martilleo, de canto de codorniz y de siete golpes y repique; hay tartamudo que cuando tropieza con una palabra que empieza con *p*, cierra los ojos y la boca, infla el cuello y los carrillos y se pone tan encarnado que parece que va á dar un estallido, y cuando tiene que

pronunciar otra palabra que comienza con *r*, hace durante algunos segundos un ruido semejante al de un tranvía que baja por una cuesta con el freno echado y mohoso.

Conozco á un tartamudo que hace pocos días se presentó al padre de una lindísima señorita, diciéndole:

—Ca... ca... ca... caballero, pi... pi... pido á usted la mano de la be... be... be... bella Gua... Gua... Guadalupe, y dispense usted mi au... mi au... mi audacia.

El padre de la joven quedóse unos instantes aturrido oyendo aquel extraño *concertante* de gallina, pollo, cordero, gato y perro, hasta que al fin repuesto, contestóle:

—El que ha de dispensar es usted, porque no accedo á su petición; pero yo quiero que mi hija se case con un hombre, y usted, por lo que he oído, es *el arca de Noé*, que lleva la *tripulación* alborotada.

* * *

Dios cría á los tartamudos, pero ellos procuran no juntarse. Cuando la casualidad reúne á dos, si conocen su común defecto, evitan el diálogo callándose como muertos, ó separándose lo antes posible; si no lo conocen, se miran con recelo ó con enojo, sospechando cada uno que el otro se burla de él, y dando ocasión á situaciones cómicas, que varias veces han ter-

minado en escenas trágicas, algunas de las cuales han pasado á la historia.

Luis XIII de Francia era tartamudo, y el mariscal de Thoiras también. El rey, gran aficionado á la cetrería, hallábase un día cazando con halcón, y dirigiéndose al mariscal que andaba cerca de él, y cuyo defecto ignoraba, preguntóle:

—¿Do... do... dónde está el pa... el pa... el pájaro?

—Se... se... señor—respondió el mariscal,—me pa... pa... parece que es... que es... que está aquí.

Luis XIII, encolerizado, dióle con un guante en la cara, costando gran trabajo el calmarlo y convencerlo. Sin embargo, justo es consignar, en honor suyo, que, pasado el arrebato y persuadido de la inocencia del mariscal, después le favoreció y protegió, al decir de los que refieren la anécdota.

Al tratar de los «tartamudos» no es posible olvidar que Demóstenes, el famoso griego, lo era, y que aunque hablaba muy mal, como tartamudo, como orador hablaba muy bien, ni es posible dejar de acordarse de esta frase que nuestro inmortal Cervantes escribió en el prólogo de sus *Novelas ejemplares*: «...Será forzoso valerme por mi pico, que, *aunque tartamudo*, no lo será para decir verdades...»

Tartamudo fué también Alcibiades, en cuya academia todos tartamudeaban por imitarle; tartamudo era Serra, el ingeniosísimo autor cómico; tartamudo es mi

muy querido amigo y compañero el excelente escritor Flores García, y la tartamudez que hoy se tiene por «defecto», debió ser «gracia» en otros tiempos, á creer lo que dice Bastús en su curioso *Memorandum perpetuo*: «Las matronas romanas afectaban el *labdasismo*, ó sea este defecto de pronunciación, que sin duda agradaba á los caballeros romanos cuando Ovidio decía: *In vilio decor est quædam male reddere verba*».

* * *

Los que tienen *media lingua*, como se dice vulgarmente, son tambien tipos deliciosos, y su inofensivo defecto da ocasion — en más de una — á chistes y á equívocos que, á ser imaginados como son casuales, resultarían ingeniosísimos.

La letra que mayores dificultades ofrece á *esos* de la «media lengua» es tambien la *r*, que unos convierten en *gg*, y así dicen *peggo*, *ggaton* y *feggocaggi*; otros en *d*, y resultan graciosísimos, especialmente cuando se incomodan y comienzan á echar ¡*cadácoles!* ¡*cadambas!* y ¡*decadambitas!* y otros, por último, en *l*, como un apreciable sujeto á quien, por esta causa, han ocurrido varios percances, trastornos y contratiempos.

Una mañana asomóse á la puerta de su habitación sobresaltado y descompuesto, gritando con voz ronca y acongojada:

—*Socolo*, vecinos... *socolo*. Que soy víctima de un lobo.

Los vecinos, aterrorizados, en vez de acudir en su auxilio, atrancaron prudentemente puertas y ventanas; los transeúntes que pudieron oír las voces aceleraron el paso, y sólo después de una hora de inútiles clamores unos heroicos guardias de seguridad, con valor y arrojo verdaderamente temerarios, se atrevieron—sable y revólver en manos—á penetrar en la habitación.

Después de buscar durante largo rato por todos los rincones al terrible animal, supuesto origen de aquel escándalo, uno de los guardias se atrevió á preguntar:

—Pero, señor, ¿en dónde está ese lobo?

—¡Qué *lobo* ni qué ocho *cualtos*!—replicó el infeliz cada vez más afligido.—Si es que me han *lobado* unos *picalos ladrones*, que se han ido hace ya una *hola*.

—¡Hola, hola!—exclamaron á duo los guardias sin perder su gravedad y parsimonia naturales.

En otra ocasión supo «nuestro hombre» que en Madrid se había establecido una agencia de matrimonios al estilo de las muchas que hay en París, y cansado del celibato y escarmentado por los disgustos y sinsabores que proporciona la soledad, decidió apelar al cómodo recurso de tomar mujer sin tener que tomarse la molestia de buscar novia.

—*Mile usted*—le dijo al agente,—yo *quielo* una *mujel lica, lubia, vilgen, honlada*, y, en fin, que no tenga *pelo*.

El agente le ofreció buscar lo que deseaba, aunque

le parecía difícilísimo encontrar mujer en que se hallaran reunidas todas aquellas condiciones.

Sin embargo, á los pocos días, con rostro de satisfacción vivísima y aire de triunfo extraordinario, el agente le presentó una joven—*rara avis*, y tan rara!—que poseía todas las dotes requeridas y que era... calva como la palma de la mano.

El pobre pretendiente quiso decir «que no tuviera *pero...*» pero con su «media lengua» no lo pudo decir claro. ¡Claro!

* * *

Los *distráidos* de que antes hice referencia no son menos originales y graciosos. Hace pocas noches me decía uno de ellos:—Desengañese usted, amigo; conservadores y fusionistas todos son unos, porque al fin, «Dios los junta y ellos se crían»; aunque el país les clame y les insulte, se hacen los sordos, diciendo: «Díme pan y dame tonto»; pero no saben ellos que «no hay mal que dure cien cuerpos ni año que lo resista» y «al reir será el freir».

Entre los que hablan mal porque se les traba la lengua, como aquel entusiasta que daba vivas á *Quirlos Canto*, ninguno tan chistoso como el actor Calvet, que llegó á ser, por sus repetidas *equivocaciones* y *lapsus lingue*, más famoso y popular que por su mérito artístico, sirviendo de modelo á Puente y Brañas para el D. Pedro Tropezones de su aplaudido *Canto*

de Angeles, y después á otros muchos autores que con mayor ó menor acierto lo han imitado, y entre los que tengo el honor de contarme.

Yo he oído referir que Calvet, muy incomodado, contaba una noche á varios amigos que había pisado un mal *roto* porque había comido en una *funda*, y había faltado *pico* para que matara al *mazo* por haber encontrado dos *palos* en una *chulita* de *ternura*.

* * *

Por último, otro de los tipos que hablan mal y que también hemos utilizado los autores cómicos todos y yo...—no puedo parodiar á Fernando VII diciendo el primero, porque en todo caso tengo que reconocer que soy el último—es el del caballero ó señora, casi siempre señora, suegra, patrona ó mamá con niñas cursis y casaderas, que habla sin saber lo que dice, emplea los términos más «enrevesados» y retumbantes, atendiendo más al sonido que á la significación, y confunde el valor y sentido de las palabras, diciendo los más estupendos y risibles desatinos.

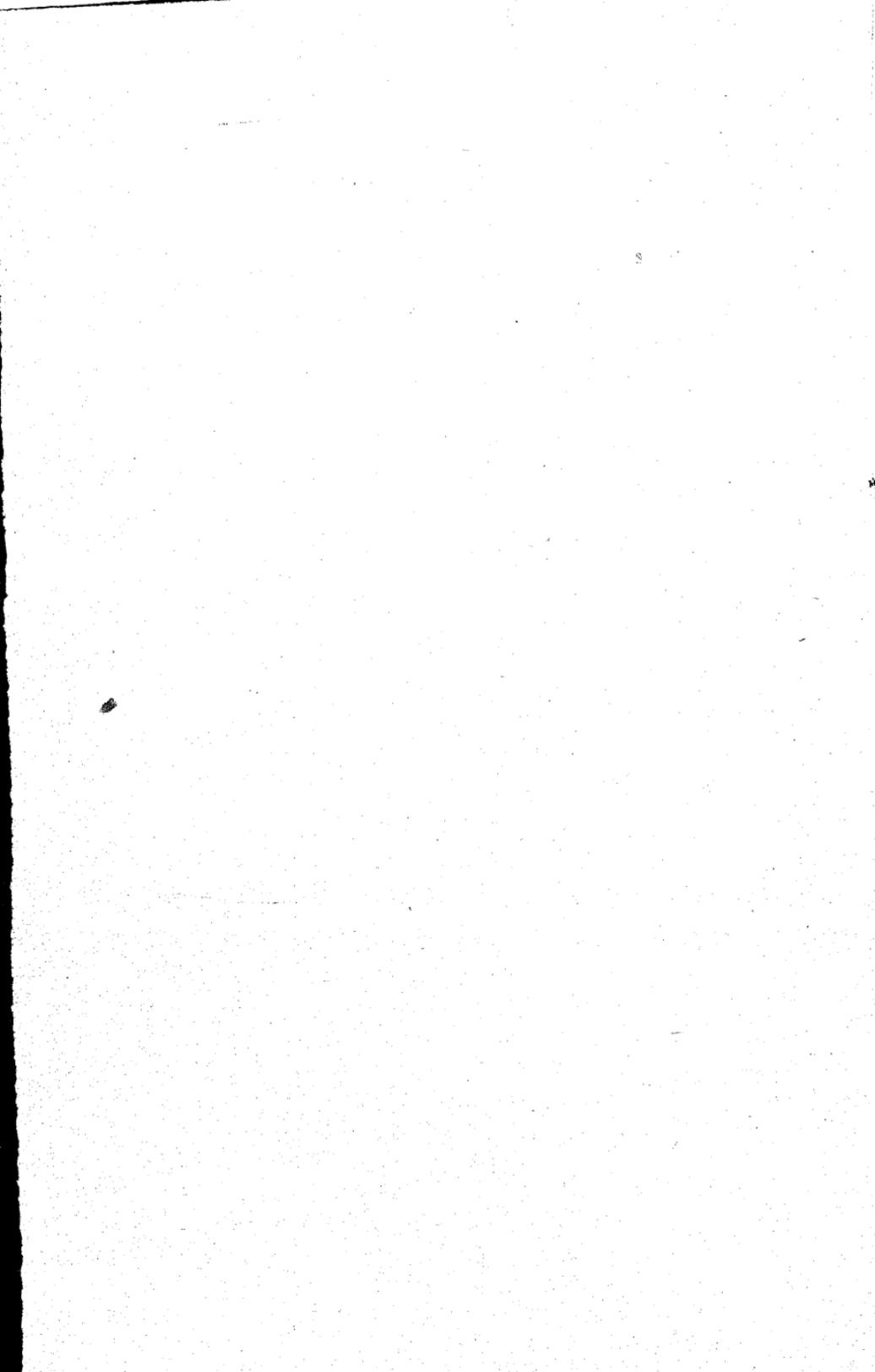
Como acabado prototipo de esta especie, nadie podrá competir con una señora que yo conozco.

El primer día que la visité me contó «del primer tirón» que su marido, que era perfumista y vendía productos *químicos*, había muerto de *elefantiasis*—porque lo mató de un trompazo un *elefante* que traba-

jaba en un circo;—que la tristeza de la *viudedad* y el estar siempre *ténia*—quería decir «solitaria»—le habían producido una *triple aflicción* del hígado, del estómago y del *cerebro*, porque tenía un temperamento nervioso bilioso-*consanguíneo*, y, en fin, que su médico, que era *á-lo-apático*, le había ordenado que tomara constantemente *luchas* de agua fría, tintura de *acólito* y el *vil carbonato de Sousa*.

Indudablemente, entre los que *hablan mal* por ignorancia ó por defecto físico y los que *hablan mal* por perversión de sentimientos ó por defecto moral, la elección no es dudosa. Aquéllos suelen ser personas muy simpáticas; éstos son siempre tipos repugnantes; los primeros en algunos casos podrán hacer reír; los otros, en cambio, ¡han hecho llorar en tantas ocasiones!







Año nuevo... vida vieja

(CANCIÓN ETERNA)

Imposible va á ser llegar á viejo
con la vida que llevo y que me lleva...
Lo he resuelto... *Año nuevo, vida nueva,*
y que me lo agradezca mi pellejo.

Esa frase contiene un buen consejo
que se repite desde Adán y Eva,
sin que á seguirlo, al fin, nadie se atreva;
mas yo lo he decidido y ya no cejo.

Esta vida me causa mucho daño,
y el cambiarla es honrado y es prudente...
¡Ya llegó el año nuevo!... No me engaño.

¿Y ahora mudar así... tan de repente?...
¡Bah! Seguiré lo mismo en este año,
y ya podré cambiar... para el siguiente.





Cumplimientos

No sé qué firmes cimientos
tienen las insustanciales
fórmulas tradicionales,
que llamamos *cumplimientos*,

pues aunque su sin razón,
por necia y clara, es risible,
parece cosa imposible
el lograr su abolición.

Todos, cuando discurrimos,
su falsedad censuramos;
sin placer los escuchamos,
y sin pensar los decimos.

Mas si alguien los elimina,
causa agravio ó pesadumbre,
aunque se oigan por costumbre
y se digan por rutina.

¿Quién no ve ofensa ó desvío
si alguna carta recibe
y no empieza el que la escribe
con lo de «muy señor mío»,

ó no acaba con el vano
apéndice de rigor:
«su seguro servidor.
que le besa á usted la mano»?

Por eso ayer don Fabricio,
á un *quidam* que le escribía
uno y otro y otro día,
para pedirle un servicio,

harto de su impertinente
molesta tenacidad,
contestó con sequedad,
de la manera siguiente:

«Mi distinguido *señor*:
no sé cómo he de decir
que *no le quiere servir*
su *seguro servidor*.....»

—
¡Quién habrá que no atribuya
á educación hartamente escasa
que otro diga:—«Esta es mi casa»,
sin agregar:—«Y la suya»;

ó que si algún día fué
á visitar á..... cualquiera,
al irse no le dijera:
—«Esta casa es *muy* de usted»!

Por eso escribiendo un día
al novio de su hija Irene,
pobre chico que no tiene
más que la noche y el día,

le decía doña Blasa:
«Mucho le he de agradecer
que no vuelva usted á poner
los pies en *esta su casa.*»

—
¿Quién no juzga un descortés,
que la urbanidad ignora,
al que habla de una señora
y no se pone á sus piés?

Por eso Gil á un su amigo
escribió, convulso y fiero:
«Tengo un duelo á muerte, y quiero
que me sirvas de testigo.

»Al entrar en casa ayer
cuando no se me esperaba,
hallé á un amigo que estaba
á los piés de mi mujer.

»Me obliga su acción traidora
á dar el paso que doy.
Adiós; siempre tuyo. *Estoy*
á los pies de tu señora.»

—
¡Inútil palabrería
y eterna contradicción!
¿Y es *eso* la educación?
¿Y es *eso* la cortesía?

Eso es vano formulario
de ficticia urbanidad,
que en pro de la seriedad
abolir es necesario.

Aunque á muchos cause horror
y lo juzguen desvarío,
quizás porque lo vacío
es lo que suena mejor.





La parodia de la Redención

Por redimir al hombre del pecado,
y cumplir las sagradas profecías,
tomando carne humana, se hizo hombre
el Amor celestial, que es luz y vida.

Desde entonces Luzbel, siempre vencido,
por la grandeza y la bondad divinas,
devorando su afrenta y sus rencores,
rugía inquieto en la mansión maldita.

Una idea feroz cruzó su mente,
y discurrió, con infernal perfidia,
para perder al hombre, una parodia
de aquella *Redención* santa y bendita.

Y con pretexto hipócrita y malvado,
procurando del mundo la ruina,
«por redimir al infeliz obrero,
esclavo de la infame burguesía»,

el odio de Luzbel, que es sombra, muerte,
crimen, traición y furia vengativa,
tomando carne humana se hizo hombre.
¿Hombre dije? No, á fe... ¡Se hizo anarquista!





El Carnaval sin caretas

Con la inocente intención
de «correr» sandio bromazo,
cubrirse, por tradición,
la cara con un pedazo
de tela, alambre ó cartón,

y, como infeliz orate
ó risible botarate,
con desafinadas voces
ir gritando: «¿Me conoces?...»
¡eso es tonto de remate!

El Carnaval va muy mal,
porque nunca el Carnaval
sale de aquellos extremos,
y es fuerza que algo busquemos
más nuevo y original.

Ese Carnaval de ayer
no tiene razón de ser
y ya debe sucumbir,
y otro nuevo aparecer,
que será el del porvenir,

en que las gentes discretas
se den bromas más completas
y causen más confusión,
quitándose las caretas,
mostrándose como son,

y presentándose audaces,
dispuestos á ser veraces
con propios y con extraños,
sin máscaras, ni disfraces,
ni hipocresías ni engaños.

¡Oh! Si esto se hiciera un día,
desde ahora aseguro yo
que á la inmensa mayoría
no los reconocería
la madre que los parió.

Si uno dice, por ejemplo:
«De lo inmoral no me asusto,
»y á mi sabor lo contemplo;
»con muchísimo más gusto
»voy al teatro que al templo.

»Tacho á los demás de impíos,
»y hablo de sus desenfrenos
»para encubrir yo los míos,
»porque tengo varios «líos»
»muy ocultos... ¡pero buenos!»

¿Cómo podría la gente,
después de esta confesión,
conocer al que, inocente,
tiene por santo varón,
moralista intransigente?

Si otro dice, *verbi gracia*:
«Yo, que sé firmar apenas,
»doy con la mayor audacia
»por mías obras ajenas
»sin despertar suspicacia:

»y cuando me oigo aplaudir
»y llamar hombre de pro,
»me dan ganas de reir;
»porque ni yo sé escribir,
»ni Cristo que lo fundó.»

¿Cómo la gente podría
reconocer fácilmente
al que celebra á porfía,
como escritor eminente,
monstruo de sabiduría?

Si el grajo, ya proverbial,
se presenta como tal,
sin las plumas que sustrajo;
quien lo admiró pavo real
¿podrá conocerlo grajo?

Por influjos de Pateta,
en este inmundo planeta
son, burlando al más sagaz,
cada cara una careta
y cada traje un disfraz;

pues si cada cual mostrara
sin composturas su cara,
y en un público paraje
cada uno se presentara
con su «verdadero traje»,

nadie se conocería;
la broma resultaría
completa y original,
y de este modo sería
divertido el Carnaval.

Estas razones, lector,
no tomes por cuchufletas,
y atiéndelas, que, en rigor,
el Carnaval *¡sin caretas!*
será el Carnaval mejor.

NOMBRES Y APELLIDOS





Nombres y apellidos

HAY padres que tienen *valor* para llamar á sus hijos *Bárbaros* ó *Silvestres* apenas han nacido, sin considerar la influencia que pueden ejercer esos nombres en el porvenir de aquellas inocentes criaturas; y hay padres que, sin reparar en las *combinaciones* que casualmente resultan algunas veces de la unión de los apellidos y de los nombres, escogen para sus *tiernos vástagos* nombres que se están dando de cachetes con los apellidos ó que al unirse á éstos producen epigramas sangrientos ó equívocos mortificantes.

Claro es que los apellidos no pueden elegirse, y que hay que aceptar, y aun que llevar con orgullo, los de nuestros padres, aunque tenga uno que sufrir «el ridículo» de que le llamen *Gallardo* siendo más torcido que una interrogación, *Valiente* siendo más cobarde

que una rata, *Blanco* siendo más negro que S. M. la Reina de las Tintas, *Gordo* siendo como una espátula, ó *Delgado* siendo como un tonel.

Es evidente que ha de producir mortificación inevitable, y por fuerza disimulada, el que á uno le llamen á voces y en la calle *Perillán* sin poder darse por ofendido, *Verdugo* sin poder protestar del insulto, *Ladrón* sin poder demandar por calumnia al que se lo dice, ó *Ciruelo* sin poder enviar los padrinos al que se lo llama.

Cierto es que para un escritor resulta terrible apellidarse *Romo*; para un médico tener que «poner al pie de cada receta» *Mata*, sea ó no verdad; para un reaccionario verse obligado á responder por *Liberal*; para un demagogo oirse llamar *del Rey*; para un marido tener que confesar que es *Toro*; para un músico que todos le digan *Trompeta*; para un buen hombre que todos le conozcan por *Mulo*; para un católico ferviente el no poder negar que es *Moro*, y en fin, para un político el ser, á pesar suyo, *Calabaza*.

* * *

No se puede negar que andan por esos mundos de Dios muchísimos *Borregos*, *Terneros*, *Jacas*, *Pencos*, *Pachones*, *Criados* y *Cabezas de Vaca* que preferirían el que sus padres hubieran *gastado* otros apellidos más *racionales*, más bonitos ó menos humildes; pero como

el apellido representa la idea de la familia, recuerda á veces hechos gloriosos ó memorables de antepasados insignes, y sobre todo *renegar* de ellos parece en cierto modo, renegar de los padres y de los abuelos que los llevaron, cada cual acepta el suyo sin pública protesta y aun acaba por parecerle el mejor, más bonito, *sonoro* é ilustre de todos los apellidos.

Hay que reconocer, en fin, que algunos de estos producen lamentables equivocaciones y dan lugar á *quid-pro-quo*s cómicos y risibles. Yo recuerdo haber visto en la fachada de una casa dos grandes muestras que me causaron sorpresa y confusión. La que estaba en los balcones del principal decía: *Peluquería de Abajo*; la que estaba sobre las puertas de la tienda que ocupaba la planta baja decía: *Salchichería de Arriba*, y para aumentar mi confusión y mi sorpresa lei en el portal de la casa un cartelón *explicativo*, que era un nuevo indecifrible *rompecabezas*, concebido en estos términos: «La peluquería de *Abajo* está arriba; la salchichería de *Arriba* está abajo.» *Arriba* y *Abajo* son apellidos que usan muchos españoles de las diferentes clases sociales, esto es, de los de abajo y de los de arriba. Hace muchos años recibí una carta en que me decía: «Mañana te espera Rafael Hita y Conesa para lo que sabes.» Me *pilló* la carta una novia que entonces tenía y me armó el escándalo del siglo, obstinada en que *Hita* y *Conesa* no eran apellidos, y en que había de

averiguar quién era aquella *Rafaelita* (la pobre estaba poco fuerte en ortografía) y quién era *esa con* quien me esperaba, resuelta á sacarnos los ojos á los tres. En otra ocasión recibí una extraña esquila de otro amigo que me participaba su «efectuado enlace con estas antibiológicas frases:» «Ayer me he casado con Basilisa *Toda*, y me apresuro á dar *parte* á los amigos. Te ofrezco mi nueva casa y te invito á tomar una copa de vino. *Aguado*.» *Aguado* era el apellido de mi amigo; pero escrito después de la palabra *vino*, me hizo reír casi tanto como ya me había hecho reír el equivoquillo precedente.

* * *

Pero si con los apellidos hay que conformarse, aunque sean feos ó den ocasión á chanzas, confusiones y molestias, los nombres que no son *obligatorios*, que se ponen á voluntad, elegidos casi siempre después de muchas y serias consultas, disputas y meditaciones, no se comprende que sean feos, ridículos ó epigramáticos. Comprendo que todos los nombres de los que han logrado el honor de la canonización deben ser respetables y respetados, pero cuando el significado gramatical de las palabras, la onomatopeya de las voces, la agudeza de los escritores ó la malicia del pueblo establecen picaresca relación entre los nombres y las personas, poner á una inocente criatura, v. g., *Primo, Sa-*

bina, *Cornelio*, *Bárbara*, etc., etc., es una crueldad terrible y un funesto presagio para el porvenir.

¿Cómo se explica que un señor que se llame *Cebada* cometa la torpeza de poner á un hijo suyo *Tomé*, para que el desdichado se pase la vida teniendo que poner para escribir su nombre, *Tomé Cebada*? ¿Cómo se comprende que un padre que se apellida *Hita* tenga la imprevisión de poner á una hija *Fe*, para que la infeliz se oiga llamar siempre *feita*, porque para desdicha suya la *H* no suena? ¿Cómo puede justificar su torpeza el que, dando ya á una niña el apellido *Gómez*, la oblique á anteponerle el nombre de *Prisca*, pongo por caso?

* * *

Hay nombres que sin necesidad de combinaciones ya son feos y mal sonantes *de suyo*, y nombres que por sí solos se prestan á epigramas y á chanzonetas. Los autores cómicos y los escritores festivos han abusado siempre de ellos.

He conocido hace poco tiempo á un matrimonio verdaderamente insoportable. Él es un usurero cruel y despiadado, hombre de perversos sentimientos y de feroces instintos; en cualquier drama ó comedia se llamaría seguramente *Don Dimas* ó *Don Judas*, en la vida real se llama Serapio. Ella es una mujerota ordinaria, grosera y mal educada, digna esposa de su con-

sorte, aunque hay quien asegura que su consorte es digno de otras *esposas*. Como personaje teatral se llamaría *doña Prudencia*, en sentido irónico, ó *doña Bárbara*, en su natural acepción; pero sus padres tuvieron á bien ponerle el nombre de Serafina. ¡Serafina! ¡Serapio! ¡Cuán equivocados anduvieron éstos y cuán engañados estuvieron los de su marido. Ni él *será pío* ni ella *será fina* en lo que les quede de existencia.

Algunas personas toman tan á pecho la cuestión del nombre que se ha de dar á sus hijos, que hasta suele haber por ello gravísimas disensiones en las familias. Un federal librepensador decidió que «lo primero que tuviese su mujer» había de llamarse, si era niña, *Ilustración* ó *República Federal*, y si era niño *Pensamiento Libre* ó *Pacto Sinalagmático*; pero la mujer, que no participaba de las creencias de su marido, se oponía tenazmente, objetando que aquellos no eran nombres de personas. Las reyertas diarias tomaron las proporciones de un *casus belli*, cuando al fin la mujer dió á luz una niña. Afortunadamente un amigo de la casa logró poner término al conflicto proponiendo que á él le dejaran la elección de nombre, y escogió el de *Artemisa*.

Aunque ni al padre ni á la madre gustó mucho este nombre, lo aceptaron para concluir la cuestión; pero aquel la llama siempre *Arte* sólo, porque dice que el *Arte* no es nombre de ningún santo, y la madre sólo

la llama *Misa*, porque al fin y al cabo, según ella dice, «eso es cosa de iglesia».

* * *

El nombre, que *no hace á la cosa* como dicen los franceses, tampoco hace á la persona, como el hábito no hace al monje; pero siempre es conveniente evitar los que puede ser motivo de mortificación ó de ridículo para el que ha de usarle.

Hay especialmente un nombre que no sé cómo hay padre en el mundo que se atreva á ponérselo á un hijo.

¡Casi ano!







Justicia y no por mí... «cancha»

I.

Palcos, tendidos y sillas
llenos de gente selecta,
que el comienzo del partido
aguardan con impaciencia;
los señores de la *cátedra*,
con gravedad estúpida,
augurando el resultado
y marcando las apuestas;
el *intendente* y los *jueces*,
en lugar de preferencia,
dispuestos á hacer justicia,
dirimiendo las contiendas
y resolviendo las dudas
que el juego en su curso ofrezca:
los *corredores* corriendo
por entre la concurrencia,

y á la vez, con voz chillona
pregonando las ofertas:
veinte á seis por los azules,
cuatro á *dies*, *quinse á cuarenta*,
y ensayándose en la «cancha»
las anunciadas parejas
de *azules y colorados*,
únicamente se espera
que suene la hora fijada
para comenzar la «fiesta».

II.

Un duro lanzado al aire
es la señal de que empieza,
y el azar á los azules
da la ventaja primera.
Hace el *delantero* el *saque*,
y con prodigiosa fuerza,
la blanca pelota envía
desde la encorvada cesta
á la pared, donde choca
volviendo como una flecha;
el *delantero* contrario,
que sin respirar siquiera,
y como tigre en acecho
los movimientos observa,

la recoge y la despide
con admirable *bolea*:
choca en la pared de nuevo,
vuelve á dar rápida vuelta,
y con *revés* poderoso
el *zaguero* azul la *resta*,
y la pelota va y viene
y, siempre fijos en ella
los jugadores ansiosos,
corren, saltan, se tropiezan,
hasta que una torpe *pifia*,
ó una jugada certera
pone fin al primer *tanto*,
y aquellos fuertes atletas,
jadeantes y sudosos
quedan rendidos por tierra.

III.

En un palco, un caballero
de respetable presencia
y de porte distinguido,
con varios que le rodean,
sigue, afanoso, del juego
las distintas peripecias,
y ya alegre bate palmas
con la cara muy risueña,

ya frunciendo el entrecejo
entrambós puños aprieta,
que en favor de los azules
lleva miles de pesetas,
y pueden verse en peligro
por trampas ó por torpezas.
El zaguero azul, cansado,
por dos veces pifa y yerra,
y aquel señor respetable
se enfurece y desespera,
y con voz bronca murmura:
«Debe haber *tongo*, por fuerza,
y ese pillo está vendido
ó es que en contra suya juega,
y habrá que *cubrirse á tiempo*
ó va á ser atroz la pérdida.»

IV.

Casi al final del partido,
cuando hay ansiedad suprema,
pues colorados y azules
«se han igualado» á cuarenta,
un sujeto mal vestido
y con toda la apariencia
de un alguacil de juzgado
ó agente de «la secreta»,

hacia el palco se dirige;
al caballero se acerca,
se descubre con respeto,
pide para hablarle venia,
y con disgusto otorgada,
pues la ocasión es molesta,
algo le dice al oído
que debe ser cosa seria.

—Está bien, vamos al punto,

—el caballero contesta.—

Este cargo maldecido
nunca en descanso me deja,
y en tan crítico momento
me obliga, por suerte adversa,
á retirarme, una grave
importante diligencia.

—Pues ¿qué ocurre?—le preguntan
con interés y sorpresa

sus amigos.—¿Algún crimen?

¿Alguna cosa tremenda?

—Que el Gobernador me avisa
para que ahora, con presteza,
vaya á sorprender un círculo
en donde dicen que juegan
unos cuantos *criminales*
al monte y á la ruleta.







Opiniones sobre la muerte

El día de los difuntos,
un periódico francés,
á falta de otros asuntos
de más «vital» interés,

propuso un «tema» espantable,
para saber de qué suerte
juzga la gente notable
el problema ¡de la muerte!

Y aunque esa es de las cuestiones
más terribles y horrorosas,
ha habido contestaciones...
¡oh, qué espanto! hasta graciosas.

Más de un «espíritu fuerte»,
mostrando su humor festivo,
probó, al tratar de la muerte,
que tiene un ingenio «vivo».

Y más de uno, á quien de cierto
la consulta hizo temblar,
se ha callado y «se ha hecho el muerto»,
á fin de no contestar.

Lo que más me ha sorprendido
es que, ajeno á esa cuestión,
yo también he recibido
más de una contestación,

de gente que solicita
con muchísimo interés,
que yo sus cartas remita
al periódico francés.

Que me dispensen suplico
si no hago su encargo así,
pero aquí se las publico
y ya llegarán allí.

* * *

En su periódico leo
ese «mortífero» tema,
y yo contesto, que creo
que «esa» es la «suerte suprema»
en el arte del toreo.

Un «técnico» taurino.

¿Qué opino yo de la muerte?
Que va á ser un gran negocio
para la empresa que logre
que el Municipio del oso
y el madroño le conceda
la ganga del monopolio
de llevar á la Necrópolis
nuestros mortales despojos.

—
Un funerario.

—
Cuando la dá un criminal
es crimen que lleva en pos
cadalso ó correccional;
mas cuando la damos Dios
ó yo, cosa natural.

—
Un médico.

«¡Te quiero hasta la muerte!» Me han escrito
todos mis novios, todos,
y al mes me abandonaron los ingratos
y están buenos y gordos.
¡Ah! La muerte no es sólo de la vida
el término espantoso;
es también, por lo visto, ¡el fiero instante
en que olvidan los novios!

—
Una desengañada.

Esa muerte tan temida,
por muy pocos deseada,
es la estación de llegada
en el viaje de la vida.

Un mozo de estación.

Muerte de mentirigillas
me valió muchos aplausos,
porque me muero «á lo vivo»,
según ha dicho un diario.
La «otra muerte,» la de veras,
debe ser, si no me engaño,
de la farsa de la vida
el final, con telón rápido.

Un cómico.

Es la muerte, según se me figura,
perder el «punto» la «última postura».

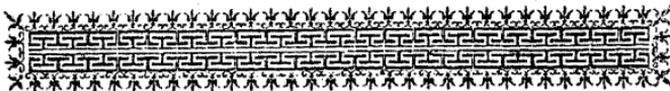
Un jugador.

El tema no me divierte;
y la muerte me intimida
tanto, que yo haré de suerte
que no me muera en la vida...
¡Nunca! ¡Primero la muerte!

Noviembre de 1895.

Yo.





¡Caiga el que caiga...

y «caiga» moralidad!

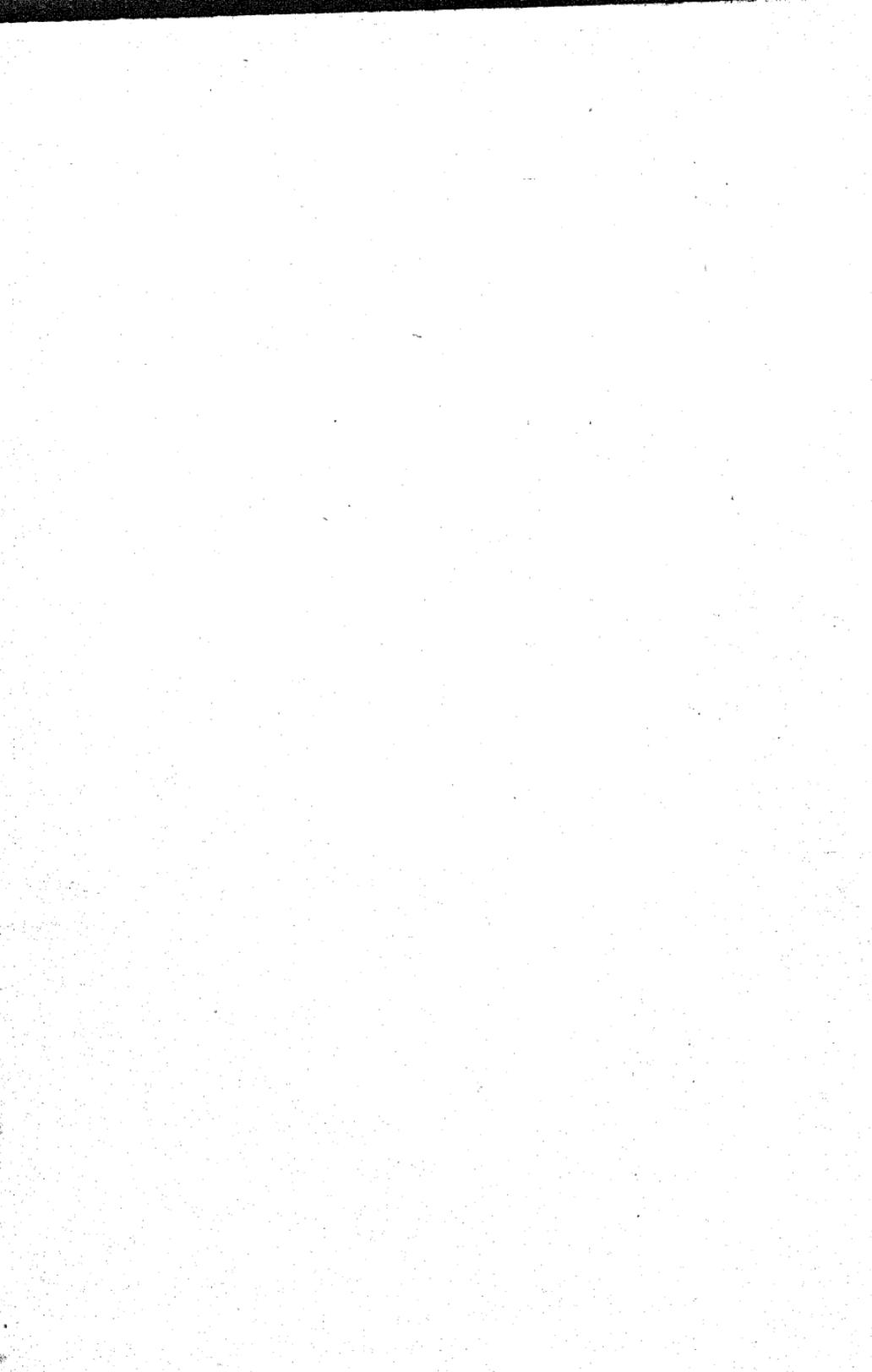
(Palabras de un creyente)

En muchas importantes poblaciones
de Castilla, Aragón y Andalucía,
el Gobierno descubre cada día
irregularidades á montones.

Toda España es hoy presa de bribones,
que la sangre le chupan á porfía,
y quien cure ese mal, con energía,
logrará generales bendiciones.

Mas si ha de haber justicia, que anhelamos,
caigan los que urden rateriles tramas,
grandes y chicos, servidores y amos,

sin que haya padrinazgos ni «camamas»;
pues para que anden bien todos los ramos,
es pre ciso no andarse por las ramas.





Los muertos en Melilla

Quedaron sobre el campo de batalla
después de lucha heroica sostenida
contra esa vil, estúpida canalla,
cruel y fementida,
que sólo en su perfidia se recrea,
falsa en la paz, traidora en la pelea.

Murieron como buenos
yendo á luchar valientes y serenos,
sin pararse á mirar si sus contrarios
eran más ó eran menos,
sin temer sus instintos sanguinarios,
lentos de orgullo al exponer su vida
por la Patria ofendida,
que hoy en sus hijos cifra su esperanza,

que, apelando á su amor, llora afligida,
é invocando su honor, pide venganza.

Murieron como nobles y leales
en luchas desiguales,
espantando al frenético contrario
su valor, su entereza, su heroísmo;
víctimas de su arrojo temerario,
mártires del honor y el patriotismo;
y aun, en sus tristes últimos momentos,
en vez de quejas, ayes y lamentos,
sus frases, por la muerte entrecortadas,
eran palabras para dar alientos
á sus bravos y fieles camaradas;
su mirada postrera,
para darle una eterna despedida,
iba buscando ansiosa la bandera
por cuyo limpio honor daban la vida
contentos con su suerte;
y sus ayes de muerte,
que resonaban con firmeza extraña,
eran gritos de fe, ¡vivas á España!

¡Duerman en paz! La sangre que han vertido,
como riego benéfico ha caído
sobre esta hermosa, bendecida tierra,
y hará brotar mil héroes cada día

que volando á la guerra
con noble afán é indómita porfía,
honrarán su memoria,
logrando la victoria
y con el triunfo que la Patria ansía,
vengar su muerte y aumentar su gloria.

¡Duerman en paz! La tierra profanada
del vil contrario por la planta impura,
y por su noble esfuerzo rescatada,
es hoy ya más querida y más sagrada
al ser de tantos bravos sepultura.
Y si antes por vengar villano ultraje
sacudió su melena con coraje,
irritado y despierto
el león español, del moro espanto,
para probar al mundo que aún no ha muerto
la España de las Navas y Lepanto,
cuando ella ve con aterrados ojos,
que la ira ciega y que consume el llanto,
de sus hijos los míseros despojos,
fiero rugido lanza,
anuncio cierto de mayor venganza.

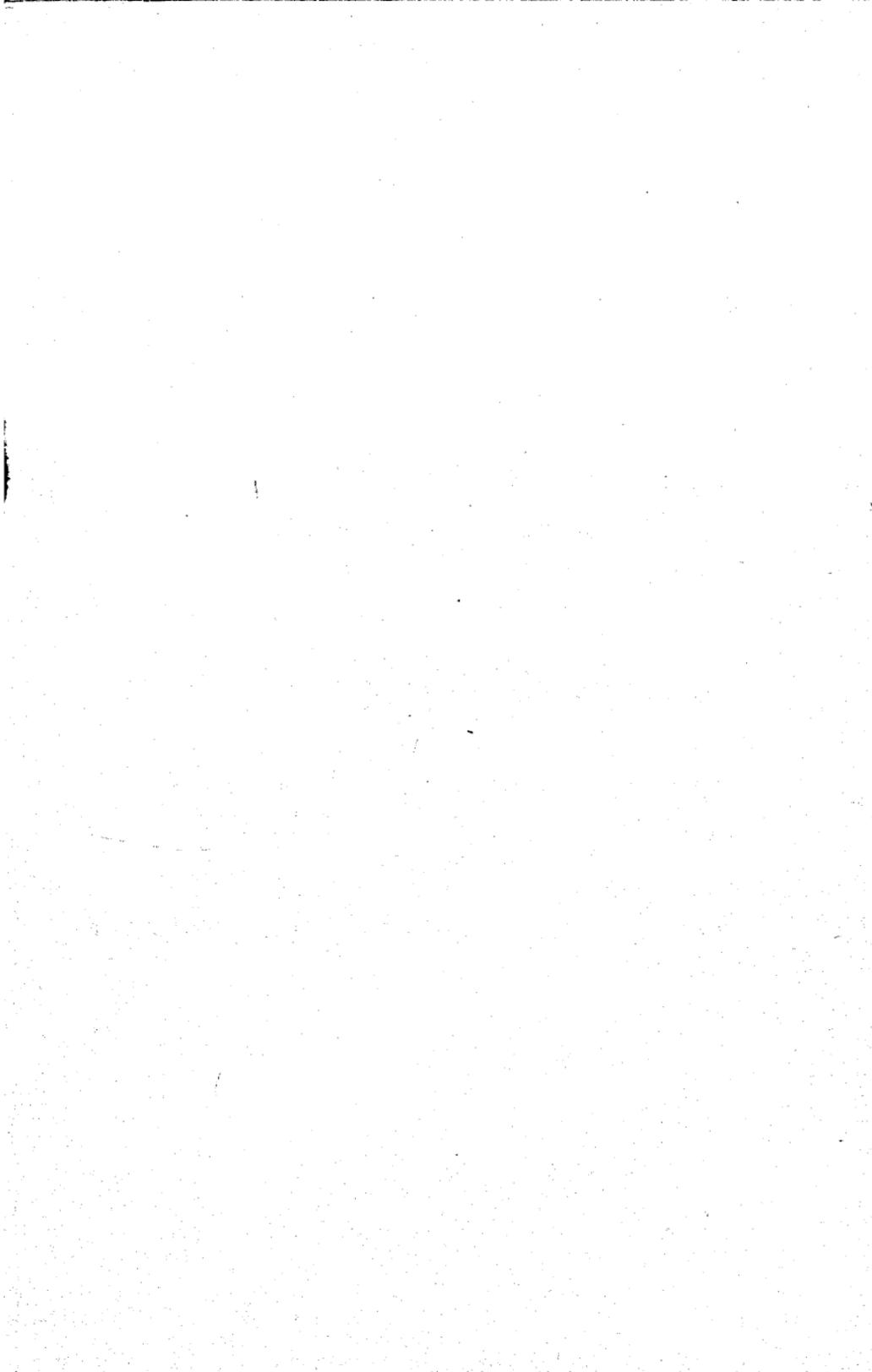
Venganza, si; venganza tan cumplida
que guarde su memoria eternamente
esa raza insolente,

fanática, traidora y maldecida.
Venganza, sí; tan pronta como ansiada,
implacable, cruel, terrible, fiera.
¡Cada gota de sangre derramada
es jirón arrancado á la bandera
por manos miserables desgarrada!

Noviembre de 1895.



LA HUELGA DE LAS OLAS





La huelga de las olas

CUANDO llega el verano el calor enardece la sangre, y todos los años por esa época apenas se habla de otra cosa que de huelgas y de baños, de los que buscan en los trastornos del mo-tín, más ó menos *pacífico*, el alivio de sus males econó-micos y la desaparición de injusticias supuestas ó reales, y de los que van á buscar en las *pérfidas olas* del mar, más ó menos borrasco, el remedio á sus dolencias físicas y la desaparición de alifafes reales ó supuestos; y esto me recuerda una anécdota teatral en que por caprichosa coincidencia estuvieron en íntima relación huelguistas y olas.

* * *

Saturnino Juárez, que es hoy una persona formal y «de orden» con sus puntas de *filósofo nocturno* y sus ribetes de *autoridad popular*, porque es, para servir á

Dios y á los vecinos de no recuerdo qué calle, sereno de comercio, fué en sus tiempos de muchacho un chucuelo alegre y bullicioso, con sus flecos de demagogo y sus caireles de *artista*, que no siempre han de ser «puntas y ribetes».

En aquellos tiempos le llamaban todos *Estornino*, no sé si por su figurilla y su color parecidos á los de aquel pájaro, por su extremada afición á las aceitunas, de que siempre llevaba llenos los bolsillos, ó por una casual y chancera paranomasia; hoy responde y suele acudir al nombre de *Saturno*, y no porque se coma los niños crudos como el esposo de la señora Cibeles (c. p. b.), sino porque hemos convenido en que Saturno es el diminutivo familiar de Saturnino, como de Francisco lo es Pancho, sin Mendrugo, y de Concepción lo es Concha, sin Castañeda.

Saturno, que presume de *leído* y de *escribido* y que es un sujeto excelente, tiene una ortografía detestable. Yo he visto su último padrón municipal, y confieso que me ha hecho reír casi tanto como el de Vital y Ramos. En la casilla referente á la profesión ú oficio, el bueno de Saturnino ha escrito con letras casi góticas: *Ser He-no de comer*, y como no le cabía más en el renglón de la casilla, ha puesto encima, á modo de abreviatura, con letras microscópicas: *cio*.

Celebrando el chiste, me refirió hace pocas noches un empleado municipal, amigo mío, que en el Ayun-

tamiento se conserva como documento curioso otro padrón de cuando Saturno era mozuelo, hace veinticuatro años, y que dió ocasión á un graciosísimo incidente.

En la misma casilla de la profesión, y con letras como nueces, había escrito el interesado: ¡*Hola!* El escribiente encargado de revisar los padrones se quedó perplejo y aturdido sin comprender qué extraña profesión ó desconocido oficio podía ser ¡*hola!*

—Oye, tú—dijo á un compañero que estaba en la mesa inmediata,—¿tú sabes lo que es *hola?*

—¡*Hola?*

—Sí, *hola* con hache.

—Pues, hombre, eso lo sabe cualquiera. ¡*Hola!* con hache es un saludo.

Sonrió satisfecho el escribiente encargado de corregir los padrones, como hombre que ha dado en «el *quid* de la dificultad,» tachó con majestuosa lentitud la palabra escrita por Saturnino, y puso encima con magnífica letra bastardilla: *Saludador*.

Y, sin embargo, Saturnino, á haber suprimido la hache, que por lo visto prodigaba entonces como ahora, habría escrito su verdadera profesión, su único oficio. Porque él, en aquellos días, ganaba el sustento siendo *ola* y nada más que *ola*.

* * *

Los que van al teatro á ver alguna obra en que hay decoración de mar alborotado, acaso no sabrán que aquellas *olas*, que sin cesar suben y bajan, se agitan y se encrespan, son otros tantos chí quillos, que esparcidos por el escenario y puestos en cuclillas debajo de un telón pintado de verde, se encogen y se estiran con incesantes y acompasados movimientos, sin aire que respirar, tragando polvo y sudando la gota gorda por el «módico estipendio» de real y medio ó dos reales. Saturno, hace veinticuatro años era una de esas *olas*.

Había triunfado por entonces la gloriosa revolución de Septiembre, con gran satisfacción de los españoles en general, y había logrado éxito brillantísimo una obra de gran espectáculo, con grandísimo regocijo del empresario en particular.

Estornino, como en aquella época le llamaban, repartía su tiempo entre los deberes artísticos y las aficiones políticas que en él, como en todos, se habían despertado, y cuando no estaba en el teatro no había que ir á buscarle sino en los clubs, donde ya se hablaba de liquidación social, de la emancipación del obrero y de la tiranía del capital.

La obra de gran espectáculo estrenada tenía un cuadro que representaba un naufragio, y era el que todás las noches entusiasmaba frenéticamente al público, proporcionando á los autores y á la empresa un éxito colosal. Era la quinta representación, el teatro

estaba rebosando gente, los revendedores habían hecho un negocio magnífico; el empresario, frotándose las manos, y no por frío, porque un éxito de esos «calienta» al empresario tanto como al teatro, iba y venía por entre bastidores, recibiendo plácemes interesados y dando órdenes innecesarias, y los autores, agrupados con el pintor escenógrafo en la «primera caja», esperaban impacientes la mutación y los aplausos del público para salir, en medio del naufragio, á hacer reverencias y á dar tropezones.

Sonó la campanilla del traspunte, levantóse el telón que cubría la decoración del celebrado cuadro, y en vez de los aplausos esperados se oyó un sordo y prolongadísimo rumor que venía de la sala. El buque naufrago se movía terriblemente en medio de un mar tranquilo y sosegado como una balsa de aceite.

—¿Qué es eso? ¿Qué sucede?—exclamó sobresaltado el empresario.

—¿Qué hacen esos malditos niños?—gritaron á duo los autores, pálidos de terror.

—¡Esas olas! ¡esas olas!—aullaba el segundo apuntando corriendo de un lado á otro y metiendo la cabeza por debajo del telón tendido, que representaba el mar.

—Estas olas—exclamó uno de los chicuelos asomando su cabecilla desgredñada y su carita sucia, amarillenta y sudorosa,—estas olas no se moverán si no le dan á cada *una* cuatro reales por noche en vez de real

y medio. Es preciso que acabe de una vez para siempre la afrentosa servidumbre del trabajador y la infame tiranía del capital; es necesario que la industriosa y pobre abeja no siga siendo víctima eterna del zángano rico y holgazán.

No hay para qué decir que el improvisado orador no era otro que *Estornino*.

—Eso es imposible—contestó el empresario.

—Pues no hay olas.

Los rumores del público se habían convertido en un «bastoneo» harto significativo.

—Se os darán dos reales... y está bien.

—Cuatro.

Sonaron en la sala algunos silbidos estridentes.

—¡Vaya! ¡vaya! Contentadse con tres y á moverse en seguida.

—Hemos acordado que han de ser cuatro y cuatro serán.

—¿Sí? Pues primero que transigir con esa imposición, dejo que el demonio se lleve el teatro y la obra.

Sonó en el tablado un golpe seco: era que uno de los autores se había desmayado. La tempestad que faltaba en escena, comenzó á moverse con terrible furia en el público.

El empresario mordióse el labio inferior hasta hacerse sangre, apretó los puños con furia hasta clavar se las uñas en la carne, se pasó la mano por la frente

para quitar el sudor que le corría á chorros, hizo un violentísimo esfuerzo sofocando un rugido de león y exclamó, al fin, con ronco y terrible acento:

—Está bien. Tendréis los cuatro reales.

Como si aquellas palabras hubieran sido mágico conjuro ó imperioso mandato de Neptuno, el mar alborotóse repentinamente con violencia indescriptible, las olas subían, bajaban, se amontonaban, chocaban las unas con las otras con tal furia y con tanta propiedad, que el público sorprendido y siempre impresionable, pasó de la indignación al entusiasmo, rompiendo en atronadora salva de aplausos que duró más de cinco minutos.

Los autores y el pintor escenógrafo se presentaron á saludar al público. Nadie propuso ni pidió que salieran también á escena *Estornino* y sus compañeros de *oleaje*.

¡Injusticias eternas del teatro!

* * *

La Gloria, una jamona hermosota, fresca y saludable, al parecer, que era entonces *parte de por medio* en aquel teatro y que ahora vive retirada después de haber *partido por en medio* á algunos incautos adoradores de la «carne de tablas», fué quien me refirió hace tiempo la relatada anécdota.

Ahora vive en la calle donde Saturnino presta sus servicios nocturnos, y justo es consignar que á ningún

llamamiento acude antes que al de ella, que á nadie abre la puerta con más diligencia, ni atiende y acompaña y alumbra con mayor solicitud, porque, como él dice, «al fin y al cabo han sido compañeros en el arte».

Si Saturnino sigue con su manía de amenizar los padrones, el mejor día en vez del chistosísimo *Ser Heno*, pondrá en la casilla de la profesión: *Portero de la Gloria*.

Y que diga San Pedro lo que quiera.





Unos nacen con estrella...

Ventura Rubio y Delgado
es un granuja, un perdido,
jugador empedernido
y Tenorio empecatado.

Pero le juzga excelente
la gente, no sé por qué,
y ¡qué diablos! vaya usted
á desmentir á la gente.

El no gasta hipocresía,
ni doblez, ni fingimiento,
y aun hace á cada momento
alardes de picardía.

Mas á ninguno da espanto,
pues, por su envidiable suerte,
cuanto dice lo convierte
todo el mundo en bueno y santo.

Hallándose de visita
un día, en casa de Aponte,
dijo muy ufano:—El *monte*
es mi afición favorita.—

Y, en vez de mostrar horror
ó asombro, cuantos le oyeron
todos para sí dijeron:
—Debe ser... *buén cazador*.—

Otro día no sé quién
viendo en él rara tristura,
le dijo:—Amigo Ventura,
¿qué te pasa? ¿No estás bien?—

Y él, con formas ordinarias,
le respondió enfurecido:
—¿Qué me pasa? ¡Que han venido
catorce *cartas contrarias*!—

Lo supieron ocho ó diez,
y exclamaron:—Eso espanta...
¡Traer *el correo* tanta
mala noticia á la vez!—

Echándose las de franco,
enseñó en otra ocasión,
un respetable montón
de oro y billetes de Banco.

Y como un loco gritó,
recibiendo el parabién:
—¡Bendito por siempre, amén,
el *caballo* que «esto» dió!—

Pues bien; hay quien muy de veras,
al recordarlo, asegura
y sostiene que Ventura
ganó «aquello»... *en las carreras*.

Respecto á faldas y amores,
hace «horrores»... Yo prometo,
por el debido respeto,
no referir sus «horrores.»

Pero es tal su buena estrella,
que causa más de un quebranto,
y todos le juzgan santo
y nadie le arma querella.

Como le gusta la holganza
y llevar la *vita bona*,
le mantiene una jamona
llamada doña Esperanza.

Y como el tunante tiene
descaro tan inaudito,
dijo un día á voz en grito:
—La *Esperanza* me mantiene.—

Pues aunque él lo dijo en chanza,
no hay quien su dicho no apruebe;
porque ¡es claro! al hombre debe
mantenerlo la esperanza.

En fin, por una torpeza,
haciendo no sé qué giro,
al estanque del Retiro
cayó un chico de cabeza.

Más muerto el pobre que vivo,
pasando apuros, gritó,
hasta que al fin le sacó
un hombre caritativo...

y tan modesto, que apenas
le dejó en salvo se fué,
queriendo librarse de
plácemes y enhorabuenas,

y anhelando por su acción,
como sólo recompensa,
lo que más honra dispensa,
¡la propia satisfacción!

Acudió gente después,
contó el chico lo ocurrido,
y el héroe desconocido
despertó gran interés.

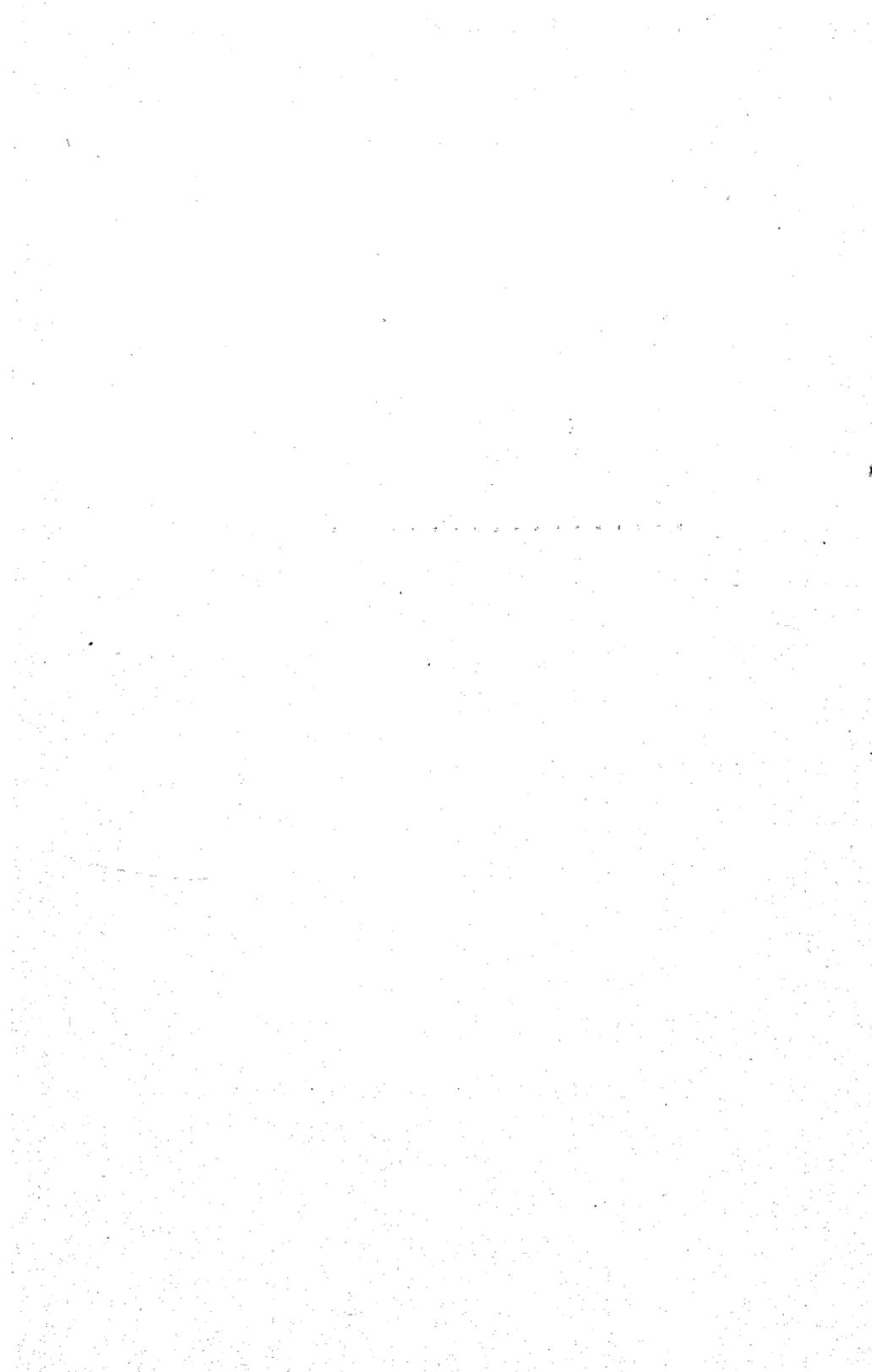
—¿Quién sería?—entusiasmado
todo el concurso exclamó,
y el chicuelo respondió:
—Un señor rubio y delgado.

—¿*Rubio y Delgado*? ¡Criatura!
¡*Ventura* ha sido... de fijo!—
Y el pobre muchacho dijo:
—¡Claro que ha sido *ventura*!

.....

Y ayer, con toda evidencia,
supe que, AL FIN, ha logrado
Ventura Rubio y Delgado
¡¡LA CRUZ DE BENEFICENCIA!!







...Y otros nacen estrellados

Quintín Ladrón de Guevara
es un muchacho formal,
honrado, noble, leal;
un modelo... ¡el *avis rara!*

Mas—no sé por qué razón—
la Opinión le considera
como un pícaro, ¡y cualquiera
contradice á la Opinión!

Da de bondad testimonios
y, por fatal trocatinta,
los querubines que pinta
resultan siempre demonios.

—El bullicio me da espanto
y odio toda agitación
—decía en cierta ocasión;—
la soledad es mi encanto.—

Pues el que lo oyó, en seguida
para su capote dijo:
—Esa *Soledad*, de fijo
debe ser una perdida.

—Toda dicha es ilusoria
sin la gloria—prosiguió;—
por eso trabajo yo,
para conquistar la gloria.—

Con malicia inoportuna
unos á otros se miraron
y al punto todos pensaron:
—La *Gloria*... pues otra tuna.—

Hoy figura esta verdad
entre las más admitidas:
«Quintín tiene dos queridas,
la *Gloria* y la *Soledad*.»

Y hay quien jura por su fe
y, si es preciso, por Dios,
que las conoce, y son dos
que cantan en un café.

—
El día en que se casó,
dijo:—Vida de soltero,
recibe mi adiós postrero...
Soy otro. ¡San se acabó!

Se borre de mi memoria
ventura menos fugaz,
y pues me caso con Paz,
¡aquí paz y después gloria!

—No se para el mozo en barras—
uno dijo—y muestra el juego:
aquí su mujer y luego
la *Gloria*, aquella de marras. —

Tuvo después fiesta y vino
en el día de su santo,
y el alboroto fué tanto,
que le preguntó un vecino

con extraño retintín:
—¿En tu casa ha habido ayer
fiesta?—Y él le dijo:—¡A ver!
Hubo la de San Quintín.—

Pues ya á murmurar se empieza
que con su esposa ha tronado
y en «su día» se han tirado
los trastos á la cabeza.

Por último, el otro día
un timador le quitó
la cadena y el reló
al subir en el tranvía.

El pobre á gritos se queja,
huye el ladrón diligente,
y después tranquilamente
se presenta la pareja.

—¿Quién promueve alteración?—
dijo un guardia, con gran pausa.
—Yo— gritó Quintín,—por causa...
—¿Usted? ¡A la prevención!

—Es que me han robado...—¡Bien!
Pues allí se aclarará.
—Pero es que el ladrón se va.
—Pues se aclarará también.—

Al verle así detenido
un amigo que pasó
acercándose exclamó:
—Ladrón ¿qué te ha sucedido?

—¡Es un ladrón! ¿Eh, qué tal?—
dijo el guardia,—si me achicu...
Vamus hacia el *Abanicu*,
que allí no estarás muy mal.

—Pero es que usted no repara...
—Quintín repuso alarmado
al mirarse amenazado,—
Yo soy Ladrón... de Guevara.

Y el guardia, que no chancea,
repuso:—Eso no es razón...
que en siendo un hombre *ladrón*
no importa de qué lu sea.







Frases hechas

Mengáñez, inspector de policía,
tiene su cargo casi abandonado,
porque toda la noche y todo el día
está convulso, inquieto y preocupado;
si le hablan no contesta,
ó es siempre incongruente la respuesta;
no vigila el distrito,
donde abundan los cacos
y donde, ya hace tiempo, es infinito
el número de escándalos y atracos.
¿Qué le ocurre á Mengáñez? ¡Friolera!
Que tiene una mujer que es hechicera,
pero de genio alegre en demasia,
y el mísero inspector suda y se altera
y, con razón, por su coquetería,
teme que *se la pegue* cualquier día.

Pues bien—y aquí entra ya lo extraordinario—
está escandalizado el vecindario
y algunos ponen en el cielo el grito,
porque á Mengánez le llamó un diario
«el celoso inspector de tal distrito».

—
Hubo un terrible crimen misterioso,
y aunque el juzgado estuvo sin reposo
haciendo indagaciones,
tomando, sin cesar, declaraciones,
practicando registros, y buscando
alguna luz que fuérale guiando,
sus pesquisas constantes fueron vanas,
y el juez, rendido ante misterios tales,
así exclamó:—No hay ya fuerzas humanas
que den con los ocultos criminales.—

Un día, no sé cómo,
supo el juez que el cadáver no encontrado
hallábase enterrado
dentro del Hipodromo,
y que era en las Américas prendero
el asesino misterioso y fiero.

A un lado y otro al punto fué el juzgado,
mas resultó burlado;

que una y otra noticia
fueron, sin duda, ardid muy bien fraguado
para aturdir aún más á la justicia.

Y un diario muy grave y muy sesudo,
dijo muy seriamente:

«El chasco fué, en verdad, morrocotudo,
y aunque acudió el juzgado diligente,
y estuvo en las Américas primero,
y de allí al Hipodromo fué ligero,
¡torpeza nunca vista!,
ni ha dado con el *rastro* verdadero,
ni ha conseguido estar *sobre la pista*».

—
Don Lucas Barragán es un pobrete
cesante desde el año ochenta y siete,
y aunque él triste pretende sin reposo,
no halla ningún ministro piadoso
que en su antiguo destino le reponga
y fin un día á sus angustias ponga.

Ayer mismo, no obstante, me decía
con muestras de alegría:

—Me ha ofrecido un vecino
hablar con un amigo del sobrino
de la mujer de un primo del cuñado

de uno que es acreedor de un diputado,
y dice que tal vez será sencillo
sacarme, por tal medio, un destinillo.

Con poco se contenta mi deseo,
pues mi única ambición, en mi pobreza,
es *meter la cabeza* en un empleo
y *sacar de ese modo la cabeza*.





Al infierno en coche

Cediendo del amor á la locura
con su prima Coral casó Tadeo.
El llevó por hacienda su deseo,
y ella por sólo dote su hermosura.

Un año hace no más que el señor cura
bendijo aquella unión, y ya los veo
ir con lujosos trenes al paseo,
mostrando sus riquezas y su holgura.

Ninguno, al parecer, la causa acierta
de mudanza tan pronta y peregrina,
que deja á todos con la boca abierta.

Y por más que el misterio se adivina,
lo que puedo afirmar por cosa cierta,
es que ella va en *landó*, y él... ¡en berlina!





Jueces inexorables

*Qui sine peccato est vestrum, primus
in illum lapidem mitat.*

SAN JUAN, VIII, 7.

I.

—¿Qué opina usted, don Clemente?

—Don Guillén, que esto va bien

y que el «alza» es evidente.—

Don Clemente es el agente

de Bolsa de don Guillén.

—¿No tendremos un fracaso?

—Mi cabeza pongo yo,

y eso que en mucho la taso,

pues ya usted sabe que no

me equivoco en ningún caso.

Como bebo en buenas fuentes
tengo datos excelentes
y «opero» sobre seguro,
y no expongo á mis clientes
á perder un sólo duro.

—Pues compre usted sin temor.
—Así lo haré, sí, señor;
y afirmo, con arrogancia,
que no hay negocio mejor
ni más segura ganancia.

Con mi práctica presiento,
y no hay acontecimiento
que me coja de improviso.
Para errar era preciso
que se hundiera el firmamento.

—

—¿Hubo «baja»?

—Sí, señor.

Un inesperado azar,
un repentino pavor
que el hombre más previsor
no ha podido calcular.

¿Quién no se arriesga y confía,
ó teme contrariedades,
si, para mi profecía,
de cien probabilidades,
noventa y nueve tenía?

Aunque parezca imposible,
veo con dolor profundo
mi equivocación sensible;
pero, en fin, en este mundo
sólo el Papa es infalible.

—Es mi rüina.

—Lo sé.

—Su error en mi daño cede.

—Cierto es que me equivoqué;
mas ni usted ni nadie puede
dudar de mi buena fe.—

Don Guillén, por la emoción,
presa de una congestión
cayó enfermo gravemente.
El equivocado agente
percibió su comisión.

Y si alguno, cualquier día,
buscara en su error motivo

para una leve ironía,
de seguro sufriría
inmediato correctivo.

II.

—¿Este ataque, don Melchor,
será mortal?

—No hay temor;
se curará pronto y bien.—
Don Melchor es el doctor
que visita á don Guillén.

—El curarle está en mi mano,
que es cosa fácil y llana;
conque no alarmarse en vano,
pues dentro de una semana
lo tendréis tan bueno y sano.—

Agravóse de repente
el desdichado paciente,
poniéndose moribundo,
y á la hora, próximamente,
ya estaba en el otro mundo.

—Me equivoqué, lo confieso;
—después el doctor decía,—
no esperé tan rudo acceso,
pues la ciencia no podía
ni aun prever este suceso.

Nadie como yo lo siente.
De cien casos, solamente
suelo equivocarme en dos;
pero, desdichadamente,
sólo es infalible Dios.—

Causó aquel golpe fatal
al hijo terrible mal,
y gastos extraordinarios.
El doctor, es natural,
percibió sus honorarios.

Y si alguno cualquier día
dudara, ante aquel error,
de su gran sabiduría,
de fijo, recibiría
los padrinos del doctor.

III.

—¿Qué opina usted, don Conrado?
—Que es un litigio ganado,
y así tuviera yo cien.—
Don Conrado es el letrado
del hijo de don Guillén.

—¿Ganaremos?

—¡Claro está!

La duda es inoportuna.

—¿Quién mi duda extrañará
pensando que en ello va
el resto de mi fortuna?

 Mi buen padre, al expirar
victima de un golpe rudo,
que siempre habré de llorar,
por mi desdicha no pudo
sus asuntos arreglar.

—Bien; mas del estudio hecho
yo he quedado satisfecho
sin temer fallos fatales;
que apoyan nuestro derecho
todos los textos legales.—

Pero el pleito se perdió.
La justicia no encontró
la razón tan terminante,
y el infeliz litigante
en la miseria quedó.

Aquel hijo infortunado,
huérfano y arruinado,
vió sus derechos deshechos.
Tranquilamente el letrado
cobró muy buenos «derechos».

Y si por ello algún día
alguien tuviera osadía
para hablar de error ó incuria,
de seguro, se vería
procesado por injuria.

IV.

El hijo de don Guillén,
que era mozo listo, á quien
el teatro era simpático,
y que antes tuvo también
sus pujos de autor dramático,

venciendo el abatimiento
al verse en tal situación,
para buscar el sustento
tomó como profesión
lo que fué entretenimiento.

El pobre mozo se dió
á trabajar sin desmayo,
y una comedia escribió
que tras mil afanes vió
admitida y en ensayo.

Pero no tuvo fortuna;
hecha con ansia importuna,
con alma febril é inquieta,
la tal comedia era una
«equivocación» completa.

Y con fiero desengaño
que su corazón devora,
vió el pobre, para su daño,
destruído en una hora
todo el trabajo de un año.

¡Oh, con qué ciego furor
todo el público rugía,
pateando á su sabor!

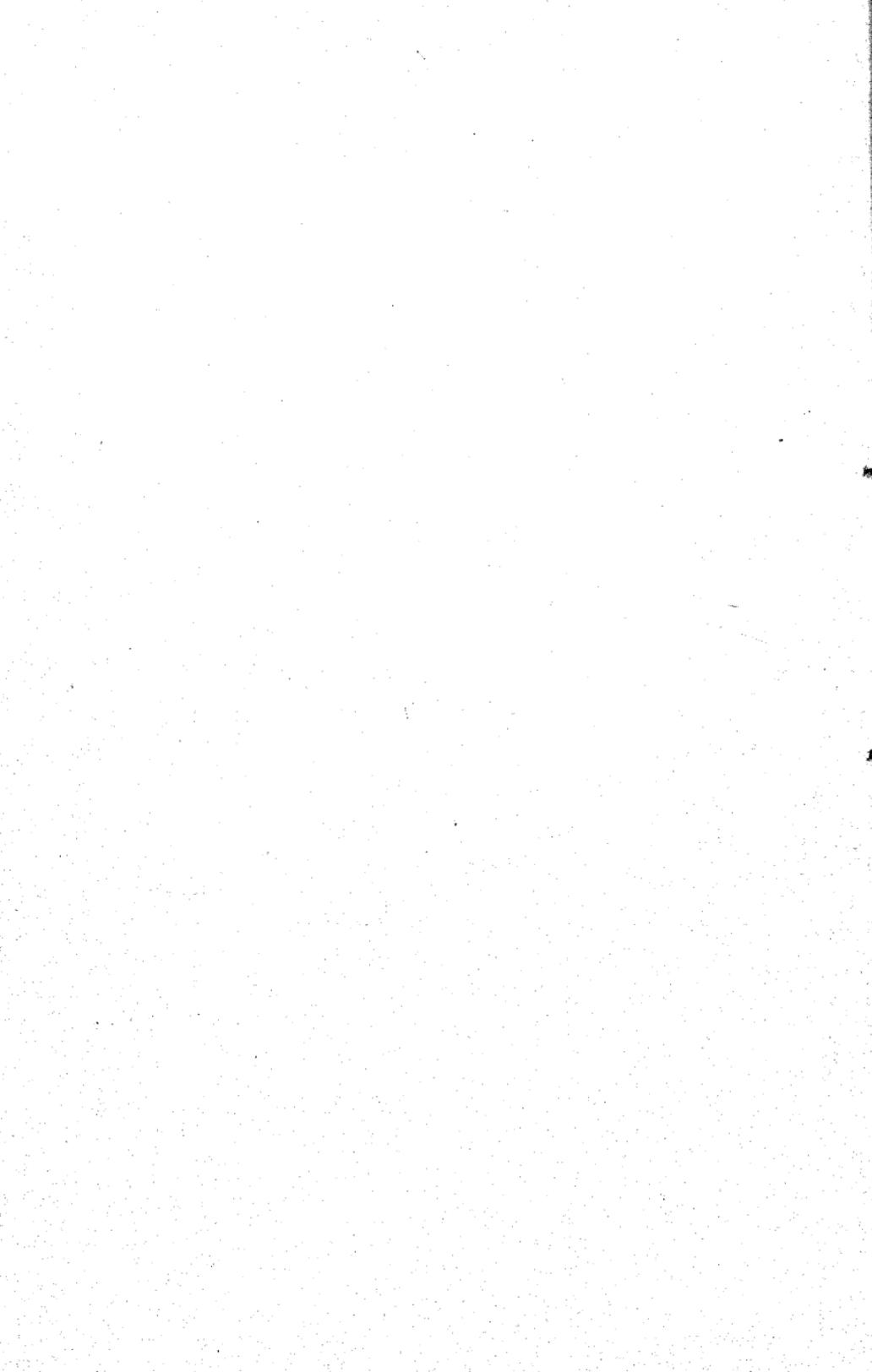
¡Si hubo gente que pedía
la cabeza del autor!

¡Qué denuestos tan feroces!
¡Qué estrepitosos silbidos!
¡Qué desconcertadas voces!
¡Qué desvergüenzas! ¡Qué aullidos!
¡Qué bastonazos! ¡Qué coces!

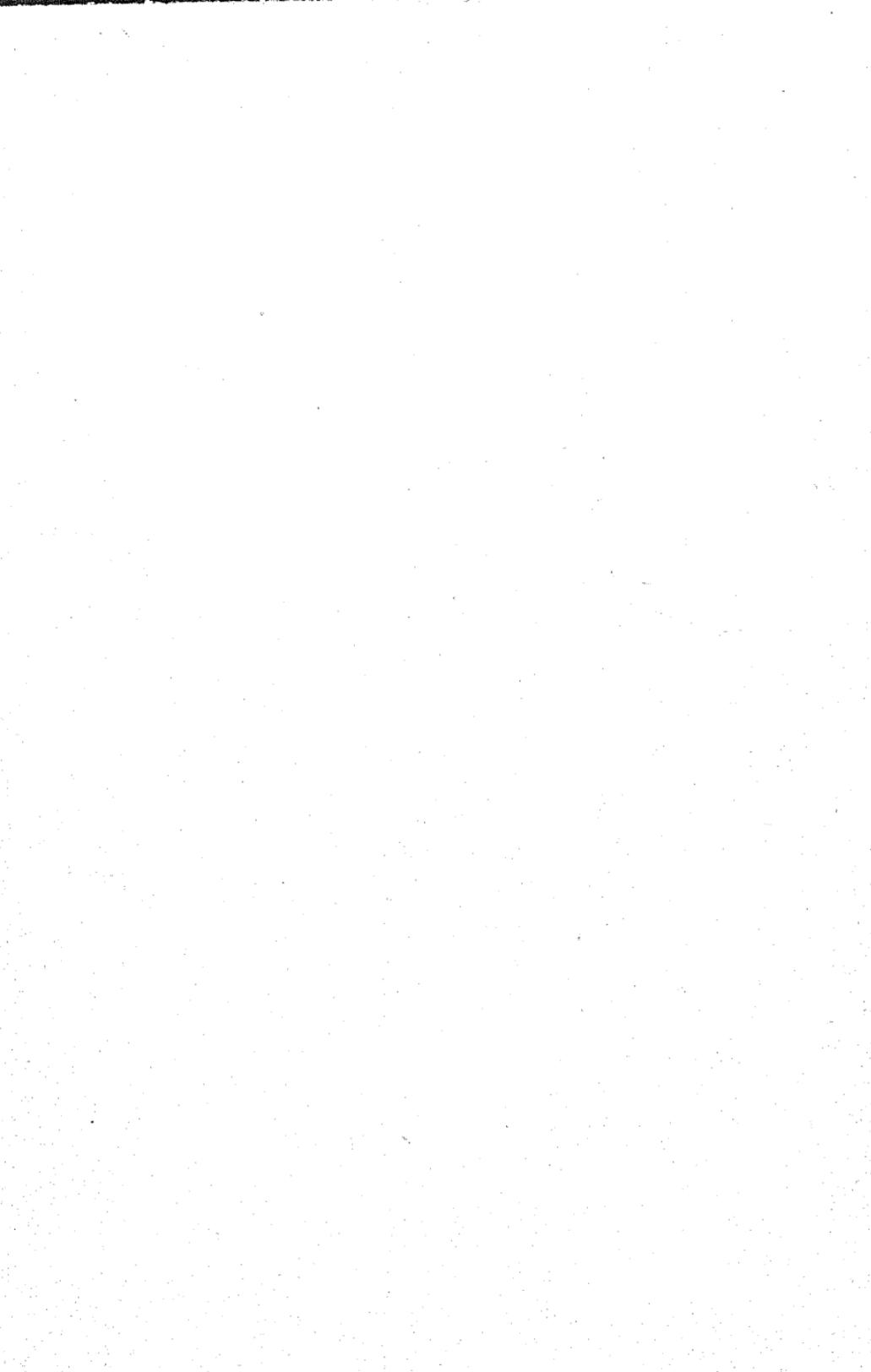
Por aquel «error fatal»,
que á él sólo dañoso era,
le trataban cual si fuera
un infame criminal
ó una sanguinaria fiera.

¿Y sabes, caro lector,
quiénes al mísero autor
silbaron más rudamente?
No hay que decirlo. ¡El agente,
y el letrado y el doctor!





A MÍ NO ME LA DA USTED





A mí no me la da usted

DECLARO, antes de seguir adelante, que este epígrafe no es un risible, inoportuno y pedantesco alarde de previsor lista ó de maliciosa desconfianza. Antes por lo contrario, siempre he sido, soy y seré tan inocente, incauto y confiado que, en este sentido de la frase, «á mí me la da» cualquiera.

Lo que no me da cualquiera, de hoy en adelante, es la mano, porque, con espanto grandísimo, he leído hace pocos días en un periódico, que esa antiquísima fórmula de la urbanidad con que nos saludamos al encontrarnos y al despedirnos, puede ser causa de terribles contagios, según la respetable opinión de sabios eminentes.

¡Dios nos tenga de su mano y nos libre de las de los demás!

* * *

Aseguro á ustedes que antes de leer aquella alarmante noticia⁷ me repugnaba instintivamente, en muchos casos, la consabida fórmula, y si daba la mano á algunas gentes, era sólo por no ser tachado de grosero y porque me hacía la reflexión de que si «el hombre besa manos que quisiera ver quemadas», al fin y al cabo sacrificio menor que besarlas es dar, ó, mejor dicho, tomar manos que quisiera ver lavadas, *verbi gratia*.

En más de una ocasión he pensado que esta fórmula «mímica», que sólo en casos contadísimos corresponde á la idea de afecto, amistad ó alianza que pretende significar, podría ser, sin inconveniente alguno, sustituida por la misma fórmula «hablada»; y así como decimos: «Beso á usted los pies» y «Beso á usted la mano» sin besar mano ni pies, podríamos decir también: «Doy á usted la mano», tomando al mismo tiempo la precaución de colocar las dos detrás del cuerpo ó de guardarlas en los bolsillos.

Porque, aun prescindiendo del espantable peligro á que va uno expuesto, según la afirmación de los susodichos sabios, eso de *dar la mano* suele tener otros muchos inconvenientes.

Hay quien al dar la mano, por hacer intempestivo alarde de una fuerza brutal, aprieta sin compasión la mano del desdichado á quien así saluda, como si tratara de someterle á inquisitorial tormento, haciéndole

arquear las cejas, perder el color, retorcer el cuerpo, abrir desmesuradamente los ojos y la boca, y hasta derramar lágrimas, sintiendo crujir los dedos, que cuando, al fin, por compasión ó por cansancio suelta el verdugo, riendo por su gracia, quedan pegados, entumecidos y sin movimiento lo menos media hora.

Hay quien al dar la mano toma la que uno inocentemente le entrega, y ya no la suelta á tres tirones, ni á treinta, mientras dura la conversación, y la soba, y la estruja y la retiene, oprimiéndola cada vez que con disimulado esfuerzo se pretende retirarla.

Hay quien al dar la mano sacude violentamente el brazo, como quien, impaciente ó apresurado, tira del cordón de una campanilla, y más que saludar parece que desea llevarse mano y brazo, arrancándolo de cuajo por el hombro.

Hay, en fin, quien da la mano chorreando sudor frío, como si acabara de lavárselas y no las hubiera secado; quien, después de meterse los dedos en las narices, escarbando como el que busca en ellas algún escondido tesoro, tiene la repugnante osadía de tendernos la mano; y hay quien se atreve, por sobra de frescura y falta de limpieza, á ofrecerla sin haberse cuidado en mucho tiempo de verter agua en la jofaina y de verter al castellano, juntando la acción á la palabra, aquello de *Lavabo inter innocentes manus meas*, como la decencia exige, aunque no sea *inter innocentes*.

No sé á punto fijo el origen de esa empecatada costumbre de dar la mano, aunque recuerdo haber leído en alguna parte que era en la antigüedad fórmula consagrada por muchos pueblos para hacer las paces y formar alianzas. Los reyes ó sus representantes en un caso, y en otro los jefes de los ejércitos, se daban las manos y asunto concluído. Pero también recuerdo que el *acto material* fué en algunas partes sustituido por el *acto simbólico* de cambiar manos de bronce, plata ú oro, y eso... ya era otra cosa. Si alguno, de hoy en adelante, quiere darme la mano en esa *forma* y me da una mano de oro, no seré yo, ciertamente, quien retire la mía, aunque aquél tenga la *mano pesada*.

¡Quiá! ¡Cuanto más pesada mejor!

Fuera de este caso, me declaro desde hoy *manumitido*, vamos al decir; para evitar prudentemente motivos de molestia y peligros de contagio, daré la mano *verbalmente ó por escrito*, como la beso, cumpliendo las reglas de la buena crianza; pero, resueltamente, á todo el que en lo sucesivo venga á pedirme mi blanca mano, le diré con rubor, pero sin reparo, que *estoy comprometido*.





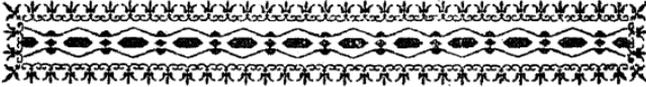
Idas y vueltas.

Parte Colón: con dudas y temores
turba indócil le sigue de mal grado.
Vuelve triunfante, y rico y festejado,
le colman de mercedes y de honores.

Parte otra vez: guerreros y señores
disputanse el honor de ir á su lado,
y cuando vuelve... triste, encadenado,
sufre de la injusticia los rigores.

En la ruda batalla con la suerte,
si el genio alguna vez el premio gana,
cuando se juzga poderoso y fuerte,

la envidia aleve y la traición villana
le tienen preparadas ruina y muerte...
¡Historia eterna de la gloria humana!



La mujer perfecta

Tuvo un escultor famoso
el pensamiento de hacer
la estatua de una mujer
que fuera un tipo pasmoso,

non plus de las creaciones
de su ideal fiel trasunto,
y prodigioso conjunto
de todas las perfecciones.

Empleando cuantas artes
su ingenio le sugirió,
á centenares buscó
modelos por todas partes;

mujeres que no imagina
nada más bello el amor:
si una buena, otra mejor;
si una hermosa, otra divina;

y para que su proyecto
lograse buena fortuna,
fué copiando de cada una
el detalle más perfecto.

De ésta los ojos, de aquélla
una pierna... que «disloca,»
de otra tercera la boca
que no es posible más bella.

De una un brazo, de otra un hombre,
de otra un pie, que es un encanto,
de otra un pecho... ¡Cielo santo!
¡Qué pecho... si es un asombro!

De otra una mano preciosa,
de otra un gesto encantador,
y de otra... En fin, lo mejor
de cada mujer hermosa.

Cuando acabó su tarea,
y al fin pudo, sin zozobra,
ver terminada la obra
y realizada su idea,

asombrado del portento,
que hizo surgir su cincel,
gran rato quedóse ante él
extático y sin aliento;

y turbada su razón
de orgulloso y satisfecho,
sintió nacer en su pecho
la más extraña pasión.

Pasión fiera, irreprimible,
espantosa, que abrasaba
su sér, y que se estrellaba
contra el mármol insensible...

Presa de febril anhelo,
exclamó con fe sencilla,
puesta en tierra la rodilla
y la mirada en el cielo:

—
«Señor, ten piedad de mí,
y devuélveme la calma
que ante esa estatua perdí,
no pierda también el alma
por tan ciego frenesí.

»Tú inspiraste mi creación
y has permitido que inflame
este amor mi corazón...
Señor, ten piedad, y dame
la dicha de Pigmalión.

»Anima esa estatua impía;
préstale fuego, que encienda
esa masa inerte y fría;
dale un alma que comprenda
este anhelo de la mía.

»Alma en que viertas tus dones;
que, en todas las ocasiones,
cual yo sienta y piense y crea:
un alma que también sea
conjunto de perfecciones.»

Sin duda, el cielo clemente
esta plegaria escuchó,
porque la estatua empezó
á animarse de repente,

y apareció ante su vista
mujer de beldad tan rara,
que ni él mismo la soñara
en su delirio de artista.

¡Qué expresión en su semblante
tan sublime, tan graciosa!
¡Qué atracción vertiginosa
en su seno palpitante!

¡Qué inocencia reflejada
en su frente se divisa!

¡Qué dulzura en su sonrisa!

¡Qué pasión en su mirada!

—Tú eres mi ensueño de amor,
mi ventura, mi alegría,
¡el alma del alma mía!—
gritó loco el escultor.

—Díme que á este anhelo mío
un corazón corresponde...
Responde, mi bien, responde
y dame la paz que ansío.

Que tu voz divina abra
el cielo á que aspiro yo...—
Y la mujer sonrió
sin decir una palabra.

—No empieces á darme agravios,
ó aquí has de verme morir.—
Y ella volvió á sonreír,
mas sin despegar los labios.

—Con tu hermosura sin par
mal se aviene tu doblez.—
Y ella sonrió otra vez,
pero también sin hablar.

—Aún, por fuerza, en tí quedó
algo de mármol, de fijo...—
Y ella, sonriendo, dijo
con la cabeza, que no.

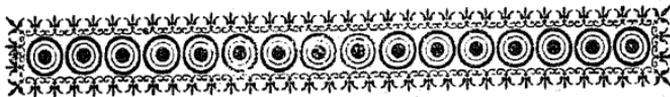
—Pues ¿por qué te callas? Dí.
¿Eres muda, dulce bien?...—
Y ella respondió, también
con la cabeza, que sí.

Frenético el escultor,
miró airado al firmamento,
y exclamó con ronco acento:
—¿Qué es lo que has hecho, Señor?

No me entendiste sin duda:
yo perfecta la quería
y, para desdicha mía,
no es perfecta, porque es muda.—

Y una voz grave y correcta,
desde el cielo con desprecio
repuso:—Cállate, necio...
¡Pues porque es muda, es perfecta!





¡A las tres va la vencida!

Á LA UNA...

Por no sé qué desazón,
estando un día en Palencia,
tuve la horrible intención
de echarme por un balcón
y dar fin á mi existencia.

Pero lo juzgué locura,
hija de un delirio extraño,
al pensar, con gran cordura,
que me iba á hacer mucho daño
cayendo de tanta altura.

Á LAS DOS...

Otra vez, estando en Soria,
por razón muy parecida,
dije:—Adiós, vida irrisoria,
voy á dejarte en seguida,
y aquí paz y después gloria.—

Hice un lazo en un cordel,
y ya puesto el cuello en él
también desistí de aquello,
al notar que el lazo aquel
me apretaba mucho el cuello.

Á LAS TRES...

Con mi constante manía
de morir, porque otro día
me llamó mi novia «¡ingrato!»
dije:—¡Vaya, no hay tu tía!
Ahora es de veras... ¡¡me mato!!—

Y me he casado, hará un mes
el día de San Andrés.
Quien va del peligro en pos
al fin su víctima es...
¡Porque lo que está de Dios!...

Yo el fatalismo no admito;
mas cuando en ello medito
no hago más que repetir:
—¡Ay! Si esto no *estaba escrito*...
¡¡es que lo iban á escribir!!





Tres pensamientos de Rivarol

¿Por qué generalmente las mujeres
el valer, ante un título, desdeñan,
y prefieren los duques y los condes
á los sabios, artistas y poetas?

Porque un título puede compartirse
y pueden ser condesas ó duquesas,
y el hombre de talento, su talento
no puede compartir con la que es necia.

* * *

Aun en la cuestión de modas
se imponen las mayorías,
y con feroz despotismo
avasallan y dominan.

El objeto de las modas
es disimular ridículas
deformidades ó faltas,
porque no estén á la vista.

Las feas y contrahechas
la imponen, por ser muchísimas,
y las esbeltas y hermosas,
por ser pocas, se resignan.

* * *

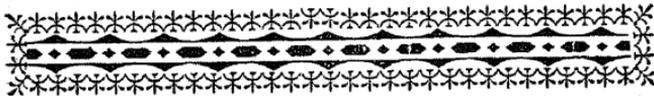
Mas de un necio pasa
por tener talento,
gracias á la fuerza
de su fingimiento,

porque procurando
no decir verdad,
llega al disimulo
de su necesidad.

Cuanto piensa es una
gran majadería,
que si la dijera
lo deshonraría;

pero como siempre
dice lo contrario,
resulta su ingenio
archi-extraordinario.

Por eso en el mundo
muchos que yo encuentro
son por fuera sabios
y tontos por dentro.



Los tiranos del tirano

I

Pues, señor... este era un rey
feroz, altivo, soberbio,
firme y tenaz en sus odios,
veleidoso en sus afectos,

implacable en sus sentencias,
arrogante en sus empeños
y extremado en sus antojos,
crueldades y desafueros.

Tan sólo el decir su nombre
ponía espanto en los pechos
y palidez en los rostros,
y temblores en los cuerpos;

y no había un solo súbdito
en su dilatado reino
que, ni á solas, se atreviera
á nombrarle sin respeto.

En su presencia temblaban
los más bajos palaciegos,
los más altos cortesanos,
nobles, seglares y clérigos.

Ante él turbados quedaban
los más valientes guerreros,
y apenas hablar podían
los grandes de su Consejo.

Y cuando iba por las calles
arrodillábase el pueblo,
porque doblaba sus piernas,
no la adoración, el miedo.

No había quien afirmase,
ni aun quien supiese de cierto,
si era el rey moreno ó blanco,
si era hermoso ó si era feo,

pues ni aun las mismas mujeres
más curiosas se atrevieron
á mirarle cara á cara,
ni á hurtadillas, un momento.

Sin embargo, tantas pruebas,
llevadas á tal extremo,
de sumisión absoluta
y aun de servilismo abyecto,

no lograron que el monarca
dulcificase su genio
cada día más cruel,
más tiránico y más fiero.

II

Decir es innecesario
que el monarca de mi cuento,
como todos los terribles
monarcas del universo,

apenas alguna noche
lograba tranquilo sueño,
y apenas pasaba día
sin temores ni recelos;

que aunque siempre en sus oídos
iba resonando el eco
de vitores, de lisonjas
y aduladores conceptos,

dominando aquel ruido,
siempre escuchaba, allá dentro
del alma, una voz terrible,
que, con fatídico acento,

le iba diciendo: «¡Tirano,
vive alerta y sin sosiego,
que has de sufrir el castigo
de tus maldades y yerros!»

Y en vano el rey, por la noche,
revolcándose en su lecho,
tapábase las orejas,
desesperado y frenético;

en vano, sobre su trono,
procuraba que el estruendo
de músicas y de aplausos
ahogase aquel grito eterno.

Cuando la voz se acallaba,
sus ojos, de espanto llenos,
veían la misma frase
en pavoroso letrero.

Si al suelo los dirigía
de su terror bajo el peso,
brotaban, para trazarla,
letras de sangre en el suelo.



Y si al cielo los volvía
aterrorizado y trémulo,
allí escrita la encontraba
con caracteres de fuego.

Y loco, desesperado,
presa de terrible vértigo,
luego mandaba al verdugo
matar los hombres á cientos,

por la sospecha más leve,
pensando, feroz y necio,
borrar las letras con sangre
y ahogar la voz con lamentos.

III

En derredor de una mesa
que había en un cuarto estrecho
y sucio y sin otros muebles
que la mesa y los asientos,

en una taberna inmunda
de la capital del reino,
se encontraban cuatro hombres
ya completamente ebrios,

á quienes, por fin, el vino
—ó, mejor dicho, el veneno,
que no otra cosa en las jarras
les servía el tabernero,—

haciendo, á un tiempo, en los cuatro
sus naturales efectos,
las lenguas dejóles sueltas
y, en cambio, los pies sujetos.

Y como el hombre borracho
no repara en miramientos,
ni los temores le atajan,
ni le paran los respetos,

yendo de un asunto en otro,
por desdicha suya, dieron
en ocuparse del rey
en estos horribles términos:

—Yo ante el rey—el uno dijo—
siempre me cubro y me vuelvo,
y más alto que él me pongo
y, si es mi antojo, le vuelco.

—Yo le hago que ante mí baje
la cabeza si me empeño—
dijo el segundo—y cortársela,
si se me antojara, puedo.

—Yo—dijo el tercero—le hago
comer siempre lo que quiero,
y vive, porque es mi gusto;
y muere, si es mi deseo.

—Yo—dijo entonces el cuarto—
más en mi poder le tengo,
él inerte, yo con armas;
él dormido, yo despierto...—

Oyó, con terror y asombro,
su diálogo el tabernero,
y una idea endemoniada
surgió, al punto, en su cerebro.

La delación le valdría
favor, á más de provecho,
librándole para siempre
de espionajes y recelos.

Y al palacio dirigióse
y al rey refirió el suceso,
corregido y aumentado
á fin de acrecer sus méritos.

Rugió furioso el monarca,
mandó al instante prenderlos,
y vió, al tenerlos delante,
vueltos en sí por el miedo,

á un soldado de la guardia
que le velaba en el sueño,
á un pinche de su cocina,
á un lacayo y al barbero.

Cumplió su oficio el verdugo,
tras brevísimo proceso,
y el delator, con los cuatro,
entregó al hacha su cuello,

porque según la sentencia...
«él estaba en el secreto,
y bien pudo ser un cómplice,
aunque arrepentido, de ellos.»

IV

Desde aquel día el monarca
no tuvo calma un momento,
y por doquiera veía
asesinos en acecho.

De todos desconfiaba,
siempre airado, siempre inquieto,
no atreviéndose á nombrar
otros servidores nuevos,

pues pensaba, recordando
lo que los otros dijeron,
que era mudar de personas,
pero no mudar de riesgos.

No comía, temeroso
de tomar algún veneno;
no dormía, recelando
ser, mientras durmiera, muerto;

sin cuidar de su persona
dejó crecer barba y pelo,
y á pie, errante por palacio,
vagaba como un espectro.

Al fin, de hambre y de miseria
cayó rendido en el lecho,
luchando con sus temores
y con sus remordimientos.

Y oyó aquella voz terrible,
que resonaba allá dentro
del alma, y que así le hablaba
con aterrador acento:

«Tú mismo eres quien castigas
tus maldades y tus yerros.
Los tiranos del tirano,
son sus propios pensamientos.»

V

Murió el rey; corrió la nueva
presurosa por los pueblos,
y todos vertieron lágrimas...
del júbilo más inmenso.

Se animaron los semblantes,
dilatáronse los pechos,
y... *colorín colorado,*
aquí se acabó mi cuento.





Un cura... impropio

Un pobre sujeto que,
más que malvado indiscreto,
se hallaba en terrible aprieto
por la falta de «parné»,

después de terrible ayuno
que sus fuerzas agotó,
un recurso discurrió
por sacrilego, importuno.

Levantóse una mañana,
y como cosa sencilla
se afeitó la coronilla,
se embutió en una sotana

y con despreocupación
que da á un tiempo espanto y risa,
fué á una iglesia y dijo misa
después de hacer oración.

A pesar de su descaro,
el chico que le ayudaba
notó que aquel cura hablaba
un latín bastante raro;

que en vez de decir *Oremus*
con extraña algarabía,
de vez en cuando decía,
casi entre dientes: *Ahorremus,*

y pensó: «Confuso estoy:
si eso en el rezo no está,
¿por qué este cura dirá:
Aliquid chupatur hoy?»

El monago listo y fiel
habló al párroco del cura;
se averiguó la impostura
y se descubrió el pastel.

Y el mísero audaz hambriento
exclamó:—¡No hacedme daño!
Me he valido de este engaño
para buscar alimento.

El infortunio me arrolla
y no pude presumir
que era pecado el fingir
ser cura de misa y olla;

pues juro que me obligó
el hambre que padecía,
y que por la *olla* lo hacía,
pero por la *misa* nó.—

Acudió la autoridad,
y al detenerlo un agente
murmuró con voz doliente:
—Tened, por Dios, caridad.

Perdonadme esta locura,
porque fué del hambre abuso.—
Pero el agente repuso:
—Esto ya... no tiene cura.

Inspirado por Satán,
dices *misa*... de afición,
pues ahora en la prevención
de *misas* te lo dirán.

Para hacer esa comedia,
tú mismo ya te vendías,
al probar que no sabías
de la *misa* ni la *media*.

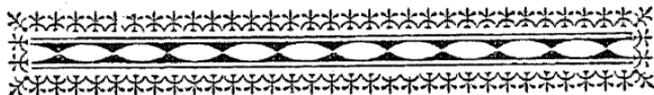
Tu conducta, á no dudar,
por sacrílega da espanto.
¿Qué habrá dicho de tí el santo
que se hallaba en el altar?

—Esa fué mi ofuscación,
murmuró el cura fingido.

—¿Cuál?

—Que para mí no ha habido
más que un santo... *¡sans façon!*





La lluvia

Llueve; los aires hendiendo
produce el agua al caer
cierto monótono estruendo.
¡Qué pocos lo están oyendo...
como quien oye llover!

El labrador que su anhelo
cifrado en la lluvia tiene,
siente al oírlo consuelo.
Para él ese agua viene...
como llovida del cielo.

Mas la dama que, compuesta,
ve una fiesta suspendida,
reniega airada y molesta
contra el agua maldecida,
que viene *á aguarle la fiesta.*

El novio, padre ó marido,
que iba á la fiesta aburrido,
siente una alegría loca.
Oye del agua el rüido
y *agua se le hace la boca*.

Pero al que á mal traer trae
la gota, y así recae,
chilla, jura y alborota,
pues cada *gota* que cae
le recrudece la *gota*.

Más de uno al oír llover,
gozoso sale á correr
las calles como una ardilla,
por ver si alguna mujer
enseña una pantorrilla.

En cambio el llover dañino
juzga el borracho y ya está
yendo al *colmado* vecino,
y si Dios dice: *¡Agua va!*
él dice: *¡Pues venga vino!*

A unos produce ventura,
á otros duelo y amargura;
aquí bienes, allí lodos...
Tien el refrán lo asegura:
No llueve á gusto de todos.

Yo escucho llover... así,
sin pena ni desagrado,
sin gusto ni frenesí;
pero es porque para mí...
llueve ya sobre mojado.







Postizos

(HISTÓRICO.)

Dos mujeres en Bilbao,
quizás por un *arrastrao*,
arman la de Cristo es Dios,
para probar de las dos
cuál parte allí el bacalao.

Una de ellas se dispara,
y como ya no repara
en nada, ciega de enojo,
da á la otra un golpe en la cara
y ¡pum! le echa fuera un ojo.

Da la otra un ¡ay! lastimero;
mas cede á un impetu fiero,
y probando que no es manca,
á su contrincante arranca
el moño al tirón primero.

La *autoridad* «se persona»
y da fin á la reyerta
metiéndolas en «chirona»:
la una derrengada y *tuerta*,
la otra arañada y *pelona*.

Las dos lloran sin consuelo
la falta de sus hechizos,
que alguien recogió del suelo,
y ¡oh decepción! ojo y pelo
se vió, al fin, que eran *postizos*.

* * *

Si aquí á las manos llegaran
conocidos personajes,
y á esas mozas imitaran,
y sus riñas no quedaran
en embozados ultrajes,

á cada golpe ó tirón
«saltaría» una verdad,
viéndose, al fin, lo que son
de unos, la moralidad;
de otros, la reputación.



LOS RESTOS DE DON MARCIAL





Los restos de don Marcial

POBRE don Marcial! Cuantos le veían y hablaban con él por vez primera sufrían tres fuer-tísimas impresiones sucesivas y diferentes; la primera, inevitable y rapidísima de espanto; la segunda, también pasajera é irremediable, de risa; la última, que era la única permanente, de admiración.

Faltaba á don Marcial la pierna derecha, sustituida por un apéndice de palo, adelgazado en su extremo inferior, que terminaba en un gran regatón de hierro, y no podía servir ciertamente como modelo ó muestra de los modernos adelantos ortopédicos; faltábale el brazo izquierdo, y la manga del amplio levitón que usaba en invierno ó de la ligera americana que llevaba en verano, caía, ceñida al largo y huesudo cuerpo, moviéndose cuando andaba ó cuando el viento soplaba fuerte, como una banderola á que sirviera de asta la altísima y desgarbada figura del veterano.

Su cara enjuta, larga y estrecha y siempre cuidadosamente afeitada, estaba cruzada por una terrible cicatriz que, partiendo del lado izquierdo de la frente, pasaba por la profunda y oscura concavidad del ojo, que había desaparecido, y por la nariz completamente desfigurada, é iba á terminar al extremo derecho de la boca, que por ello sufría perpetua contracción, convertida cuando se enfadaba en un mohín grotesco que daba risa, y cuando se reía, en una mueca horrorosa que causaba espanto.

Otras muchas cicatrices ostentaba en su calva enorme, que por la forma cónica y accidentada del cráneo, semejaba una montaña surcada por numerosas vertientes y veredas, y en cuya falda pacían tranquilamente algunos desperdigados rebaños, que no otra cosa parecían, siguiendo el símil, los pocos y rizosos mechones de blanquísimo pelo que sobre las sienes y cerca de la nuca conservaba.

Su ojo derecho, formando extraño y singular contraste con el profundo y tenebroso hueco dejado por el que faltaba, era pequeño, saltón, gris, brillante y tenía viveza y movilidad extraordinarias.

Don Marcial contaba más de ochenta años, y á pesar de ésto, y de los desperfectos de su descabalado cuerpo, marchaba siempre erguido y con toda la posible gallardía y marcialidad, apoyándose en un grueso bastón con puño negro en forma de muleta, y avisan-

do su paso por donde quiera que iba con el acompasado y sonoro golpeteo del regatón de su pierna de palo, sobre las losas ó las piedras de la calle.

Cuando los vecinos de los sitios por donde iba oían los golpes, ya conocidísimos, del regatón, se decían los unos á los otros con una sonrisa, en que había más de afecto y de compasión que de burla:

—Por ahí van *los restos* de don Marcial.

* * *

Todas las tardes del año, en el invierno á las dos y en el verano á las cinco, iba don Marcial á un paseo rodeado de hermosos jardines que había en la ciudad donde habitaba, y allí sentado siempre en el mismo banco de piedra, entre otros dos veteranos, antiguos compañeros de armas, y casi siempre rodeado por algunos amigos que gustaban de oír el repetidísimo relato de sus aventuras, y por algunos chicos que frente á él se colocaban, ya de pie, ya sentados en el suelo, á usanza moruna, y se quedaban embobados escuchando los lances y las proezas, que ya de memoria se sabían, el buen veterano evocaba los recuerdos de aquella gloriosísima epopeya, honra y orgullo del pueblo español, y que conserva nuestra historia con el nombre de *Guerra de la Independencia*.

Es preciso haber formado en alguna ocasión parte del auditorio de don Marcial, no ya para dar idea,

para poder tomarla siquiera de la transfiguración que sufrían su rostro y su persona. A medida que avanzaba en su relación, animábase su semblante, iluminado por hermoso resplandor; su ojo único brillaba con luz verdaderamente fascinadora; su voz, generalmente áspera y desabrida, que en todo caso parecía voz de mando, tomaba entonces tonos ya dulces y patéticos, ya fieros y terribles, pero siempre armoniosos y conmovedores; todo en él, para decirlo de una vez, respiraba tanta majestad, tanta grandeza, tanta pasión, tanto entusiasmo y tanto patriotismo, que sus oyentes acababan siempre por abrazarlo, con trasportes de admiración y de cariño, retirándose con los ojos arrasados de lágrimas, los corazones henchidos de amor patrio y los labios moviéndose maquinalmente y murmurando como una oración estas palabras: «Este don Marcial es un héroe, un grande hombre, incomparable, sublime, digno de admiración, y... hasta guapo».

Algunas veces don Marcial tocaba la nota cómica y hacía llorar de risa á cuantos le escuchaban, refiriendo curiosísimos lances y chistosas aventuras de la campaña, ó entonando, con tan mal oído como pésima voz, las coplillas *alusivas* que «por aquellos tiempos» se cantaban, y muy particularmente las que zaherían á *Napoladrón*, á *Morral*, á *Pepe Botellas* y «á todos los pícaros *gabachos*, que se habían figurado que el león español era tan fácil de domesticar como esos leonci-

llos de tres al cuarto, con que lucen sus habilidades por los circos algunos melencuados domadores *franchutes*.»

Cuando el discurso de don Marcial empezaba con este tono jocoso, casi siempre terminaba con la nota más trágica y terrible, [pues sin darse cuenta de ello, de las burlas contra los franceses pasaba á los denuestos contra los *afrancesados*, que él abominaba como traidores, infames y mil veces peores que aquéllos, llegando, como natural consecuencia, á ocuparse del favor y simpatía que ahora goza en nuestro país todo lo extranjero, y, particularmente, lo francés, que en modas, costumbres, libros y aun palabras, se ha introducido en España, constituyendo, según él, una invasión más humillante y vergozosa que la otra, porque aquélla fué impuesta por las armas y, desde luego, rechazada con heroísmo, y ésta es procurada por los mismos españoles, y por ellos sustentada y extendida con servil bajeza. Y al llegar á este punto, el bueno de don Marcial perdía pies; es decir, perdía pie, porque no tenía más de uno que perder.

Su odio á los franceses, lejos de haber disminuído ó de haberse amortiguado con el tiempo, parecía que á cada instante crecía y se avivaba.

Y entonces su ojo se movía y giraba con rapidez vertiginosa, lanzando siniestros resplandores, fruncía fuertemente el entrecejo, juntando las cicatrices de su

frente, como si quisiera reunir en ellas todos los estímulos de su odio y todos los impulsos de su venganza; contraía penosamente la boca, haciendo aún más terrible y espantosa la mueca de su rostro y echando por aquélla maldiciones, rugidos é improperios; golpeaba el suelo con la pata de palo, aterrando á sus oyentes, que entonces se retiraban sobrecogidos y angustiados, pensando ó diciéndose en voz muy baja para que no pudiera llegar á sus oídos:

«Este don Marcial es un héroe, un grande hombre; pero cuando habla de estas cosas es extremado, terrible, da miedo, y luego... ¡se pone tan feo!»

* * *

No hay para qué decir que don Marcial, que así aborrecía todo lo que *olía* á francés, como si aún siguiera viviendo en la época de 1808 á 1812, nada usó jamás que fuera, no ya procedente de Francia, ni aun siquiera imitación de lo que se usaba al otro lado de los Pirineos.

En cierta ocasión quiso un amigo regalarle una magnífica pierna, perfectamente articulada y dispuesta con su pie, de modo que permitiéndole andar con comodidad grandísima, hiciera casi imperceptible la falta de la suya; pero al saber que se trataba de un *artefacto* construido en Francia, á punto estuvo de maltratar al que pretendía *insultarle* con semejante obsequio, y

desde entonces, borrándolo para *in æternum* del número de sus amigos, no volvió á cruzar con él ni la palabra, ni el saludo, ni aun la mirada siquiera.

Don Marcial vivía en un todo á la española, á la española antigua; comía lo mismo y á las mismas horas que sus padres habían comido, y en sus ropas tenía especialísimo cuidado con que no hubiera ni en la tela ni en la hechura nada que no fuera español neto y legítimo, como español era el sastre que le hacía los vestidos.

En invierno llevaba siempre su gran levitón y su inmenso sombrero chambergo con anchísimas alas; y en verano un terno de mahón y un sombrero de jipijapa, cuyas alas podían competir dignamente con las del otro sombrero. Algunos bromistas, al verlo algunas tardes en su diaria *tertulia* vestido todo de amarillo y cantando las consabidas coplas contra los *gabachos*, le pusieron por mote «el canario menos sonoro».

Una tarde del mes de Agosto, don Marcial salió de su casa á la hora acostumbrada y con la lentitud á que su *pierna* y sus años le sujetaban, pero siempre erguido y gallardo en lo posible, se dirigía al paso en busca de sus compañeros y de su auditorio, haciendo resonar en las losas de la acera el metálico y acompasado golpeteo de su pata de palo, que, como siempre, hizo exclamar á los vecinos de las calles por donde pasaba:

—Por ahí van *los restos* de don Marcial.

* * *

De pronto escuchó rumor lejano de voces, alaridos y carreras, que por momentos se aproximaba, hasta poder oír distintamente estas palabras:

—¡Un toro! ¡Un toro!

A los dos minutos un grupo de hombres que corrían desesperadamente llevados en alas de su miedo, entraron por la calle donde se encontraba don Marcial y pasaron como un ciclón por su lado, siendo milagro que no dieran con él en tierra; momentos después apareció á la entrada de la calle un hermoso y grandísimo toro negro, que se detuvo y quedó encampanado, como el perseguidor que ha perdido la pista de los perseguidos.

En la calle, que era larga y estrecha, sólo había quedado don Marcial, detenido por la sorpresa de aquel inesperado tumulto.

No era posible perder un instante para ponerse en salvo, porque el toro podía *arrancarse* en el momento menos pensado, y ni el inválido veterano estaba para meterse en suertes de toreo, ni podía andar de prisa, cuanto menos correr, ni el sitio en que se encontraba, por estar á mitad de la calle, era el más apropiado para escapar ya del peligro corriendo, si correr hubiera podido.

Era preciso buscar sitio donde esconderse hasta que el bruto se retirara ó pasara de largo.

No el miedo, que jamás logró penetrar en el esfor-

zado pecho del viejo militar, sino el natural instinto de conservación y el convencimiento de que en ciertos casos la temeridad es una especie de suicidio, que repugnaba á su alma cristiana, le hicieron dirigir la vista á uno y otro lado buscando medios de salvación. A la derecha no había más que una iglesia, cuya fachada ocupaba casi todo el largo de la calle y cuya puerta á aquella hora estaba como de costumbre cerrada; á la izquierda había un gran palacio, cuyas puertas, por el contrario, estaban abiertas de par en par, brindándole acogida y salvación.

Allá se dirigía con el posible apresuramiento, cuando su mirada se fijó en el balcón principal del palacio, donde sobre un escudo encerrado en dorado marco, salía ligeramente inclinada hacia afuera un asta bandera que sostenía el pabellón tricolor de la república francesa.

Don Marcial, que ya había andado algunos pasos, se detuvo de repente. Frunció el entrecejo, exageró su mueca y lanzó con su ojillo gris una mirada terrible y centelleante, en que iban fundidos todos sus odios y todos sus agravios á la bandera, que dulcemente se movía de un lado á otro, mecida por el viento, y que parecía le invitaba cariñosamente á entrar en el portal.

Sonó en aquel instante un resoplido horrendo, que hubiera helado la sangre en las venas de otro hombre

menos valeroso, y el toro, que se había fijado en él, avanzó con ímpetu terrible para acometerle.

Don Marcial dirigió una mirada impregnada de dolorosa resignación á la casa del Señor, que seguía cerrada, y otra llena de rencoroso desdén á la bandera del palacio, que seguía abierto, y esperó.

La res furiosa llegó hasta él y lo volteó; revolvióse, cuando le vió en el suelo, y lo recogió, volteándolo otra vez; después, como si alguna otra cosa hubiera llamado su atención, ó como si creyera innecesario mayor ensañamiento, continuó su carrera hacia el fin de la calle.

Don Marcial, haciendo un supremo esfuerzo, llegó á ponerse en pie, pero apenas pudo estar así algunos segundos, cayendo al fin de espaldas para no levantarse más.

Tenía dos heridas mortales; la una en el lado derecho del cuello, la otra más arriba del corazón.

Cuando alejado el peligro y libres del temor acudieron algunas personas en su auxilio, detuviéronse conmovidos, y algunos se arrodillaron, descubriéndose todos respetuosamente.

El viejo militar, tan amante de España y tan poco amigo de Francia, estaba muerto.

Algunos hicieron una curiosa observación.

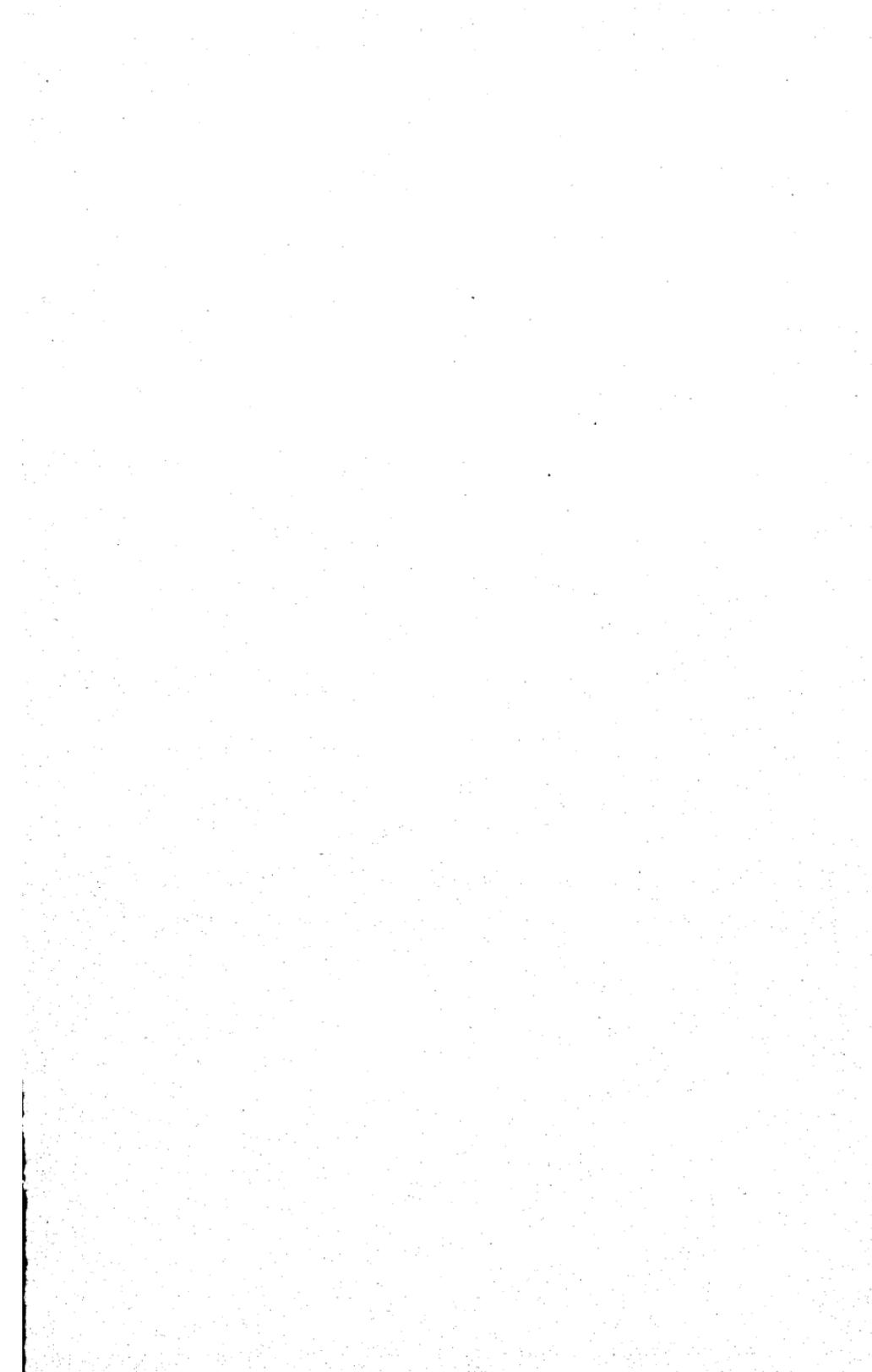
Tendido de espaldas en medio de la calle, frente al consulado francés, su ojillo gris, vidrioso y empañado

por el hálito de la muerte, pero desmesuradamente abierto, parecía que aún miraba con odio implacable la bandera tricolor que, ya calmado el aire, había cesado de moverse y estaba tristemente plegada y ceñida al asta.

El brazo derecho del veterano cruzaba su pecho, donde la sangre vertida por las dos heridas, deslizándose sobre el chaleco amarillo, había trazado dos anchas franjas coloradas.

Parecía que el infeliz, realizando al morir el sueño de toda su vida, había caído abrazado á la bandera española.







La Justicia y la Fortuna

La Fortuna y la Justicia
toparon en un camino,
después que habían pasado
años sin haberse visto.

La Justicia, como siempre,
iba sin hacer rüido,
caminando muy despacio
con rostro grave y altivo.

Envuelta en severa túnica,
mostrando su poderío,
con la balanza y la espada,
sus atributos temidos;

que á su saber y prudencia
confiar el cielo quiso
la misión de repartir
los premios y los castigos.

La Fortuna, siempre alegre,
iba en contrario sentido,
volando sobre su rueda,
aturdida y sin juicio:

pues con los ojos vendados
jamás reparó en peligros,
ni pudieron detenerla
montañas ni precipicios.

El cetro de la Locura,
que es de su poder el signo,
nerviosamente agitaba
lanzando alegres sonidos,

y arrojaba á un lado y otro
desdichas y beneficios,
sin mirar al agraviado
ni ver al favorecido.

Detuviéronlas á un tiempo,
los desconcertados gritos
con que á un tercer caminante
acosaban dos mendigos.

Era el uno un pobre honrado,
que estaba ciego y tullido;
el otro era un miserable
escapado de presidio.

Pedía el uno limosna
para dar pan á sus hijos;
buscaba el otro el dinero
para malgastarlo en vicios.

—No tengo aquí más que un duro,
el caminante les dijo;
ni á los dos dárselo puedo,
ni es posible dividirlo.

Mas ya que oportunamente
estas damas han venido,
que diriman la contienda
y señalen al más digno.

La Fortuna, irreflexiva,
señaló al punto al bandido;
la Justicia, más prudente,
resolvió primero oírlos;

y escuchando sus razones,
y consultando sus libros,
y pensando, cuidadosa,
los méritos respectivos,

al cabo dictó sentencia
resolviendo aquel litigio,
y mandando dar el duro
al pobre ciego y tullido.

Hízolo así el caminante,
ya satisfecho y tranquilo:
blasfemó el menospreciado
y rezó el favorecido.

Y no teniendo que hacer
cosa alguna en aquel sitio,
para proseguir sus rumbos
se despidieron los cinco.

Blasfemando y maldiciendo
tan sólo quedó allí el pícaro,
aguardando que pasara
alguno por el camino,

para vengar el ultraje
y saciar sus apetitos...
cuando á herir vino sus ojos
de un pequeño objeto el brillo.

El duro estaba en el suelo.
¡El desdichado tullido
no recordó que tenía
un agujero el bolsillo!

Cogiólo el tuno y guardólo,
como temiendo ser visto,
y se alejó, sonriendo
y cantando á voz en grito:

—«La Justicia á los honrados
da el galardón y el prestigio.
¿Qué importa si la Fortuna
guarda el dinero á los pillos?»







Playeras

Ya á la mar se va la gente,
y hay muchos, chicos y grandes,
que hacen por ir á la mar
la «mar»... de barbaridades...

La trucha es un pez de río,
dicen, pero no es verdad;
pues cuando llega el verano
hay más «truchas» en la mar.

¡Bendito San Sebastián,
todo lleno de saetas,
yo vendré, por ir á tí,
todito lleno de deudas!

A San Sebastián van unos,
otros van á Santander;
muchos van con *sans façon*
y algunos van con san-dez.

En un coche de primera
se ha marchado de Madrid;
se lleva diez duros míos,
¡por eso lo conocí!

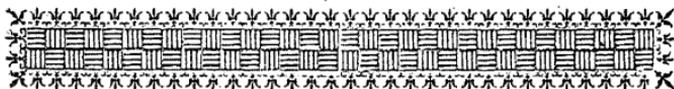
Dice Blasa que á los baños
lleva diez bultos lo menos:
un bulto en el equipaje
y los demás en el cuerpo.

Viéndote bañar, tu imagen
«impresa» en mi alma quedó:
para tí fué el baño de ola
y para mí «de impresión».

Cuando al entrar en el baño
luces tu cuerpo robusto,
tu mamá te dice: «¡Nada!»
y la gente exclama: «¡Mucho!»

Hoy por la estación del Norte
se marcharon Juana y Pepa:
Pepa va á Venta de Baños
y Juana á baños... de venta.





Monos... de imitación

I.

Hoy, cuando á cada momento,
por irresistible afán,
hablamos de independecia
y hablamos de libertad,

y allá en el fondo del alma
todos, quién menos, quién más,
el pobre y el millonario,
el tímido y el audaz,

el tonto y el advertido,
el casto y el inmoral,
el que gasta blusa y gorra
y el que usa levita ó frac,

somos un tanto anarquistas,
sin poderlo remediar,
y nos burlamos de todo
gobierno y autoridad,

aún somos esclavos viles
de un tiranuelo incapaz,
que se mofa de nosotros
y nos saquea además,

llevándonos á su antojo
siempre de acá para allá,
juguetes de sus caprichos
y su volubilidad.

Ese tirano es la *moda*,
ya ni que decirlo hay,
que es á su vez un *fantoche*
sin poder ni voluntad,

porque, es sabido, que á modo
de rey constitucional,
hace sólo cuanto quieren
los que mandan de verdad

y disponen sus *decretos*
é imponen su ley... marcial,
sastres, modistas, *cocottes*
y demás gente vulgar.

II.

Si á una señora cualquiera
ó á un hombre grave y formal
uno le dijera en serio:
—Usted me debe imitar.

Fijese usted en cuanto hago
y hágalo en seguida igual:
si me río usted se ríe;
si lloro se echa á llorar;

si me encojo usted se encoge;
si bostezo, usted hace ¡*Haddá!*;
si yo voy haciendo *eses*
también anda usted en zig-zag;

estornuda si estornudo,
habla mal si yo hablo mal,
y si yo me suicido
se tiene usted que matar.

En fin, lo mismo que *un mono*
de imitación, cuidará
de hacer lo que vea que hago
porque si no ¿qué dirán?—

El caballero y la dama,
sin dejarle terminar,
le tendrían por grosero
ó por ser irracional,

y juzgando que era ofensa
intolerable aquel plan,
no le dejarían irse,
por tan necia burla, en paz.

Y, sin embargo, un modisto
de París ó de Astrakán,
ó un tendero que procura
el género despachar,

ó un periodista guasón,
ó una torpe *horizontal*,
que hace de la extravagancia,
para su industria *reclam'*

les dicen: «Vístete así,»
y agregan: «Péinate asá.»
«Ahora adelgaza...» «Ahora engorda...»
«Ahora lleva un bulto atrás.»

«Ahora ponte en la cabeza
sombbrero descomunal.»
«Ahora un gorro de muñeca.»
«Ahora una flor nada más.»

«Oprimete el cuerpo tanto
que no puedas respirar...»
«Déjate la ropa suelta
y aseméjate á un costal.»

«A ver, el gabán muy corto.»
«A ver, muy largo el gabán.»
«Ahora lleva el cuello *en pie*.»
«Ahora mándale... *sentar*.»

«Tú, señor discreto y grave,
imita á aquel perillán
á quien yo tengo alquilado
con ese objeto especial.»

«Tú, mujer digna y honrada,
arruina á tu papá,
ó haz que tu esposo se entrampe
sin tener ellos piedad,

á fin de copiar en todo
á aquella mujer venal,
que vende el cuerpo, y el alma
da gratis á Satanás.»

«¡Sús, monos de imitación!
Cuanto ellos hacen mirad
para imitarlos en todo
porque si no... ¿QUÉ DIRÁN?»

Y el caballero y la dama
obedecen sin chistar,
y ni lo juzgan ofensa
ni se incomodan jamás,

y como esclavos serviles
se inclinan ante el altar
de la todopoderosa
tirana divinidad.

III.

Contra esto, lector querido,
no conviene reclamar,
porque pudieran llamarnos
cursis de solemnidad.

Lo que hay que hacer es seguir
el consabido refrán
que dice: «Ande yo caliente...
y ríanse los demás.»





El brujo

I.

Llegó hace poco á un lugar,
«de cuyo nombre no quiero
»acordarme» un forastero,
que era un tipo singular.

Ojos chicos, relucientes,
nariz corva, tez morena,
gran barba, crespá melena,
boca inmensa, negros dientes,

frente estrecha, voz nasal,
marcado acento francés,
piernas y manos y pies
de tamaño colosal,

y en perfecta relación
con su figura espantable,
«chistera» incommensurable
y un enorme levitón.

Su presencia en el lugar
alborotó á aquella gente,
y su tipo dió excelente
tema para murmurar.

—Debe ser un anarquista.
—O algún pájaro de cuenta.
—Hay que saber lo que intenta.
—No hay que perderle de vista.

—Su facha es extravagante.
—Y es franchute, agregó una.
¡Si vendrá aquí á hacer alguna
capillita protestante!

—O á buscar acaso «guita»
para un «nuevo Panamá».
—¡Digo! O á volar quizá
el pueblo con dinamita.

—Siempre que algún diario cojo
¡qué cosas de Francia leo!
—Yo, por lo que ocurra, creo
que hay que andar con mucho ojo,

y estar alerta conviene,
no nos ponga en un apuro,
porque ese hombre, de seguro,
á hacer algo malo viene.

Todo el mundo hablaba mal
del extravagante intruso;
hubo vieja que supuso
que era algun ser infernal.

Y el infeliz ciudadano
tanto temor infundía...
que los chicos aquel día
se acostaron más temprano.

II.

Por fin, un gran cartelón
que apareció al día siguiente
colgado en la calle, en frente
de la puerta del mesón,

vino á aclarar el misterio,
y á demostrar y á advertir
que era cosa de reir
lo que pareció tan serio.

EL BRUJO.—GRAN ATRACCIÓN.

FUNCIONES DE ESPIRITISMO,
DE MAGIA, DE MAGNETISMO
Y PRESTIDIGITACIÓN.
ESPECTÁCULO ASOMBROSO
CON NUNCA VISTOS ACIERTOS...
¡EVOCACIÓN DE LOS MUERTOS!
¡Y EL GRAN COFRE MISTERIOSO!

Llenó la gente el «salón»,
que era la cuadra adornada,
y al ser la hora señalada
dió principio la función.

El francés hizo primores
con limpieza verdadera,
mas ni un aplauso siquiera
dieron los espectadores,

que cansados y aburridos
se marcharon al final,
abandonando el local
dando golpes y silbidos.

III.

El infeliz extranjero,
cuando aquel desaire vió,
aturdido, preguntó
la razón al mesonero,

quien le respondió:—«Pero, hombre,
¿si era de esperar así!
¿Cómo quiere usted que aquí
naide se admire ni asombre,

si *toas* esas brujerías
las hace mucho mejor
aquí el alcalde mayor,
y las hace *tós* los días?

Usted con *albilidá*
le ha sacado, sin sentillo,
dos pesetas del bolsillo
al que las tuvo, ¿*verdá?*

Pos luego el alcalde viene,
no se anda con cuchufletas,
y le saca las pesetas
hasta á aquel que no las tiene.

Usté con mucho trabajo
á uno en dormir se complace,
con *toas* las cosas que hace
así, *pa* arriba y *pa* abajo.

Y el alcalde rompe á hablar,
se pone á echar un discurso,
y se duerme *tó* el concurso
sin poderlo remediar.

Usté en el cofre metió
á una joven, yo lo ví,
otra quedó fuera...aquí:
y luego el cofre amarró.

Y al punto y sin que se viera
que en eso la gracia encuentro,
la de fuera estaba dentro,
la de dentro estaba fuera.

Pues el alcalde actual
lo ha hecho ya en cien ocasiones,
siempre que ha sabido *elecciones*,
con la *urnia* electoral.

Meten la candidatura
que llaman de oposición,
y con mucha precaución
la *urnia* también se asegura,

y luego se ve al final,
que se hallan de igual manera
la que estaba dentro, fuera...
dentro, la ministerial.

Usted consigue que venga
y hable un muerto; será cierto:
el alcalde hace que el muerto
vote á quien á él le convenga.

Conque ya ve usted que está
«eso» adelantado aquí:
y ahora créame usted á mí,
no vuelva usted por acá.»

IV.

Sin pestañear siquiera
oyendo estuvo el francés
al mesonero, y después
esto escribió en su cartera:

«Gran observación extraña.
»En prestigitadores
»no haber hallado mejores
»que los alcaldes de España.»



Fama criminal

En una carta que Blasco
escribió desde París,
á un diario de la corte
con el natural *sprit*
y la gracia y el ingenio
inagotable y feliz
de aquel escritor que debe
ser gala de este país,
refiriéndose al petardo
de la Cámara de «allí»
decía que la imprudencia
del afan «reporteril»
estimula en muchos locos
el natural frenesí
por buscar renombre y fama,
dando al mundo que decir.
Eso de que un pelagatos
que siempre fué un zascandil,

dél que nadie se ocupaba
por ser un ente ruín,
un día salga á la calle
con el propósito vil
de asesinar á las gentes
y armar la de San Quintín,
y pór eso al otro día
sea un héroe ó cosa así
y publiquen su retrato
de espaldas, frente y perfil
y se cuente si ha nacido
en Lugo ó Castefullit,
si de chico se metía
los dedos en la nariz,
si ya en la cuna mostraba
su arrogancia varonil,
si al cumplir los siete años
tuvo viruelas ó *grip*
y se llenen los periódicos
desde el principio hasta el fin
refiriendo cuando coma
si come arroz ó perdiz,
cuando bebe si prefiere
el jerez al chacolí,
cuando duerme si está quieto
ó da vueltas al dormir,
y si ronca ó si estornuda

ó si tose ó si habla ó si...

Eso será interesante
y habrá algún chisgarabís
que con asombro lo lea
pero ¡por las once mill!
sobre ser asunto indigno
por mezquino y baladí
de entretener á la prensa
que tiene más noble fin,
que consecuencias fatales
tiene para el porvenir.

—Yo tengo ya treinta años
—dice un día un zarramplín—

y aunque voy por todas partes
nadie se ocupa de mí.

El vivir oscuramente
y oscuramente morir
me *repuzna* y necesito

dejar un recuerdo aquí
para que de mí se ocupen.

¿Qué hacer? Voy á discurrir.

Yo siempre he sido un gazznápiro
y sigo siéndolo; así

yo no he inventar la pólvora,
pero aunque fuera un *Merlín*
ó más sabio, si es posible,
en vez de un hombre cerril,

tampoco la inventaría;
porque la pólvora, al fin
y al cabo, estaba inventada
el día en que yo nací.
Yo, con algún acto heroico,
podía dar que decir,
salvando la vida á alguno
con esfuerzo varonil
ó yendo á luchar yo solo
contra los moros del Riff...
pero eso pronto se olvida
y hasta me expongo á sufrir,
después que me hagan añicos,
á que haya gente incivil
que diga:—«Fué un temerario
exponiéndose á morir»
y á que luego los periódicos
al ocuparse de mí,
si se ocupan, me dediquen
dos líneas para cumplir...
Yo necesito hacer algo
gordo... muy gordo, algo así
que esté *á mi alcance* y que logre
estremecer al país.
La prensa hace cuatro meses
no hace más que referir
los pormenores de un crimen

que ha habido en Puente Genil
y ha publicado el retrato,
la biografía y
un *facsimile* del reo
que está aprendiendo á escribir.
Y todo, ¿por qué? Por nada.
Porque cortó de raíz
la cabeza á su señora,
y se comió á un chiquitín.
¡Por una cosa *tan fácil!*
Pues si yo llego á partir
en pedazos á mi suegra,
y á mi señora, y á mis
doce chicos, y á un amigo
que ha llegado de Guadix,
y me los como á los quince
bebiendo Champañ ó Rhin,
de seguro que en dos días
soy más famoso que el Cid;
y mi nombre se repite
en Londres, Roma, Berlín,
San Petersburgo, Lisboa,
Constantinopla y París,
y publican los retratos
que me haré «con ese fin»
todas las *ilustraciones*
y periódicos más *chic*,

*The Times, Le Figaró,
Il Sécolo, Le Matín,
El Liberal, La Justicia,
y el Heraldo de Madrid.*

¡Oh, Blasco tiene razón,
y es preciso reprimir,
en beneficio de todos,
ese afán *reporteril!*

La prensa tiene en el mundo
misión más grata y feliz,
porque es la voz del progreso
que debe dejarse oír
para dar renombre y fama,
no á lo pequeño y lo vil,
sino á lo útil y á lo noble,
á lo digno de ella, en fin.
Sol, que los mundos alumbra,
debe su luz difundir,
para que brille lo bueno
y lo hermoso luzca así,
y si sus rayos alumbran
el lodazal ó el reptil,
sea para que las gentes
eviten daño ó deslíz,
para que el mal se descubra
no para hacerlo lucir.



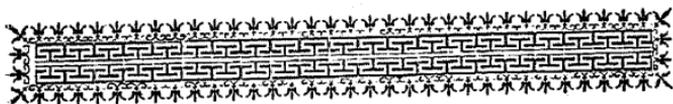
La muerte del espada

Brinda con gracia, tira la montera,
oculta en la muleta el limpio acero,
y sereno, sonriente, osado y fiero
marcha hacia el toro, que mugiendo espera.

Extiende la muleta ante la fiera,
que busca ansiosa el cuerpo del torero,
y al disponerse á dar golpe certero
le alcanza el toro en su veloz carrera.

Muerto queda en la plaza aquel valiente,
de la fiesta brutal para desdoro;
reina silencio lúgubre, imponente...

Mas otro toro sale, y pronto, á coro,
al otro matador, grita la gente:
«¡Pillo! ¡Cobarde! ¡Acércate á ese toro!»



La Corona

I.

Como ocurre á más de dos
y á más de tres y de cuatro,
de una dama de teatro
se enamoró Juan de Dios

con un amor tan frenético,
que ante ella quedaba extático,
temblando como un perlático
y pálido como un hético.

Desde que en funesto día
vió á aquella actriz afamada,
olvidó á una desdichada
muchacha que le quería,

joven sencilla y modesta,
sin rencores ni malicia,
sólo á adorarle propicia
y á complacerle dispuesta.

¡Cuánto lloró la infeliz
su abandono y su desvío!
Pero el novio ingrato, impío,
sólo pensaba en la actriz.

Siempre que ésta trabajaba,
con mucha anticipación
Juan de Dios en un rincón
del «paraíso» se ocultaba.

Y siguiendo con afán
cuanto ella en escena hacía,
embobado, no perdía
un gesto ni un ademán.

Si el público su talento
no aplaudía á cada instante,
frenético y anhelante
se revolvía en su asiento.

Si demostrando alborozo
algún aplauso se oía,
como un loco se reía,
llorando á la vez de gozo.

Mas si á algún espectador
ella, al parecer, miraba,
también entonces lloraba,
pero entonces de furor.

Al cabo llegó á chocar
á los acomodadores
y á algunos espectadores
su reir y su llorar.

Y gente murmuradora,
al ver aquel frenesí,
se decía: «Ya está ahí
Juan que ríe y Juan que llora.»

II.

No bien bajaba el telón,
al escenario corría;
frente al «cuarto» se ponía,
silencioso, de plantón;

si estaba la puerta abierta
viendo á la mujer amada,
y si la hallaba cerrada
mirando absorto á la puerta

y sufriendo en ocasiones,
con suma resignación,
y hasta pidiendo perdón,
insultos y tropezones.

Si ella por casualidad
á él la vista dirigía,
como un simple se reía
lleno de felicidad.

Si ella con faz sonriente
escuchaba alguna flor
de un galante admirador
ó de un audaz pretendiente,

él, con hondo desconsuelo,
sordo rugido lanzaba,
y en la pared se apoyaba
para no dar en el suelo.

III.

Así pasó un mes y dos
en horrible angustia fiera,
pues como tímido, era
extremado Juan de Dios.



Y si escribirla quería,
no acertaba ni á empezar;
y si la quería hablar,
la voz no le obedecía.

Llegó, al fin, el beneficio
de la agasajada actriz,
y con eso el infeliz
temió ya perder el juicio;

pues esa era la ocasión
para que ella comprendiera
su admiración verdadera
y su insensata pasión;

y pasando mil apuros
y aun pidiendo á su patrona,
compró una hermosa corona
que le costó ¡treinta duros!

Y este expresivo letrero
hizo en sus cintas grabar:
«Á LA GRAN ACTRIZ SIN PAR
SU ADMIRADOR MÁS SINCERO.»

—No sabrá quién se la envía
y esto la ha de preocupar:
sin quererlo, ha de pensar
en mí de noche y de día;

y cuando al fin esté inquieta
por descubrir el misterio,
me presentaré muy serio,
y felicidad completa.

Me gasté seiscientos reales,
pero dicha cierta abona
mi magnífica corona
de flores artificiales.

IV.

.....
—¡Treinta coronas! ¡Qué exceso!
Esto de la raya pasa;
necesitaba una casa
sólo para tener *eso*.

No sé por qué dan las gentes
inútiles baratijas,
en lugar de dar sortijas,
ó pulseras ó pendientes.

¡Que esto halaga! Son de veras
«cursis» algunas personas.
Chica, coge esas coronas
y haz con ellas lo que quieras.

V.

.....

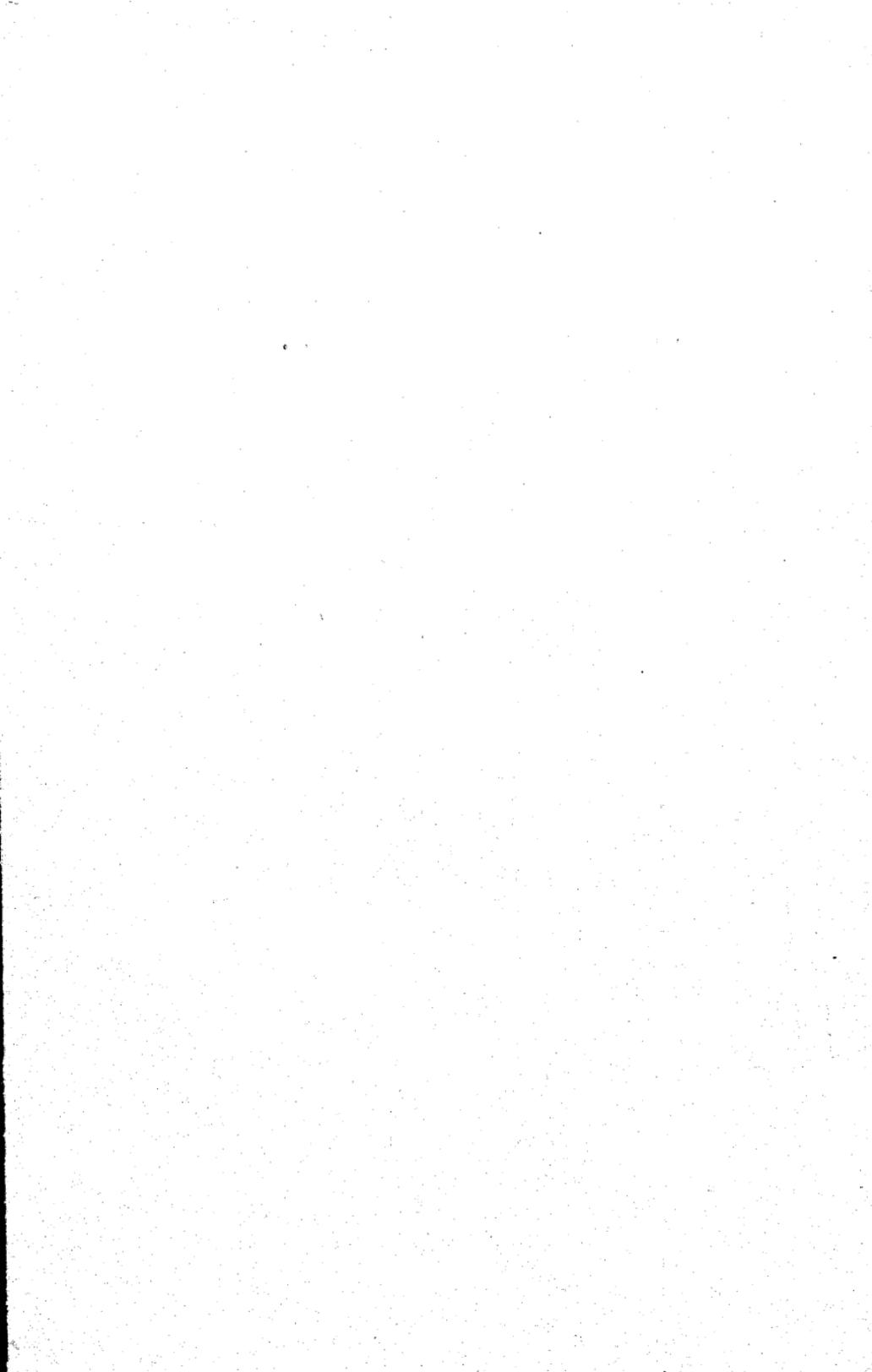
Murió el mísero doncel
abrasado por su llama,
pensando siempre en la «dama»
que jamás se ocupó de él.

Y sobre el pobre ataud
en que sus restos pusieron
y triste llanto vertieron
la constancia y la virtud;

puesta por manos leales,
que el bueno siempre perdona,
iba una hermosa corona
de flores artificiales;

la corona desdeñada
por una actriz orgullosa
y que triste y silenciosa
una joven agraciada,

que reprimir no podía
sus lágrimas indiscretas,
compró... ¡por cuatro pesetas!
en una «vil» prendería.





Esos son otros... Pérez

I

No hay lector, seguramente,
que al repasar los diarios
no haya topado con varios
suelos del tenor siguiente:

«El Juan García que ayer,
»viniendo de Ciempozuelos,
»en un acceso de celos
»se merendó á su mujer,

»á un primo y á una cuñada,
»no es otro Don Juan García
»que tiene una sastrería
»en la calle de la Espada.»

»Don Emeterio Enemigos
»ha llegado de Chinchón,
»y hoy en esta redacción
»estuvo con dos testigos,

»para decir que él no tiene
»que ver con el criminal
»de que ha hablado *El Liberal*,
»poniendo sólo: M. N.»

—
»Nos suplica Don Fidel
»Fernández, rico banquero,
»que digamos que el ratero,
»que así se llama, no es él.»

Mas no hay, de fijo, lector,
por muchos diarios que lea,
que en alguno deellos vea
suelos de este otro tenor:

«El Juan García que ayer,
»con arrojo sorprendente,
»salvó de muerte inminente
»á un niño y á una mujer,

»diremos, porque se entere
»quien confundirlo podría,
»que no es otro Juan García,
»que vive... donde viviere.»

—

«Don Facundo de Troncoso
»ha venido de Chinchón,
»porque en una suscripción
»para un objeto piadoso,

»ha visto sus iniciales
»y quiere declarar que
»no es el Don F. de T.
»que ha dado ochenta mil reales.»

«Nos encarga Blas Pulido,
»oficial de zapatero,
»decir que no es el banquero
«de igual nombre y apellido.»

¿Por qué si el caso es igual,
conducta tan diferente?
¿Es quizás porque la gente,
siempre pronta á pensar mal,

hiere una reputación
por un error importuno,
y por error, á ninguno
le cuelga una buena acción?

II

Esto pensaba yo ayer
al saber que uno, llamado
Pérez González, ha dado
dos palos á una mujer;

y, es claro, se me ocurrió
decir porque en mí no pese:
«El *Pérez González* ese...
»¡cuidado, que no soy yo!

»Señoras, yo no soy malo;
»llegad á mí sin recelo;
»yo á alguna habré dado *pelo*,
»pero á ninguna di *palo*.

»¡A una mujer desdichada
»pegar! Odio al que á eso llegue.
»Yo no admito que se pegue
»ni aun á la más *despegada*.

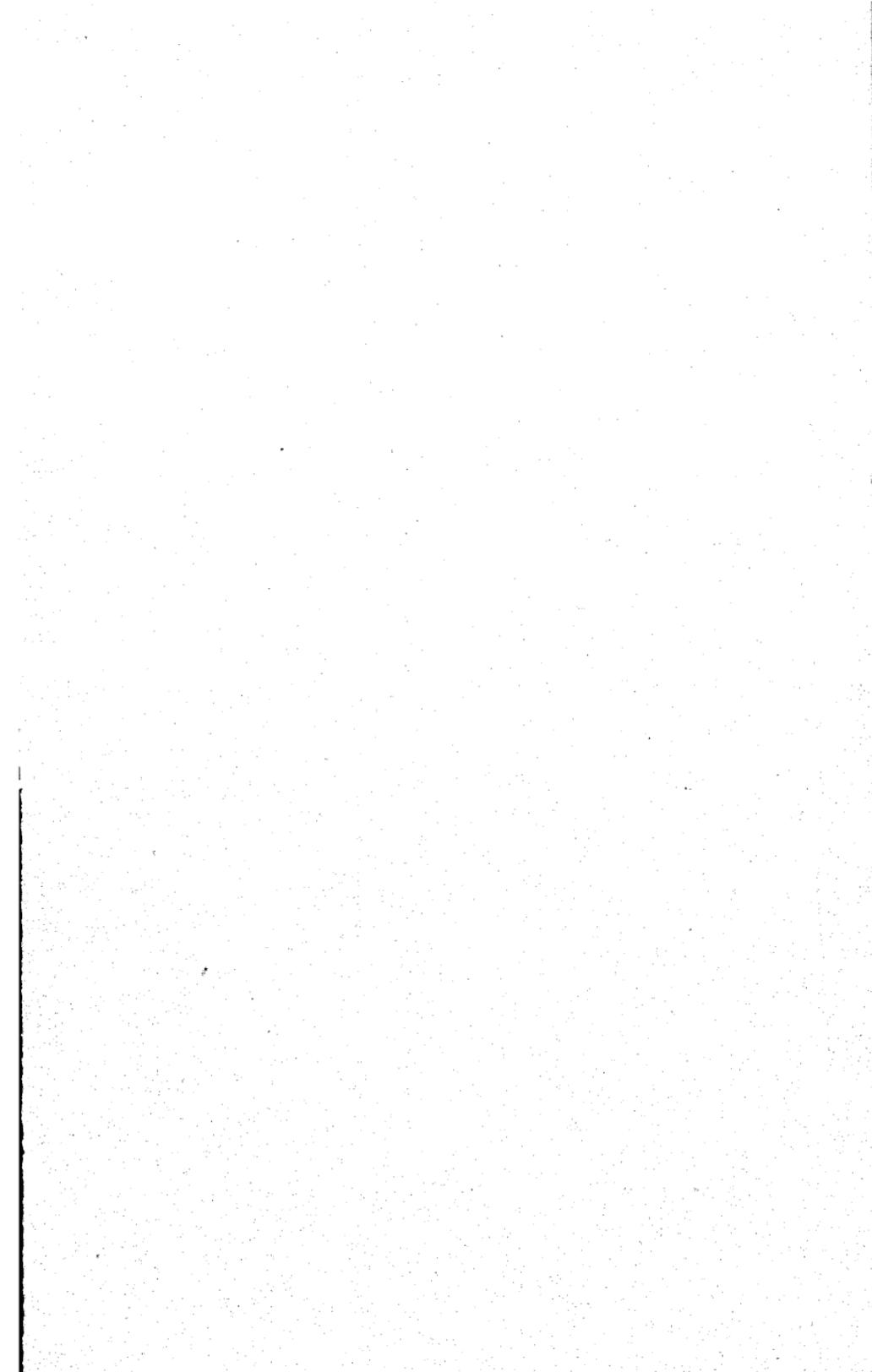
»Estos contrarios instintos
»deben probar á las gentes,
»que hay *Pérez* muy diferentes
»y *González* muy distintos.»

Pérez González... aquel
es rudo, feroz y agreste:
el *Pérez González* éste
es más dulce que la miel.

Señoras, por San Jerónimo
y San Lucas y San Blas,
no confundirme jamás
con ese maldito homónimo.

Miradme siempre risueñas,
pues mi condición sabéis:
¡Ojo! ¡No os *equivocáis!*
¡¡Y NO «CONFUNDÁIS» LAS SEÑAS!!





¡CABALLOS! ¡CABALLOS!





¡Caballos! ¡Caballos!

La forma *hípica* está llamada á desaparecer antes que la forma *épica* y que todas las demás formas poéticas.

La conocidísima leyenda del caballo de copas *Ahí va*, puede aplicarse hoy al caballo *en general*, modificándola en esta forma: *Se va*.

Sin embargo, si se trata de un caballo jerezano, *verbi gratia*, habrá que decir: *Se las guilla*, no vaya á alegrarse al oír *Se va*, creyendo que lo que se dice es *Cebada*, dicho en andaluz.

El caballo se va, y se va á galope, como es natural.

Casi toda la primera mitad de este siglo, el caballo ha tenido grandísima importancia, especialmente cuando se trataba de viajes por tierra, en que no había manera de prescindir de él, ya lujosamente enjaezado, tirando del coche de camino en que viajaba el rico, ya cargado de cascabeles y campanillas, que con su repi-

queto alegraban los caminos por do corrían, arrastrando en numeroso tiro la *pesada galera acelerada* ó la *perezosa diligencia*.

Pero vino el ferrocarril, y los caballos de carne tuvieron que ceder el puesto á los caballos de vapor.

Sin embargo, si en el campo y para la velocidad del transporte el caballo era vencido, en la ciudad y para la ostentación y el recreo higiénico, el caballo no tenía competidor. Los más apuestos galanes y las más hermosas damas montaban sobre él para lucirse en los paseos, á la vez que él lucía su gallarda figura y su gracioso andar. «Arrastraba» en lujosos carruajes, en elegantes trenes, en magníficas carrozas á los más empingorotados personajes, contando entre ellos á los mismos reyes, y en honor suyo fomentábase una brillante fiesta en que se le ofrecían honores, aplausos y premios, como nunca los lograron sabios, artistas ni guerreros.

Las carreras de caballos.

Es verdad que el caballo viejo, cansado, defectuoso ó inválido terminaba su carrera enganchado al plebeyo *simón* ó enganchado por un Miura ó un Veragua, que le sacaba las tripas en la plaza de toros entre los gritos y los aplausos de los espectadores, que viéndole morir pedían nuevas víctimas, gritando como energúmenos: «¡Caballos! ¡Caballos!» Pero no es menos cierto que ese triste final, con ser muy triste, no

lo es menos que el del hombre, que después de haber realizado grandes empresas, de haber hecho buenas obras, de haber prestado meritorios servicios, llega á verse viejo, cansado, pobre é inválido.

El caballo siguió luciéndose y prosperando, sin sospechar que el hombre que había inventado el ferrocarril se ocupaba en inventar, también dentro del mismo siglo, otras máquinas y otros «aparatos» para acabar con su imperio y relegarlo al olvido en el último rincón de la cuadra.

Y apareció el velocípedo, primero en forma de juguete de niños, con figura de caballo de cartón, cuyas ruedas se movían por medio de pedales, y después como juguete de hombres en forma de triciclos, biciclos y bicicletas, y hace poco ha aparecido el coche «automático» movido por la electricidad, la gasolina ó el petróleo.

El caballo, sin embargo, al verse menospreciado y sustituido, ha debido *reirse interiormente* del hombre que prefiere ir echando los bofes y martirizando las piernas en la bicicleta, haciendo una ridícula y tristísima figura, encogido, molesto y encorvado sobre la *máquina* á ir cómoda y gallardamente jinete, formando vistoso y arrogante grupo sobre un hermoso caballo.

Pero por ello el vencimiento y la derrota de este no son menos ciertos y afrentosos.

Al hipódromo ha sustituido el velódromo; los *records*

de los velocipedistas despiertan más entusiasmo que las carreras de caballos, y hasta en el ejército, donde la caballería fué siempre una de las armas más brillantes, ha entrado ya el velocípedo reemplazando al caballo, y el nuevo cuerpo de velocipedistas militares recorre las calles luciendo sus vistosos uniformes, aunque, á decir verdad, ofrecen lastimoso contraste cuando por casualidad se cruzan con alguna sección de húsares ó de coraceros que todavía cabalgan airoosamente montados en sus briosos corceles.

El amor propio, que en los hombres debe residir en el pecho, y por eso cuando no pueden castigar las afrentas ni vengarse de las humillaciones, los vemos *despechados*, en los caballos debe residir en la boca. Por eso sin duda de algún tiempo á esta parte hay tantos caballos *desbocados*.

Su venganza, por hoy, está en la falta de elegancia y de gallardía, y, justo es decirlo, hasta en la falta de seriedad que hay en esas «máquinas llamadas á sustituirlo».

Figúrense ustedes, por ejemplo, que la corte va un día á la Salve de Atocha en el Buen Suceso, sentados los reyes en un coche movido por gasolina y seguidos por los guardias de la escolta real montados en bicicleta, y por mucho respeto que tengan á las instituciones no podrán seguramente contener la risa... sólo con figurárselo.

Hay quien supone que el caballo debe estar agradecido al hombre, porque de este modo llegará á verse libre de trabajos y de molestias, pasando, en adelante, vida holgada, tranquila y regalona.

Se equivoca quien tal piensa.

El caballo, ese hermoso «animal de lujo», generalmente tan mimado, tan compuesto, tan lucido y en algunos casos «tan aplaudido y tan premiado», dentro de algunos años pasará á ser «animal de alimentación», y después de bien criado y de bien cebado irá á las carnicerías á *figurar* triste y afrentosamente entre la rolliza vaca, el sufrido carnero y el cochino... cochino, con doble perdón sea dicho.

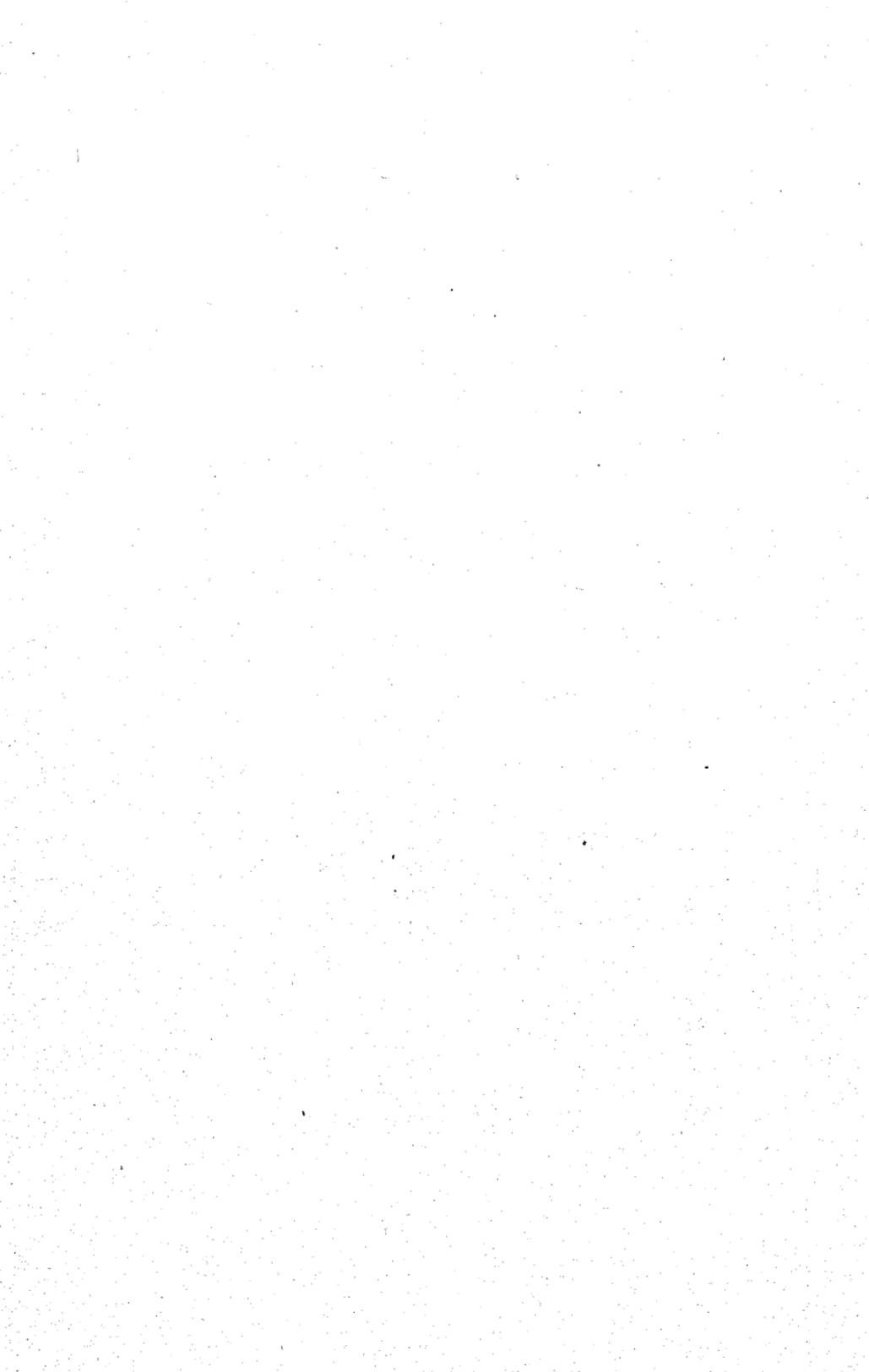
* * *

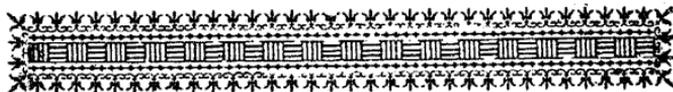
P. S.—Después de escrito y publicado este artículo he abjurado de mis errores y me he convertido... en velocipedista.

Mi «conversión» me ha costado ya algunas caídas y algunos golpes, porque mi firmeza sobre la bicicleta «corre parejas» con la firmeza de mis convicciones hípicas.

Y aun es posible que *bata el record*.







Contrastes

Ha acabado la función,
del teatro sale la gente
charlando tranquilamente
sin mostrar satisfacción.

En hablar de asuntos varios
sin interés, se complace:
de lo que ha visto no hace
elogios ni comentarios.

Cuando más *alguno* alaba
de la dama la hermosura,
ó *alguna*, en cambio, censura
el vestido que «sacaba».

No sale de una novena
el concurso más sereno...
Ya se sabe: ha habido estreno
y la comedia fué buena.

Sale la gente otro día
con bullicio y algazara,
y no se vé ni una cara
que no refleje alegría.

A un tiempo hablar quieren todos
con gritos atronadores,
y los menos habladores
van charlando por los codos.

Contento sale el más triste,
sale expresivo el más rudo,
y aun el más grave y sesudo
no deja de hacer un chiste.

¡Qué júbilo! A nadie veo
con pesar ni con zozobra.
Ha habido estreno y la obra
acabó con un «pateo».

* * *

Cuatro ó seis hombres están
charlando... de cualquier cosa.
Pasa una mujer hermosa,
y la miran con afán.

Uno exclama:—¡Qué mujer!
La conozco: es muy honrada.
Jamás se ha sabido nada
que la pudiera ofender.

Su virtud probada está
y al feliz esposo envidio.
Todos lo oyen con fastidio,
y exclaman á coro:—¡Bah!

—

Pero hay algún imprudente
á quien la malicia engrie,
que guiña un ojo y sonríe
algo picarescamente,

y todos prestando fé
á aquella mueca infamante,
le rodean al instante
y exclaman ansiosos:—¿Eh?

* * *

—Chico, ¿qué tal la corrida?
¿Algo bueno ha sucedido?
—Nada; todos «han cumplido.»
¡Qué tarde más aburrida!

—

—¿Qué tal la corrida?
—¡Buena!

Treinta «pencos arrastrados»
dos toreros volteados,
y uno muerto allí en la arena.

* * *

Un crítico «suelta un palo»
dando á un autor un disgusto,
y todos dicen:—¡Muy justo!
El libro *debe ser* malo.

Mas lo alaba, y con furor
exclaman:—¡No hay más que ver!
Este «bombo» *debe ser*
de un amigo del autor.

* * *

Miles de gentes se ven
que por instinto fatal,
no dudan nunca del mal
y dudan siempre del bien.

Y pensando de esta suerte,
por perversidad ó envidia,
lo que es bueno les fastidia,
lo que es malo les divierte.

Lo cual prueba esta verdad:
Nada, feroz ó molesto,
hay más *inhumano* que «esto»
¡que se llama *Humanidad!*





El loro de las monjas de Santa Clara

Enfrente del teatro está el convento;
y detrás de una espesa celosía,
encerrado en su jaula, pasa el día
el loro famosísimo del cuento.

Como de allí no sale ni un momento,
ya no hace los viajes que solía
y que el dicho del pueblo refería,
dicho que hoy él repite muy contento.

Si es coincidencia ó si es malicia ignoro,
pero es lo cierto, aunque parezca extraño,
que al ver á las coristas, siempre el loro,

con un tonillo que las hace daño,
dice al verlas entrar:—«Del caño al coro».
dice al verlas salir:—«Del coro al caño».



La casa de la prensa ⁽¹⁾

Anoche se ha inaugurado
con solemnisima fiesta
la gran casa que ya tiene
la Asociación de la Prensa.

Todo el que ame *La Justicia*
y sea *Imparcial* de veras
y no haga lo *Blanco Negro*,
reconocerá por fuerza

que la Junta directiva,
siempre *Liberal* y espléndida,
supo lucirse *El Domingo*
é hizo las cosas en regla,

(1) *Revista Cómica* publicada en el número de *El Liberal* correspondiente al día 11 de Mayo de 1896 y leida por su autor, la noche anterior, en la velada inaugural de la *Asociación de la Prensa*.

y que ha sido el de ayer *Día*
que hará entre nosotros *Época*,
pues en muchísimo *Tiempo*
no se olvidará esa fecha.

Allí estaba el *Madrid Cómico*,
de gente alegre y chancera,
y el *Ciclista* y el *Científico*,
de gente sesuda y seria.

Militares y Paisanos,
que aquí la pluma manejan,
afirmaban el consorcio
de las armas y las letras.

Y todo el mundo, en *Resumen*,
juzgaba la fiesta aquella
con idéntico *Criterio*,
digna de *La Edad Moderna*.

La Ilustración Española,
por nuestra fortuna aumenta;
La Publicidad á todos
inmensos servicios presta,

y á *El País* la prensa ilustra
y el país su celo premia,
y con *Lealtad* le ayuda
en justa *Correspondencia*;

pues la prensa es el *Heraldo*
que *La Nación* guía, y lleva
El Nacional-Estandarte,
gloria y honor de *La Iberia*.

La prensa á diario refiere
las notables *Ocurrencias*
que suceden en *El Globo*,
y ya instruyen, ya deleitan:

de *El Ejército Español*
las hazañas y proezas,
que reverdecen laureles,
honra de nuestra bandera;

de *El Magisterio Español*
los duelos y las miserias,
que aliviar procuran todos
y que ninguno remedia,

Sucesos del Nuevo Mundo
que España saber desea,
porque siempre noble ha sido
madre amorosa de América;

noticias de *Moda y Arte*,
que á mucha gente interesan;
de *La Lidia* y de *El Toreo*
los lances y peripecias;

las gracias de *Gedeón*,
que son á veces sentencias;
las frases de *Don Quijote*,
tipo de esta raza ibérica;

cuanto *El Correo* transmite,
cuanto el telégrafo lleva
con el rayo, y como el rayo...
que dijo Lope de Vega;

desde *El Motín*, que con furia
el orden público altera,
á *El Movimiento Católico*
de la Santa Madre Iglesia.

La noble prensa española
acaso alguna vez yerra,
porque á veces la política
á los más prudentes ciega;

más siempre digna y honrada,
nunca á lo infame se presta,
y no hay un *Diario Español*
que esa censura merezca.

Ya que unida y asociada
con justo gozo celebra
en su nuevo domicilio
la unión que á todos alegra

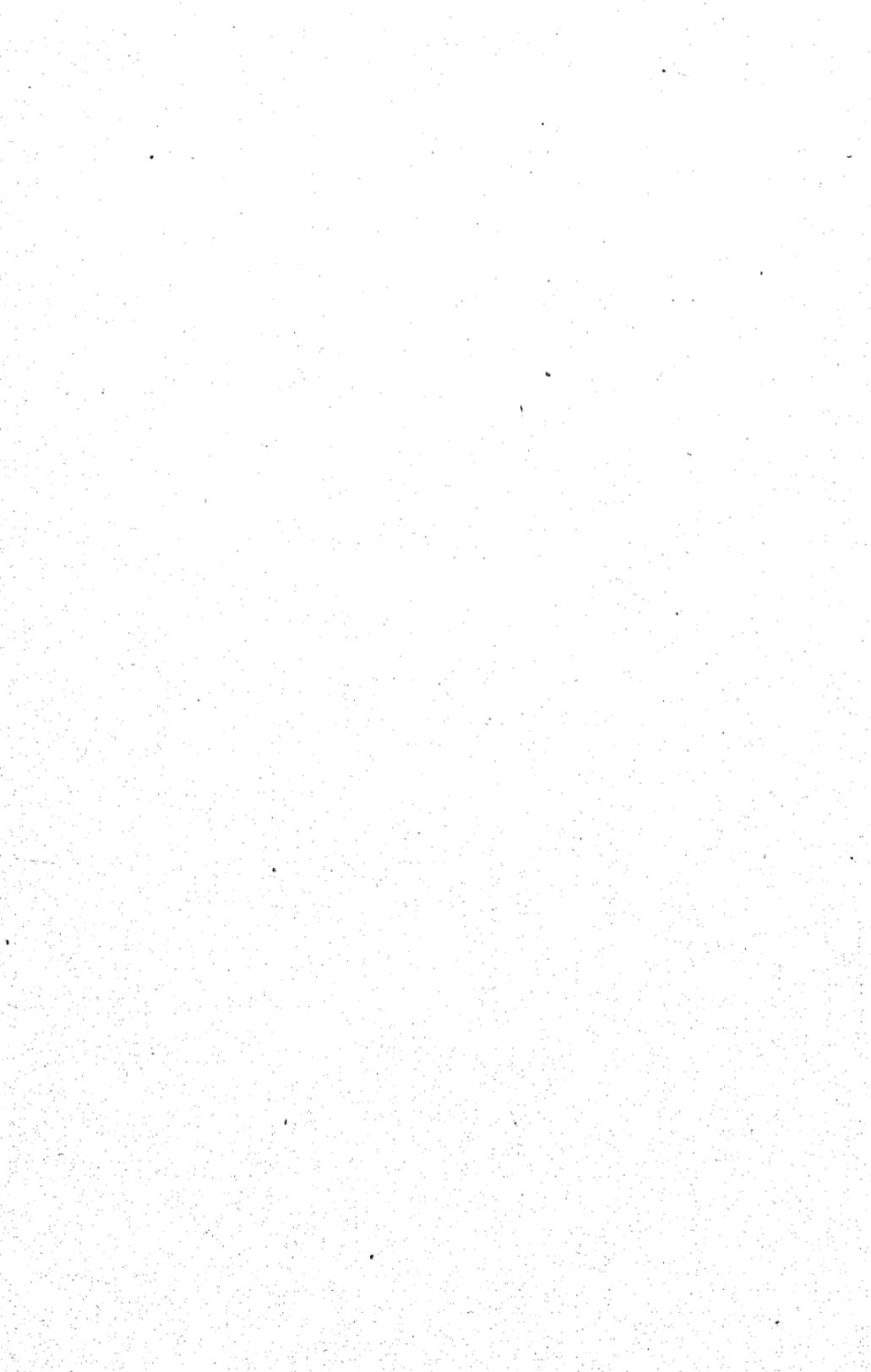
desde hoy más en esa casa
siempre en *Paz* viva la prensa
este *Siglo* y *El Futuro*
y otros cien siglos que vengan.

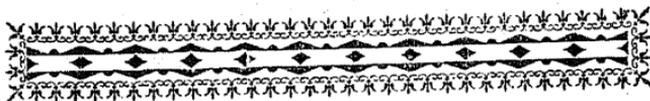
NOTA. Como estos *Apuntes*
he ordenado á la ligera,
he omitido algunos «títulos»
que todo el mundo recuerda,

como *El Correo Español*,
que cito de esta manera
especial, porque no quiero
que le haga el olvido *Mella*.

Yo ruego que me perdonen
los «omitidos colegas»,
que si en el romance faltan,
siempre en mi memoria quedan.







La taberna y el teatro

(De una comedia inédita)

.....

DON JUAN

Chico, en tu opinión abundo.
El teatro está al nivel,
ó más bajo, que el burdel
más indigno y más inmundo.

Esta verdad como un templo
nadie, de fijo, la niega,
mas por si alguno la llega
á negar, ahí va un ejemplo.

Vé á la taberna inmediata
y allí, porque el vino estén
aguardo ó porque te den
dos pesetas de hojalata,

da golpes con el bastón,
formula á gritos tu queja,
y te coge la pareja
y vas á la prevención,

te reclama el tabernero
los daños y los perjuicios,
tienes dos ó tres juicios,
y, al fin, te cuesta el dinero.

Por supuesto, sin contar
con un tabernero malo,
que te dé primero un palo
y te tengas que rascar.

Pues vé al teatro mañana,
y porque el drama es pesado
ó porque vas disgustado
ó porque te da la gana,

por propia perversidad,
ó por precio convenido,
con el valor decidido
que presta la impunidad,

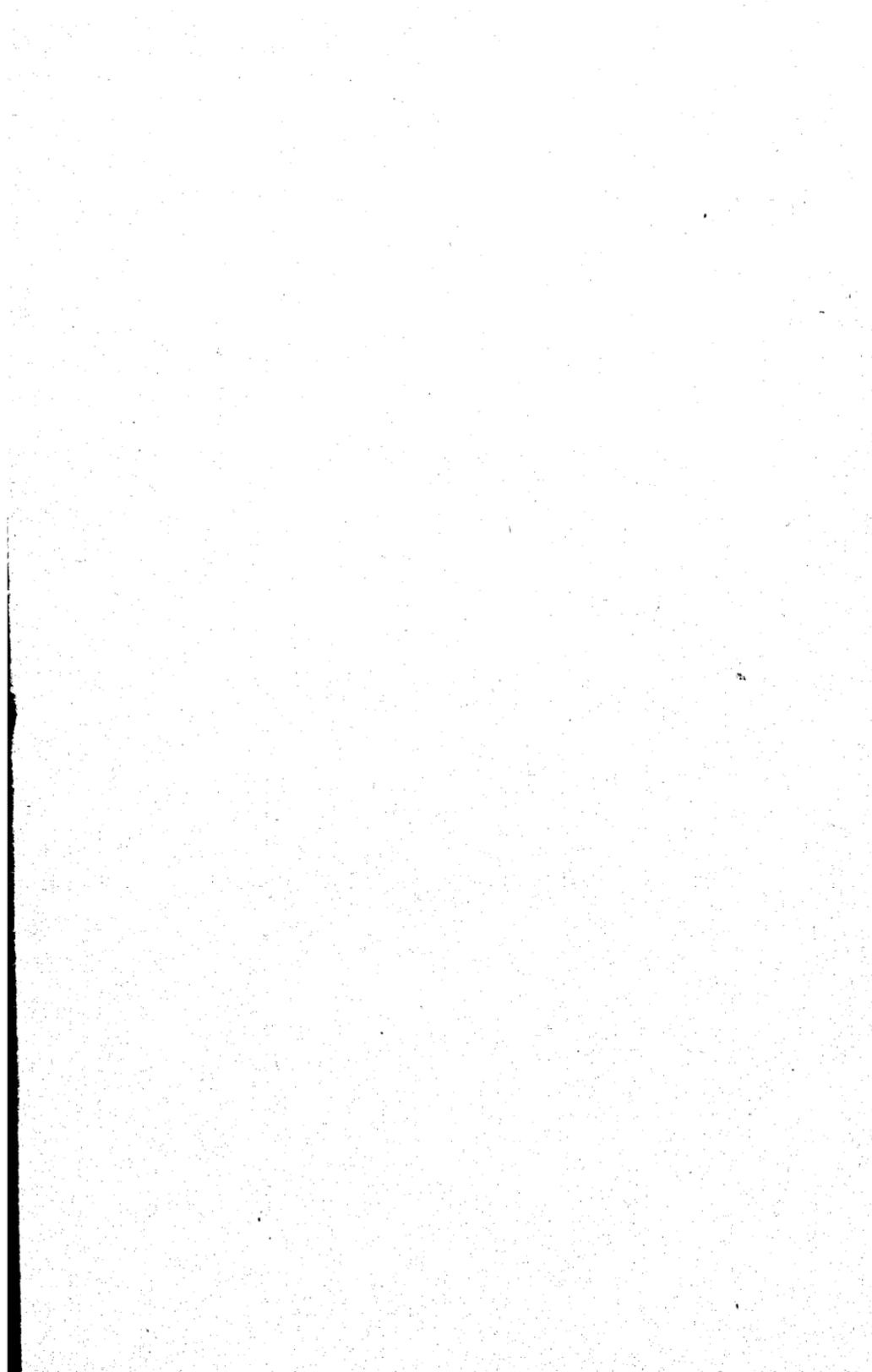
grita y jura sin temor,
mueve escándalo, da voces,
golpes, aullidos y coces,
insulta al mísero autor,

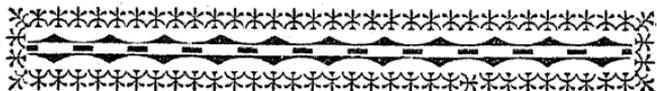
si te gusta ladrar, ladra,
que ya más de uno lo hace,
y silba, si eso te place,
lo mismo que en una cuadra;

si el autor es tu enemigo,
atácalo con denuedo
y ¡nada! no tengas miedo
de que se metan contigo.

Así lo hacen más de cuatro,
y ni aun hay quien de ellos hable.
¡Ya ves si es más repetable
la taberna que el teatro!







Más pensamientos

De Rivarol.

El orgullo, en el momento
de sufrir abatimiento
por impotencia ó fastidio,
más cerca está del suicidio
que del arrepentimiento.

* * *

El amor que á menudo
vive en la tempestad
y con celos y engaños
crece y arraiga más,
no puede mucho tiempo
resistir la tenaz,
inalterable calma
de la fidelidad.

* * *

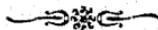
La riqueza ablanda al bueno
ante el infortunio ajeno,
y al malo convierte en fiera;
que el sol derrite la cera,
y, en cambio, endurece el cieno.

* * *

¿Por qué á los genios, discolos y fieros,
no les gusta formar asociaciones
y prefieren vivir sin compañeros?
Porque forman rebaños los carneros,
pero no los leones.

* * *

Siempre el hombre ha de vivir
juzgando, por su sentir,
el pasado inútilmente,
quejándose del presente
y temiendo el porvenir.





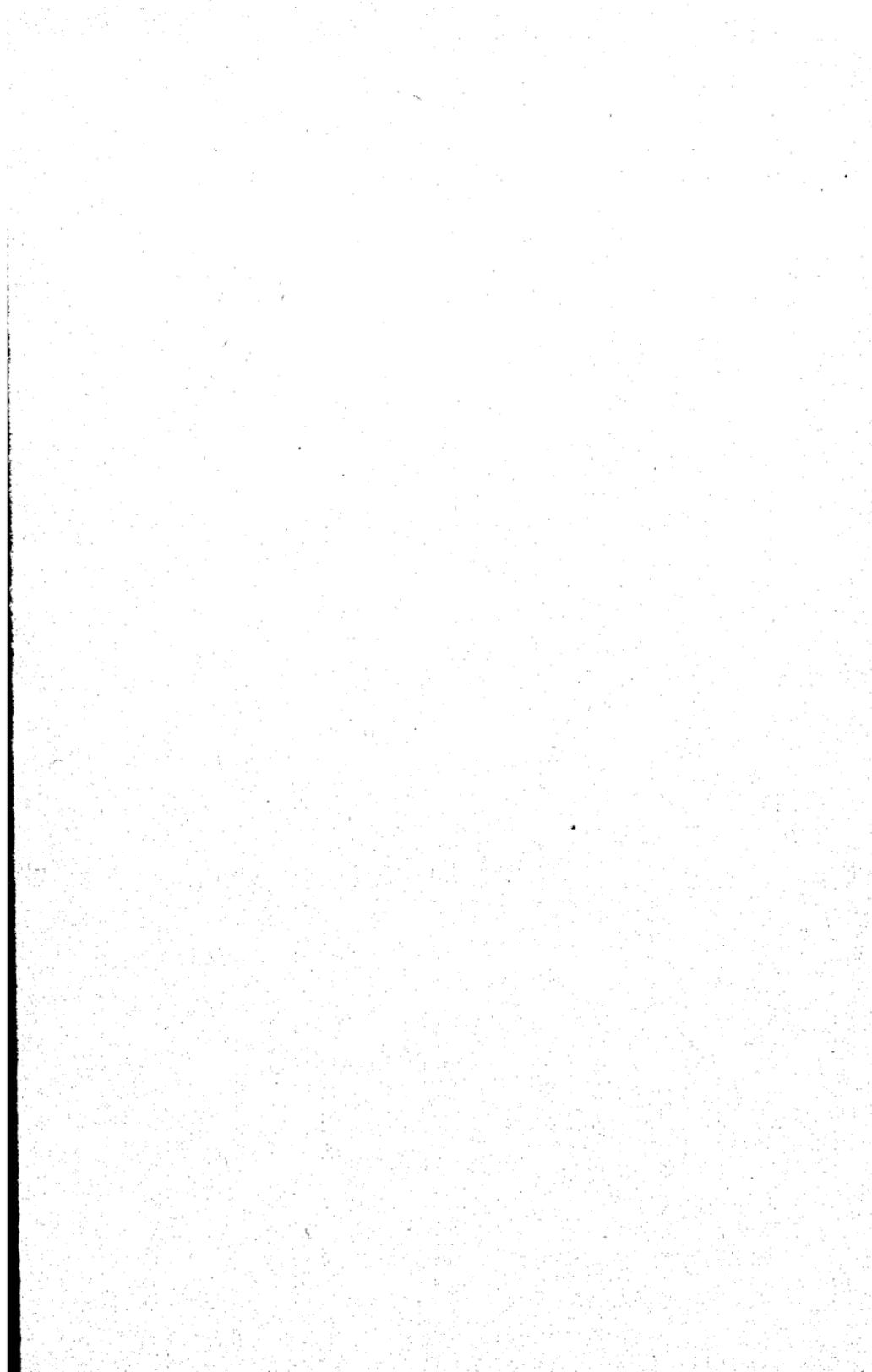
El pánico

Es cobarde y artero el asesino;
escondido en las sombras hiere ó mata,
y antes que de no errar el golpe, trata
de asegurarse salvador camino.

Ante el valor sereno pierde el tino;
el pavor en su rostro se retrata,
y él mismo sus proyectos desbarata,
y huye ó se entrega en loco desatino.

Soló viendo temor su audacia crece
y atreviéndose á empeños peligrosos
deja las sombras y á la luz se ofrece.

Por eso cuando hay crímenes monstruosos
el pueblo á quien el pánico envilece,
hace á los asesinos valerosos.





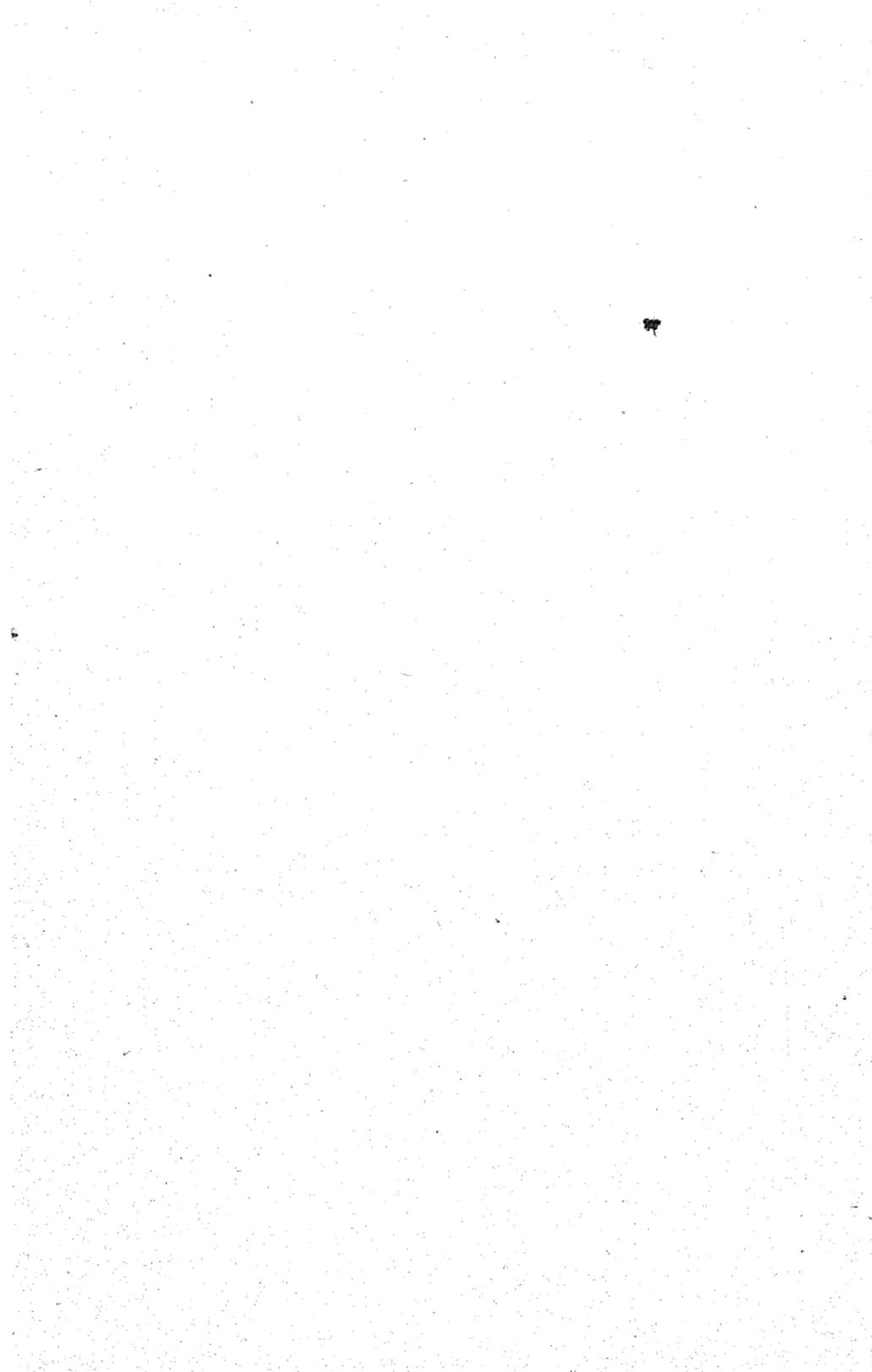
El entusiasmo

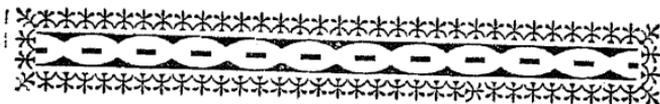
¡Bendito y salvador el entusiasmo!
Él engendra el valor y la esperanza,
en el peligro alienta y da confianza,
libra de la miseria y del marasmo.

Desprecia de los necios el sarcasmo
y á empresas grandes á los hombres lanza,
y los triunfos legítimos que alcanza
ven luego aquéllos con envidia y pasmo.

Como Dios, saca el mundo de la nada,
crea artistas y sabios y guerreros,
y es de adelantos fuente no agotada,

pues sin sus locos arrebatos fieros,
la humanidad sería una manada
de inútiles «sensatos» pordioseros.





El conservatorio de los gorriones

FÁBULA

I.

Allá en tiempos legendarios.
encantadas muchas aves
con los gorjeos suaves
y trinos de los canarios,

diéronse á la imitación
de aquel cántico risueño;
pero fué inútil su empeño
y vana su pretensión.

—Si alguno nos enseñara
ese modo de cantar,
aunque pudiera eostar
hasta un ojo de la cara,

y una academia pusiera,
un negocio inmenso haría,
porque, de fijo no habría
ave que no concurriera.—

Así, con gran alboroto,
cantó un día una perdiz,
y fué su idea feliz,
pues no cayó en saco roto.

Unos astutos gorriones
no bien de ello se enteraron,
se reunieron y acordaron
después de varias reuniones,

con bombos extraordinarios
por todo el mundo anunciar,
que ellos iban á enseñar
el «canto» de los canarios.

Como eran duchos y diestros,
cuando todo lo arreglaron,
unos á otros se otorgaron
los títulos de maestros.

Con el auxilio oficial
que lo inútil siempre obtiene,
y lo supérfluo mantiene,
tomaron un gran local,

al que ya, sin más rodeos
y con descaro notorio,
llamaron: «CONSERVATORIO
DE TRINOS Y DE GORJEOS.»

II.

Conociendo bien los flacos
de los pájaros mayores,
nombraron sus protectores
á dos ó tres pajarracos.

Y hecha la inauguración
y ya las puertas abiertas,
entráronse por las puertas
cien mil aves en montón.

Allí á nadie rechazaban,
á todos los admitían,
y, al fin,—¡es claro!—salían
del mismo modo que entraban.

¡Oh, qué curiosas lecciones!
¡Qué barahunda horrorosa
hubo en aquella famosa
academia de gorriones!

Pues con inútil porfía,
y en incesante tarea,
allí el uno cacarea,
grazna el otro, el otro pía,

y si algún canario entró
ansioso de mejorar
su manera de cantar,
¡hasta su canto olvidó!

III.

Del conservatorio un día,
afable á la puerta llama
un canario que gran fama
de buen músico tenía.

Entró, y apenas lo vieron
y escucharon sus lecciones,
espantados los gorriones
un alboroto movieron,

y, con torpe insentatez
de tal modo se irritaron,
que entonces sí que *trinaron*
todos por primera vez.

—Es un pájaro siniestro,
comenzaron á chillar,
¡pues no pretende enseñar
sin título de maestro!

Y al «intruso bribonazo»
con estrépito infernal
arrojaron del local
dándole algún picotazo.

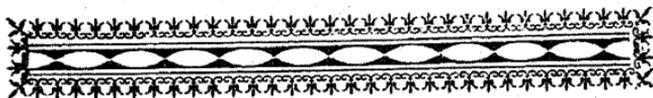
IV.

Hubo reunión al momento,
y tras breve discutir,
se acordó el hacer cumplir
en un todo el reglamento,

que de otro modo quebrantan,
pues en él, para enseñar
á las aves á cantar
como los canarios cantan,

no fué nunca necesario
ser canario y tener don
de maestro extraordinario,
pues bastaba ser gorrión...
¡con título de canario!





A una ciclista.

Te vi ayer tan ideal
montada en tu bicicleta,
que me puse mal, muy mal,
graciosísima y coqueta
«compañera de pedal».

Tus encantos naturales,
aumentando en aquel rato,
causáronme efectos tales
que, al fin, *perdí los pedales,*
y *se me fué el aparato.*

(Sepa el que no se le ocurra,
porque, cual yo, no discurra
en términos *deportivos,*
que es que *perdí los estribos*
y que *se me fué la burra.*)

Otra no encontré en mi vida
que tal impresión me hiciera.
¡Qué elegante! ¡Qué hechicera!
¡Qué resuelta! ¡Qué atrevida!
¡Qué segura!... ¡¡Y qué ligera!!

Y como ninguna he visto
más graciosa ni más lista,
mi entusiasmo no resisto,
y hallo natural el *pisto*
que tú te das en la *pista*.

Pero ayer... en un revuelo
vacilaste, no sé cómo,
dando contigo en el suelo,
y... ¡oh, Dios! Corramos un velo
grande como un *velo-dromo*.

Nunca lo podré olvidar,
pues por tu gracia sin par
pude entonces comprender,
que en tí todo es de admirar...
¡hasta el modo de caer!

Diste golpe al presentarte
tan animosa y tan fuerte,
que daba gusto mirarte,
y *diste golpe* al caerte
y lo diste al levantarte.



Por más que ha podido acaso
avergonzarte el fracaso,
diste prueba, aunque imprevista,
de ser una ciclista
que *das golpe* en todo caso.

Y yo desde ahora te digo,
si me quieres por amigo
y aceptas por compañero,
que, como tú quieras, quiero
montar en *tandem* contigo.

Para hacer á alguno el bú
y que se dé á Belcebú
si con tal dicha soñó,
y para caerme yo
siempre que te caigas tú.

Llevando bien el compás
á acompañarte me obligo;
y, así juntitos, verás
cómo *harás record* conmigo
que siempre *record-arás*.





EL SERMÓN DE LA MONTAÑA



El sermón de la montaña.

I.

SENTÍA el alma presa de la más fiera pesadumbre, y el corazón oprimido por la más angustiosa congoja.

Nada bastaba á divertir mi atención, apartándola de la causa de mis sufrimientos; nada podía calmar la terrible agitación que trastornaba mis sentidos, ni de volver á mi abatido espíritu la perdida alegría.

Entonces volví los ojos al cielo, pensé en los purísimos goces y en los eficaces consuelos de la religión, y maquinalmente dirigí mis pasos á la iglesia inmediata.

Al entrar en ella, hirieron mis oídos dos voces desentonadas que formaban extraño é inarmónico dúo.

Un cura subido en el púlpito, recitaba, con voz melíflua, estos versículos del Evangelio de San Lucas:

«Y habiendo entrado (Jesús) en el templo, comenzó.

á echar fuera á todos los que vendían y compraban en él.

»Diciéndoles: Escrito está. Mi casa, casa de oración es. Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.»

Y otro cura, sentado tras una mesilla, cerca de la entrada, gritaba con voz chillona y tono de buhonero de plazuela ó de mercachifle ambulante:

—¡Medallas, novenas, estampas y cintas con la medida de la Viiirgen!

II.

No pude reprimir la penosa impresión que en mi ánimo produjo el contraste de aquella hermosa cita y de aquel grosero pregón, y salí precipitadamente de la iglesia, encaminándome á otra cercana.

Cuando penetré en ella, todos mis sentidos experimentaron gratisimas sensaciones.

El templo estaba lleno de fieles, que se mostraban satisfechos, regocijados; el altar mayor, adornado con suntuosidad y espléndidamente iluminado por millares de luces; la atmósfera, embalsamada por centenares de ramos de flores. Una orquesta excelente, compuesta de gran número de profesores, y dirigida por un reputado maestro, ejecutaba una de las más sublimes obras de música religiosa.

En la nave central, separados del resto de la con-

urrencia, serios, estirados, aparentando obligada gravedad, sentados en bancos de terciopelo rojo, que ostentaban en los centros de sus respaldos sendos escudos dorados, estaban algunos sacerdotes y unos cuantos caballeros vestidos de rigurosa etiqueta. Todos ellos llevaban en el cuello una cinta azul, de la que pendía una medallita de oro.

Cesó la música. Un sacerdote subió al púlpito; por todos los ámbitos del templo circuló un confuso y prolongado murmullo. Era que los fieles se imponían silencio mutuamente y procuraban colocarse de la mejor manera posible para escuchar cómodamente la plática sagrada.

Yo aproveché aquel movimiento general, y me acerqué cuanto pude al púlpito, quedando al lado de uno de los bancos, donde estaban muellemente repantigados dos robustos clérigos, en los cuales, desde luego, me había fijado, porque no habían cesado ni un momento de cuchichear, sin cuidarse para nada de la función.

* * *

El orador dió principio á su plática, que desde las primeras palabras escuché con singularísimo agrado, aunque ya me pesaba haber llegado al sitio en que estaba. La conversación de los dos presbíteros, que no cesaba un solo momento, no me permitía escuchar con

la atención que deseaba, unas veces porque lograba distraerme á pesar mío, y otras, porque, subiendo el tono, no me dejaban oír algunas frases del predicador.

El sermón versaba sobre *el de la montaña*. No podía haber escogido tema más agradable. La sublime doctrina de Jesucristo puede decirse que está resumida, compendiada, en aquellas hermosas palabras que, desde un monte, dirigió á las muchas gentes de la Galilea y de Decápoli, y de Jerusalén, y de Judea, y de la otra parte del Jordán, que le habían seguido...

El orador comenzó su discurso parafraseando las bienaventuranzas, esas promesas consoladoras de salvación y de recompensa á los que lloran, á los pacíficos, á los que han hambre y sed de justicia, y á los que por ella padecen persecuciones y castigos.

Los dos sacerdotes del banco continuaban hablando sin prestar atención, ni cuidarse de que distraían y molestaban á los oyentes.

Su conversación, que yo al principio había creído que tendría por objeto algún asunto religioso ó relativo á la función que estaban celebrando, se refería á cuestiones políticas, según pude comprender por algunas de sus palabras. Poco á poco fueron animándose y levantando la voz, hasta el punto de que llegaron á distraerme por completo.

Y entonces resultó una cosa extraña, original. Me parecía estar oyendo un diálogo hecho expreso para

servir de provechosa lección y de saludable enseñanza á los fanáticos.

* * *

—Desengañese usted—decía uno de ellos,—hay que exterminar á esos malvados liberales, hay que concluir con esos insensatos y maldecidos, si hemos de alcanzar lo que deseamos y hemos de conseguir lo que pretendemos.

Y el predicador parecía que les contestaba con las palabras de Jesús:

«Oísteis que fué dicho á los antiguos: No matarás; y quien matare obligado quedará á juicio.

»Mas yo os digo que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será á juicio, y quien dijere á su hermano «Raca», obligado será á concilio. Y quien le dijere «Insensato», quedará obligado á la gehenna del fuego.»

* * *

—¡Oh! Si son ateos y malditos...—agregaba el otro clérigo.—Ya verá usted cómo siempre repiten en las Cortes la repugnante manifestación de su descreimiento ó de su perjurio. Ya verá usted cómo unos se niegan á jurar por el santo nombre de Dios, y sólo se prestan á prometer por su honor... ¡Su honor! ¡Bonito honor el de esos caballeros! Ya verá usted cómo otros, después

de jurar, protestan del juramento exigido, por ser contrario á su conciencia... ¡Su conciencia! ¡Y tienen la conciencia de un caballo!...

Y el predicador replicaba de nuevo con las palabras de Jesús.

—«Además, oísteis que fué dicho á los antiguos: No perjurarás, mas cumplirás al Señor tus juramentos.

»Pero yo os digo, que de ningún modo juréis ni por el cielo, porque es el trono de Dios.

»Ni por la tierra, porque es la peana de sus pies; ni por Jerusalém, porque es la ciudad del gran Rey;

»Ni jures por tu cabeza, porque no puedes hacer un cabello blanco ó negro.

»Mas vuestro hablar sea: Sí, sí; no, no; porque lo que excede de esto de mal procede.»

—Tiene usted razón, son unos infames—dijo entonces el primero;—no pasa día sin que nos injurien, sin que nos maltraten; pero que descuiden; ya llegará ocasión en que les demos su merecido. Ya ve usted, hasta quieren secularizarlo todo, despojarnos de nuestros derechos, quitarnos lo poco que nos queda...

Y el predicador continuó citando las palabras del Maestro:

«Habéis oído que fué dicho: Ojo por ojo, diente por diente.

»Mas yo os digo que no resistáis al mal; antes, si alguno te hiriese en la mejilla derecha, párale también la otra.

»Y á aquel que quisiere ponerte á pleito y tomarte la túnica déjale también la capa.»

* * *

—¡Ah! Yo los detesto, los abomino, los execro.

—Yo los odio, los aborrezco, los maldigo.

Y el predicador repitió estas sublimes frases de Jesucristo:

«Habéis oído que fué dicho: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo.

»Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.

»Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos y que llueva sobre justos y pecadores.

»Porque si amáis á los que os aman ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?

»Y si saludáreis tan solamente á vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen esto mismo los gentiles?

III

Con estas hermosísimas frases, que terminan el capítulo V del Evangelio de San Mateo, el predicador hizo punto en la primera parte de su discurso.

Los dos presbíteros también suspendieron su conversación, y todos los fieles dirigieron la vista y la atención á la puerta de la sacristía. Unos cuantos mozos cargados con grandes cestos llenos de panes salían de ella dirigiéndose al atrio de la iglesia. Allí se había formado un enjambre de seres astrosos y harapientos. Algunos tenían aspecto de verdaderos menesterosos: los más eran esos miserables explotadores de la caridad, que hacen oficio de la pobreza y convierten en objeto de especulación sus asquerosas lacerias y sus repugnantes deformidades físicas.

La congregación piadosa que celebraba aquella función solemne, daba con tal motivo una abundante limosna de pan á los pobres. Los periódicos lo habían anunciado oportunamente, elogiando los sentimientos caritativos de los congregados, y estos habían repartido gran número de *bonos*.

El bullicio y la algazara que promovieron los pobres al ver los cestos fueron indescriptibles. Se atropellaban, se arremetían, se golpeaban furiosamente por colocarse en primera fila, pronunciando las palabras más soe-

ces, los dicterios más escandalosos y las blasfemias más horribles.

Los agentes de la autoridad consiguieron á duras penas, y aun á golpes no muy blandos, que cesaran el desorden y el escándalo, y ya sólo se percibía dentro de la iglesia un rumor sordo é incesante, parecido al que produciría una inmensa colmena.

IV.

El predicador comenzó la segunda parte de su plática, continuando el interrumpido *Sermón de la montaña* con las frases que son principio del capítulo VI del Evangelio:

»Mirad que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos de ellos; de otra manera, no tendréis galardón de vuestro Padre, que está en los cielos.

»Y así cuando haces limosna, no hagas tocar la trompeta delante de tí como los hipócritas hacen en las sinagogas y en las calles, para ser honrados de los hombres. En verdad os digo, recibieron su galardón.

»Mas tú cuando haces limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha.

»Para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre que vé lo oculto, te premiará.»

* * *

El rumor, el bullicio que producían los mendigos á la puerta del templo, no cesaban. Yo miré á aquellos sacerdotes, á aquellos caballeros, y les ví impasibles, estirados, graves, sentados en los vistosos bancos de terciopelo encarnado, como joyas colocadas en lujosos estuches para llamar más la atención. Ninguno había escuchado las palabras de Jesús repetidas por el predicador, ó, al menos, ninguno se había dado por aludido.

«Y cuando oráis—siguió aquél,—no seréis como los hipócritas, que aman el orar en pie en las sinagogas y en los cantones de las plazas, para ser vistos de los hombres. En verdad os digo, recibieron su galardón.»

Volví á mirarlos, y ¡nada! En aquel momento se levantaban sin hacer caso del predicador, y se disponían para salir en procesión por calles y plazas tan pronto como concluyera la plática. Era el final obligado de la función, según el ceremonial y las reglas de la Hermandad.

El orador, ó comprendió que aquello significaba impaciencia, ó había cumplido el tiempo prefijado, y concluyó en tal punto su sermón, con este versículo:

«Mas tú, cuando orases, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora á tu Padre en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.»

V.

Avergonzado, corrido, salí de la iglesia, buscando como pude la puerta, pidiendo perdones y repitiendo disculpas; y ya en la calle, respiré libremente, recordé las últimas palabras que había escuchado, corrí á mi casa y me encerré en mi aposento.

Allí á solas oré, y mi espíritu encontró el alivio que necesitaba, y el consuelo y la calma que en vano había buscado.

Después cogí el *Nuevo Testamento*, que estaba entre mis libros. Quería terminar la lectura de aquel *sermón* sublime que conocen pocos y que observan menos.

El perdón de las injurias, el desprecio de las riquezas, la condenación de los juicios temerarios, el elogio de la misericordia, la humillación de los soberbios, la exaltación de los humildes, la prevención contra los falsos profetas, que vienen con vestidos de oveja y dentro son lobos robadores, el castigo de aquellos que viven en la iniquidad y piensan salvarse porque han profetizado el nombre del Señor... ¡Cuán hermoso y cuán grande es todo ello!

Leyéndolo estaba cuando escuché un ruido extraño que procedía de la calle. Era confuso rumor de voces

que se acercaban, recitando á coro una conocida oración con cadencia acompasada y monótona.

Me acordé de los hipócritas que rezaban en los cantones de las plazas para ser vistos de los hombres, y me asomé al balcón. Pero no... eran los congregados que marchaban pausadamente rezando el Rosario; es decir, repitiendo centenares de veces el *Ave María*.

Entonces vino á la memoria el versículo que dice:

«Y cuando oráreis no habléis mucho, como los gentiles; pues piensan que por mucho hablar serán oídos.»

Cerré el balcón y me refugié en la habitación más apartada de la calle, porque no llegara á mis oídos rumor alguno.

Allí volví á leer completo aquel sermón admirable, y al llegar al final, maravillado, absorto, alejado de las miserias de los hombres, y olvidado de sus maldades, de su fanatismo y de su hipocresía, comprendí perfectamente las palabras del evangelista:

«Y sucedió, que cuando Jesús hubo acabado estos discursos, se maravillaban las gentes de su doctrina.

»Porque los enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas y los fariseos.»





Reparto de papeles

I.

Al terminar el estreno,
entre horrible algarabía
de unos que tibios aplauden,
de otros que indignados silban,

de muchos que la cabeza
del autor piden con ira,
de algunos que hacen el gallo
ó que ladran ó relinchan,

el pobre autor, solo y triste,
sufriendo angustia infinita,
huye como delincuente
que persigue la justicia.

Y al encontrarse en su casa
sin pan para el otro día,
afrentado y ofendido,
penosamente suspira

y exclama con ronco acento;
—Esto ya me lo temía
y me está bien empleado
por mi flaqueza maldita.

Si yo hubiera resistido
imposiciones é intrigas
de empresas y comediantes,
otra mi suerte sería.

Por acceder á caprichos
y ser cómplice de envidias
y chismes de bastidores,
yo he sido la única víctima.

Los comediantes se quedan
con su conciencia tranquila,
y causantes del desastre
en nadan se perjudican,

quizás haciéndome blanco
de sus chanzas y sus críticas,
mientras yo todo lo pierdo...
¡hasta el pan de mi familia!

II.

El primer actor, que el público
mira con antipatía,
quiso, *por corresponderle*,
hacer el protagonista.

Este debe ser un joven
y él en los cincuenta frisa;
este debe ser gallardo
y él parece una botija;

pero él figura *el primero*
en los carteles y listas,
y aunque mil obras se hundieran
no baja en la jerarquía.

La dama, que es, sin disputa,
la peor de cuantas pisan
la pobre escena española,
es del empresario amiga,

y como éste es el que paga,
¡pobre del que no transija
dándole el papel que quiera,
y haciendo cuanto ella diga!

El gracioso, que es buen cómico,
pero sin gracia ni pizca,
pudiendo ser actor serio,
por hacer gracias se *pirra*.

La dama joven, ya solo
debe hacer características,
pero aquél que se lo indique
se expone á sufrir sus iras.

Y así los demás; los unos
por su audacia y su osadía,
los otros porque disfrutan
protección inmerecida,

hacen sólo lo que quieren
y no hay en la compañía
ni actor que ocupe su puesto,
ni actriz que en el suyo sirva.

¿Y quién lo sufre y lo paga?
El autor que en hora mísera
les entrega una comedia
para llevarse una grita.

Puesto cada uno en su sitio,
todos quizás servirían,
y á haber hecho yo el reparto
á conciencia y en justicia,

ellos hubieran logrado
quizás palmas infinitas,
y yo no sufriera ahora
del fracaso la ignominia.

III.

Lo que á los pobres autores
sucede todos los dias,
en el gran teatro del mundo
y en la farsa de la vida,

ocurre con tal frecuencia,
que así vemos, por desdicha,
silbas y contrariedades
buscadas, no merecidas.

Los ministros y los grandes,
los que el favor patrocina,
los que la audacia levanta
ó pone la suerte arriba,

quieren hacer los papeles
que sus antojos elijan;
y, como el autor, el pueblo
es el que sufre la grita.

Así entre los bastidores
de la moderna política
como en los de los teatros,
vemos uno y otro día

que el éxito de las obras
se expone ó se sacrifica
á arranques de la soberbia
ó á estímulos de la envidia.





La isla del Dinero

I.

Allá, por aquellos años,
allá, por aquellos tiempos,
que no sé cuáles serían,
en que eran los hombres buenos,

el Demonio andaba ocioso,
y era, según el proverbio,
matar moscas con el rabo
su sólo entretenimiento.

Ni un triste mortal entraba
por las puertas del infierno
para dar en las calderas
del feroz Pero Botero.

Y así pasaban los años,
y pasó un siglo completo
sin que el Diablo consiguiera
ver un condenado nuevo.

—¡Demonio!—se dijo el Diablo
viéndose el rabo maltrecho,
al sentirlo dolorido
de matar moscas á cientos.—

Ya esta ocupación me cansa,
y me aburro y desespero,
y no muero de fastidio
porque yo morir no puedo.

Es necesario hacer algo
que ahuyente este aburrimento
y que al infierno devuelva
su animación y su aspecto.

¿Qué sucederá en el mundo,
que yo á adivinar no acierto,
para que en tiempo tan largo
no venga ni un hombre á vernos?

¿Qué harán por aquellas tierras
mis diligentes sabuesos,
los Pecados capitales,
para pervertir tan diestros,

que ya no mandan remesas
de iracundos, de soberbios,
de holgazanes, de envidiosos,
de glotones y avarientos?

¿No estimulará la carne
con sus brutales deseos?

¿No excitará el egoísmo
con sus apetitos ciegos?

¿La ambición se habrá acabado?

¿El interés se habrá muerto?

¿El odio se habrá extinguido?

El vicio ¿qué se habrá hecho?

Es preciso averiguarlo
y poner pronto remedio
para volver por mi nombre
y recuperar mi crédito.—

II.

Y acabado su monólogo,
pasando del dicho al hecho,
el Diablo se vino al mundo
á pervertirlo dispuesto.

Corrió desde polo á polo
convulso, agitado y trémulo,
sin hallar de sus agentes
rastros en ningún hemisferio,

y viendo que eran los hombres
todos humildes y honestos,
pacíficos y frugales,
laboriosos y benéficos;

que alcanzaban larga vida
libres de daños y excesos,
y que al morir iban todos
derechamente hacia el cielo.

Y el Diablo, desesperado,
tirándose de los cuernos
y dando un rugido horrible,
revolcóse por el suelo.

—A ver—gritó con temible
tono imperativo y fiero.—
A ver, ¿dónde están mis gentes?
Aparezcan al momento.—

Y avergonzados, confusos,
de escondidas cuevas, fueron
los Pecados y los Vicios
unos tras otros saliendo.

—¡Señor!—dijeron á coro
con humildísimo acento.—
Tu ira es justa, si algo justo
puede haber en tal sujeto.

Hace un siglo que las gentes
nos miran con tal desprecio,
que ni un hombre nos admite,
ni un alma perder podemos.

Se han entregado al trabajo
con tan fervoroso anhelo,
con tan perfecta constancia,
con tan decidido empeño,

que convencidos de que eran
en balde nuestros esfuerzos,
hemos al fin desistido
de hacer más vanos intentos.

La Ociosidad, nuestra madre,
ó se ha perdido ó se ha muerto,
y nada sin ella pueden
estos pobrecitos huérfanos.

Cuando ella estaba en el mundo
todo era guerras y duelos,
y perversas intenciones
y dañados pensamientos.

Ella nos iba dejando
á los hombres bien dispuestos
para que nuestra tarea
fuera sencilla en extremo.

Pero desde que ella falta
y el Trabajo se ha hecho el dueño,
andan con él las Virtudes
y no hay de vencerlas medio.—

III.

Pensativo quedó el Diablo
durante algunos momentos,
mordiéndole sus largas uñas
hasta morderse los dedos,

y ya por fin, dando un grito,
que resonó como un trueno,
y atizándose en la frente
un puñetazo tremendo,

exclamó:—¡Ya di en la tecla!...
¡Diabólico pensamiento!
O soy ó no soy el Diablo.
A ver: ayudadme presto.

Desde el principio del mundo
guarda la tierra en su seno
oro y plata..... Idlos sacando
y sin detención traedlos.

Veréis cuando el sol los hiera
cómo dan vivos reflejos
que han de lograr que los hombres
fijen la mirada en ellos.

Veréis cómo cuando choquen
contra cualquier duro objeto
dan armoniosos sonidos
que han de repetir los ecos,

y que escucharán los hombres
encantados y suspensos;
y veréis cómo atraídos
vendrán á oírlos y á verlos.

Entonces con grandes voces
pregonad: «Esto es *dinero*,
»prodigio de los prodigios
»y maravilloso invento.

»El que posea una parte
»dése ya por satisfecho,
»porque con esto se logra
»cuanto apetece el deseo.

» Quien lo tenga tendrá amigos
» y adúladores y adeptos,
» hembras que amores le brinden,
» placeres, dicha y sosiego.

» Para el que no lo consiga
» sólo habrá trabajo y duelos;
» no hallará amor ni amistades,
» sino penas y desprecios.

» Es talismán inventado
» por un sabio tan modesto
» que no quiere dar su nombre
» ni quiere lucrar con ello.

» Y para dar una prueba,
» al azar lo arrojaremos,
» y, cójalo quien lo coja,
» pronto veréis sus efectos.»

Cumplido al pie de la letra
aquel infernal precepto,
pronto empezó por el mundo
á circular *el dinero*.

Y empezaron las intrigas,
las luchas, los fingimientos,
las violencias, los engaños
y los crímenes horrendos.

Y se miraron los hombres
con odios y con recelos,
los unos por conservarlo
y los otros por cogerlo.

Y fué ya de tal manera
extraordinario el anhelo
de los míseros mortales,
desatentados y ciegos,

que hubo, por lograr un poco
de aquel diabólico invento,
hombre que vendió su alma,
mujer que vendió su cuerpo;

quien sacrificó su honra,
quien puso la vida en riesgo,
quien perdió sus propios hijos
y sus más puros afectos.

IV.

De aquel terrible trastorno
llegó la noticia al cielo,
y no fué flojo el disgusto
que proporcionó á San Pedro,

pues desde entonces las puertas
muy pocas veces se abrieron,
é iban á millares hombres
y mujeres al infierno.

—Señor—dijo presentándose
á Dios el santo portero.—
Señor, el mundo se pierde
si no se pone remedio.

Ese invento del Demonio
tiene trastornado aquello,
y es preciso suprimirlo
por un divino decreto.

—Pedro, el mundo lo ha aceptado,
y suprimirlo no quiero,
porque la virtud sin lucha
ni prueba no tiene mérito.

Ese dinero maldito
pierde á muchos, y lo siento;
mas quien su influjo resista,
mejor probará que es bueno.

—Señor—San Pedro repuso—
Nada por mi parte objeto;
mas dejadme que realice
un pensamiento que tengo.

El dinero no suprimo,
pues tal decisión respeto;
mas lo pongo en una isla
que rodee un mar de cieno.

Así temerán los hombres
mancharse para cogerlo,
y los que á cogerlo vayan
serán entonces los menos.—

Oyendo al cándido Santo
sonrióse el Ser Supremo,
y encogiéndose de hombros,
concedió su asentimiento.

V.

La intención honrada y buena
del bondadoso San Pedro
no produjo, por desgracia,
sus anhelados efectos.

Siguieron las desventuras
y los crímenes sin cuento,
y muchos el mar cruzaron,
y muchos en él murieron,

pues, por desgracia, los hombres
á no alcanzar el dinero
prefirieron locamente
el ir manchados de cieno.



Índice

	<u>Páginas</u>
DEDICATORIA	5
¡SALUD Y PESETAS!.....	7
Los que hablan mal (<i>artículo</i>).....	9
Año nuevo... vida vieja.....	23
Cumplimientos	25
La parodia de la Redención.....	29
El Carnaval sin caretas.....	31
Nombres y apellidos (<i>artículo</i>).....	35
Justicia y no por mí... «cancha».....	45
Opiniones sobre la muerte.....	51
¡Caiga el que caiga... y «caiga» moralidad!.....	55
Los muertos en Melilla.....	57
La huelga de las olas (<i>artículo</i>).....	61
Unos nacen con estrella.....	71
...Y otros nacen estrellados.....	77
Frasas hechas	83
Al infierno en coche.....	87
Jueces inexorables.....	89
A mí no me la da usted (<i>artículo</i>).....	99
Idas y vueltas	105
La mujer perfecta.....	107
¡A las tres va la vencida!.....	113
Tres pensamientos de Rivarol.....	115
Los tiranos del tirano.....	117

	<u>Páginas</u>
Un cura... impropio	127
La lluvia.....	131
Postizos.....	135
Los restos de Don Marcial (<i>artículo</i>).....	137
La Justicia y la Fortuna.....	151
Playeras.....	157
Monos... de imitación	159
El brujo	165
Fama criminal.....	173
La muerte del espada.....	179
La corona.....	181
Esos son otros... Pérez.....	183
¡Caballos! ¡Caballos! (<i>artículo</i>).....	195
Contrastes	203
El loro de las monjas de Santa Clara.....	207
La casa de la prensa.....	209
La taberna y el teatro.....	215
Más pensamientos	219
El pánico.....	221
El entusiasmo.....	223
El conservatorio de los gorriones.....	225
A una ciclista.....	231
El sermón de la montaña (<i>artículo</i>).....	235
Reparto de papeles.....	251
La isla del dinero.....	255



LIBROS DEL MISMO AUTOR

Pompas de jabón

CUENTOS, CHASCARRILLOS, ANÉCDOTAS Y SUCEDIDOS

ESCRITOS EN VERSO, CON UN PRÓLOGO

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

en colaboración involuntaria con el autor del libro.

Un tomo en 8.º de más de 300 páginas, ilustrado profusamente con dibujos de PONS, 4 pesetas.

FUEGOS ARTIFICIALES

VERSOS Y ARTÍCULOS

AMENIZADOS CON UN PRÓLOGO-MAZURKA PARA CANTO Y PIANO

letra y música del popular maestro

CHUECA

Un tomo en 8.º de más de 300 páginas, ilustrado con numerosos dibujos fotográficos, 4 pesetas.

EN P R E N S A

¿Quieres que te cuente un cuento?

Pues allá va un ciento.

Nuevos cuentos y chascarrillos en verso.

EN P R E P A R A C I Ó N

Chucherías históricas y chascarrillos de la
Historia.—*Primera serie.*
El año histórico español.

OBRAS CÓMICAS

DE

Felipe Pérez y González

EN UN ACTO

- Recurso de casación**, comedia en verso.
- El oso y el centinela**, juguete cómico en verso.
- Un cambio de situación**, juguete cómico en verso.
- Con luz y á oscuras**, comedia en verso.
- Casi... casi...**, juguete cómico en prosa.
- La manzana**, comedia en prosa.
- El amigo frito**, parodia en verso.
- El Conde de Cabra**, juguete cómico en verso.
- ¡Felices Pascuas!**, apropiado en verso.
- La Villa del Oso**, *osadía* cómico-lírica en verso: cuatro cuadros.
- ¡Bonito soy yo!**, juguete cómico en prosa.
- Un simón por horas**, juguete cómico en verso.
- El niño Jesús**, comedia en verso.
- El Barblán de la Persia**, humorada cómico-lírica en verso: tres cuadros.
- El viaje al Suizo** (*parodia política*). *Ecursión* cómico-lírica en verso: cuatro cuadros.
- Pasar la raya**, juguete cómico-lírico en verso.
- La gran vía**, revista madrileña en prosa y verso: cinco cuadros.

- Champagne, Manzanilla y Peleón**, humorada cómico-lírica en verso: tres cuadros.
- ¡Tío... yo no he sido!**, juguete cómico-lírico en prosa.
- Oro, plata, cobre y... nada**, zarzuela de espectáculo en prosa y verso: cuatro cuadros.
- Lo pasado, pasado**, zarzuela en prosa.
- París de Francia**, zarzuela en prosa: cinco cuadros.
- ¡Doña Inés del alma mía!**, juguete cómico en verso.
- La Restauración**, zarzuela en verso.
- Las mentiras**, juguete cómico en verso.
- Los cortos de genio**, juguete cómico en verso.
- ¡Pelillos á la mar!**, juguete cómico en verso.
- El Marquesito**, zarzuela en verso.
- Los vecinos del 2.º**, juguete cómico-lírico en verso.
- La jaula**, juguete cómico en verso.
- La de Vámonos**, *parodia* en verso: tres cuadros.
- De P P y W**, zarzuela en verso.
- Mujer y ruina ó Mariquita Stoi - que - ardo**, memo-drama de magia (*parodia*) en verso: ocho cuadros.

EN DOS ACTOS

- Las oscuras golondrinas**, comedia en verso.